
Faye Godwin
A veces, el amor más grande exige el sacrificio definitivo.
La Niña del Invierno

LA NIÑA DEL INVIERNO

Romance Victoriano



FAYE GODWIN


Tica House
Publishing
Sweet Romance that Delights and Enchants!

Copyright © 2026 de Faye Godwin

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro en cualquier formato o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin la autorización escrita del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña.

PALABRA PERSONAL DE LA AUTORA



Queridos lectores:

Me alegra mucho que hayan elegido uno de mis libros para leer. Me enorgullece formar parte del equipo de escritores de Tica House Publishing. Nuestro objetivo es inspirarlos, entretenerlos y brindarles muchas horas de placer lector. Agradecemos profundamente sus amables palabras y su cariñoso apoyo.

¡Les doy la bienvenida!

Con cariño,

Faye Godwin

https://www.amazon.com/stores/Faye-Godwin/author/B07NP3CPT6

TABLA DE CONTENIDO

Palabra Personal de la Autora
Parte I
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5

Parte II
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12

Parte III
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16

Continuar Leyendo
Sobre la Autora

PARTE I



CAPÍTULO 1



La ventisca había convertido Londres en algo irreconocible, incluso para quienes habían vivido allí toda su vida. La nieve caía en copos densos e incesantes, borrando los lugares emblemáticos y convirtiendo las calles en traicioneros senderos de hielo y aguanieve. A través de aquella blancura helada se tambaleaba una joven, con su fina capa ya empapada, que aferraba un bulto contra el pecho como si le fuera la vida en ello.

Florie White tenía diecinueve años y era viuda desde hacía exactamente diecisiete días.

El bulto que llevaba en brazos se removió y dejó escapar un gemido tenue que el viento aullador engulló de inmediato. La pequeña Anna, de apenas seis meses, había estado llorando intermitentemente desde que abandonaron la posada al amanecer. Florie apretó a su hija contra sí, intentando proteger a la niña de lo peor del temporal con su propio cuerpo, aunque le quedaba muy poco calor que ofrecer.

—Tranquila, corderito mío —susurró con los labios agrietados—. Ya casi hemos llegado.

Era mentira, por supuesto. No tenía ni idea de dónde podría estar «allí». Lo único que sabía era que debía encontrar trabajo, y rápido. Las pocas monedas que le quedaban en el bolso apenas alcanzarían

para otra comida, y mucho menos para un alojamiento de más de una o dos noches.

Las grandes casas de Arden Hill se cernían entre la nieve como fortalezas. Florie había oído que las familias adineradas siempre necesitaban sirvientes, sobre todo al acercarse la Navidad. ¿Seguro que alguien se apiadaría de una viuda con un bebé? Trabajaría más que tres sirvientes juntos si tan solo le daban una oportunidad.

El rostro de su marido, Tom, se dibujó ante sus ojos; no como la última vez que lo vio, aplastado y ensangrentado tras el derrumbe de la mina, sino como el día de su boda. Lleno de esperanza y promesas. —Te daré una vida digna, mi Florie —había dicho él, besándole las manos—. No te faltará de nada mientras yo respire.

Dieciocho meses. Ese fue todo el tiempo que se les concedió juntos.

La elegante finca se alzaba ante ella como sacada de un cuento de hadas, con sus ventanas que refulgían cálidas y doradas contra la grisácea tarde de diciembre. Incluso a través de la nieve que caía, podía distinguir la elaborada mampostería, la pintura impoluta de las contraventanas, los relucientes apliques de latón de la enorme puerta principal. Era el tipo de casa en la que Tom había prometido que vivirían algún día, después de que él hubiera ahorrado lo suficiente para asociarse, después de que hubieran tenido tres o cuatro hijos más, después de que la vida por fin hubiera decidido ser amable con ellos.

Florie no se acercó a la puerta principal; no era tan necia. En su lugar, bajó con cuidado los escalones helados que conducían a la entrada de servicio, con sus botas gastadas resbalando peligrosamente en cada uno. Anna había dejado de llorar, lo que la preocupó más que los gemidos. Notaba al bebé demasiado quieto, demasiado silencioso contra su pecho.

Llamó a la puerta con los nudillos entumecidos, esperó y volvió a llamar. Finalmente, se abrió para revelar a un hombre con librea de mayordomo que parecía tallado en granito. Sus ojos la recorrieron

de arriba abajo —reparando en la raída capa, el evidente bulto del bebé, la desesperación escrita en su rostro— y su expresión se endureció aún más.

—¿Sí?

—Por favor, señor. —La voz de Florie salió apenas como un susurro. Se aclaró la garganta y volvió a intentarlo—. Busco empleo. Soy muy trabajadora, puedo limpiar, o trabajar en las cocinas, o…

—No hay vacantes.

—Pero, seguro que con la Navidad acercándose…

—He dicho —la voz del mayordomo era tan cortante como el viento que atravesaba su ropa mojada— que no hay vacantes. Y mucho menos para mujeres con criaturas.

—No es ninguna molestia, señor, se lo juro. Es un buen bebé, tranquila como un ratoncito la mayoría de los días. Podría trabajar el doble que cualquier otra, no pediría mucho…

—Señora. —La palabra destilaba desdén—. Esta es una casa respetable. No empleamos a mujeres en sus… circunstancias. Mi señor tiene unos principios. Le sugiero que pruebe en el hospicio si necesita caridad.

La puerta se cerró en sus narices con fuerza suficiente para hacerla trastabillar hacia atrás. Anna se removió y comenzó a llorar de nuevo, un sonido débil y agudo que hablaba de hambre y frío.

Florie se quedó allí un momento, con la mirada fija en la puerta cerrada, antes de darse la vuelta y volver a subir aquellos traicioneros escalones. El hospicio. Moriría antes que llevar a Anna a ese lugar de miseria y separación. Había visto en qué se convertían los niños del hospicio: si es que sobrevivían, crecían rotos, amargados, perdidos. La hija de Tom no sufriría tal destino. No mientras a Florie le quedara un hálito de vida.

Probó en tres casas más de esa calle, cada vez más desesperada con cada rechazo. Las respuestas variaban poco: «No hay puestos para mujeres con niños». «Exigimos referencias». «Este es un establecimiento respetable». Un ama de llaves, algo más amable que los demás, al menos tuvo la decencia de parecer avergonzada mientras le sugería que podría encontrar trabajo «en establecimientos que atienden a… mujeres caídas».

Para cuando empezó a anochecer, Florie ya no sentía los pies. Anna había vuelto a guardar silencio, y cuando Florie consiguió encontrar un portal lo suficientemente resguardado del viento para ver cómo estaba su hija, los labios del bebé habían adquirido un tinte azulado que le heló el corazón de terror.

Ya no había elección. Tenía que encontrar refugio de inmediato, con trabajo o sin él.

La casa de empeños se encontraba en una calle estrecha cerca de Blackfriars, con sus tres bolas doradas colgando sobre la puerta como una burla de los adornos navideños de los distritos más ricos. Florie había pasado por allí antes, había tomado nota de su ubicación con los cálculos desesperados de los pobres: sabiendo que podría necesitarla, esperando no tener que hacerlo.

El hombre tras el mostrador era delgado y de rasgos afilados, con unos ojos que habían visto todo tipo de desesperación que Londres podía producir. Apenas miró a Florie mientras se acercaba, con movimientos torpes por el frío y la necesidad de mantener a Anna estable contra su pecho.

—¿Qué tiene?

Los dedos entumecidos de Florie tantearon su mano izquierda, tirando de la sencilla alianza de oro que Tom le había puesto con tanto orgullo. Se deslizó con demasiada facilidad; había perdido peso en las últimas semanas, demasiado preocupada por el futuro para comer como era debido.

El prestamista cogió el anillo, lo examinó con una lupa de joyero y lo pesó en una pequeña balanza. —Ocho chelines.

—¡Ocho…! Pero ¡si es de oro! Debe de valer…

—Ocho chelines. —Su voz era plana, definitiva—. Lo toma o lo deja.

Ocho chelines. Quizás le asegurarían una semana de alojamiento en algún sitio, si encontraba un lugar lo bastante barato y dispuesto a aceptarla con el bebé. Después de eso…, pero no podía pensar en después de eso. Anna necesitaba calor ahora, esta noche, o no habría un «después» del que preocuparse.

—Lo tomaré.

Las monedas parecieron más pesadas de lo que debían en su palma. El prestamista ya se estaba dando la vuelta, guardando su anillo —el anillo de Tom, el símbolo de todas sus esperanzas— en un cajón con docenas de otros. ¿Cuántas historias desesperadas contenía aquel cajón? ¿Cuántas promesas rotas, sueños destrozados, vidas reducidas a unas pocas monedas frías?

Fuera, la nieve se había vuelto aún más densa. Florie se ajustó la capa, aunque de poco servía, y se adentró en las calles que se oscurecían. Necesitaba encontrar alojamiento, y rápido. Anna no había emitido ni un solo sonido en casi una hora.

La casa de huéspedes se agazapaba en un estrecho callejón cerca del Támesis, lo bastante cerca como para que, incluso a través de la nieve, Florie pudiera oler el fétido hedor del río con la marea baja. El edificio parecía a punto de derrumbarse en cualquier momento, con sus vigas ennegrecidas por el tiempo y la podredumbre, y sus ventanas rotas o remendadas con harapos y papel. Un tosco letrero que colgaba de una sola cadena lo anunciaba como «Casa de Huéspedes de la Sra. Grimble. Camas limpias. Sin preguntas».

La mujer que respondió a la llamada de Florie era enorme, con brazos como jamones y un rostro que podría haber sido tallado en sebo. Esta, presumiblemente, era la propia señora Grimble.

—¿Qué quiere?

—Una habitación, por favor. Para mí y mi bebé.

Los ojos porcinos de la señora Grimble se entrecerraron. —Pago por adelantado. Seis peniques la noche por una habitación individual, tres peniques si está dispuesta a compartir.

¿Compartir con extraños, en su estado, con Anna a quien proteger? Pero seis peniques por noche se comerían sus ocho chelines en menos de dos semanas…

—Tomaré la habitación individual. Para una semana, para empezar.

—Serán tres chelines y seis peniques, pues. Por adelantado, como he dicho.

Casi la mitad de su dinero se había esfumado ya. Florie contó las monedas con los dedos entumecidos, tratando de no pensar en lo rápido que desaparecería el resto.

La señora Grimble la condujo por tres tramos de escaleras que crujían ominosamente bajo su peso. Las paredes estaban manchadas de humedad y otras cosas que Florie no quiso identificar. De detrás de las puertas cerradas llegaban los sonidos de los desesperados de Londres: toses, llantos, cantos de borrachos, una pareja peleando en un lenguaje que habría hecho que Tom le tapara los oídos.

La habitación que la señora Grimble le mostró era apenas más grande que un armario. Una cama estrecha con un colchón que había visto días mejores, una mesita con una pata rota apuntalada con un ladrillo, una palangana rajada y una ventana que no cerraba del todo, dejando entrar silbidos de aire helado y nieve. Las paredes parecían moverse a la luz de la vela: ratas, se dio cuenta Florie con un escalofrío, ratas en las paredes.

—Camas limpias, como dice el cartel —anunció la señora Grimble, aunque Florie pudo ver unas sospechosas manchas oscuras en las

sábanas—. El orinal se vacía una vez al día. Si quiere agua para lavarse, es un extra. No se puede cocinar en las habitaciones, ni recibir visitas de caballeros al anochecer, y si esa mocosa hace demasiado ruido y molesta a los otros huéspedes, se va a la calle. ¿Entendido?

—Sí, señora.

La señora Grimble se marchó, llevándose la vela. Florie se quedó a oscuras, con tan solo la tenue luz de la calle que se filtraba por la sucia ventana.

Se dejó caer sobre la cama y por fin pudo desenvolver a Anna de las mantas empapadas. A la luz tenue, la niña tenía un aspecto terrible: su respiración era superficial y dificultosa, su piel tenía un tono grisáceo y, cuando Florie le tocó la mejilla, la notó fría como una piedra.

—Oh, mi corderito —susurró Florie, mientras por fin le brotaban las lágrimas—. ¿Qué te he hecho?

Se quitó la capa mojada y envolvió a Anna en ella, la prenda más seca que tenía. La respiración de la niña había adquirido un estertor que Florie reconoció con pavor. Ya había oído ese sonido antes, en el pueblo minero, en los niños que habían contraído la fiebre pulmonar. Sin medicinas, sin el calor y el alimento adecuados...

No. No quería pensar en eso. No podía pensar en eso.

Intentó amamantar a Anna, pero la niña estaba demasiado débil para engancharse bien al pecho. Unas pocas gotas de leche se le escurrieron por la comisura de su diminuta boca, y aquel estertor en su respiración empeoró.

Medicinas. Necesitaba medicinas. Pero las medicinas costaban dinero y a ella le quedaba muy poco. Cuatro chelines y seis peniques, para aguantar hasta que encontrara trabajo. Pero si Anna moría...

Tom nunca se lo perdonaría si dejaba que su hija muriera por falta de unos cuantos chelines.

Florie volvió a envolver a Anna lo más abrigadamente que pudo y se aventuró de nuevo en la noche helada. La nieve había amainado un poco, pero el viento le atravesaba el vestido mojado como cuchillos. Detuvo a la primera persona de aspecto respetable que vio, una mujer que se apresuraba a volver a casa con una cesta de la compra.

—Por favor, ¿dónde puedo encontrar un boticario? Mi hija está enferma...

La mujer se apartó de ella como si pudiera ser contagiosa. —Está el del señor Blackwood en Drury Lane, pero a estas horas ya habrá cerrado. Podría probar en el hospital, aunque no suelen aceptar casos de caridad.

El hospital quedaba demasiado lejos y Florie sabía que la mujer tenía razón sobre los casos de caridad. Tendría que esperar a la mañana para ir al boticario y rezar para que Anna aguantara hasta entonces.

Pasó la noche sentada en la cama, con Anna aferrada a su pecho, escuchando cada una de sus fatigosas respiraciones y rezando a un Dios que parecía haberlas abandonado a ambas. Las ratas arañaban las paredes. El viento silbaba por las rendijas de la ventana, arrastrando pequeños copos de nieve que se posaban en el suelo y no se derretían. De algún lugar de abajo llegaba el sonido de una mujer sollozando, y de arriba, el de unos pasos pesados que iban y venían, una y otra vez.

Cuando la grisácea luz del alba por fin se filtró por la ventana, Anna ardía de fiebre. El estertor en su pecho había empeorado, y sus labios ya no estaban azules, sino de un alarmante tono morado.

Florie no se molestó en intentar arreglarse. No había tiempo para eso. Envolvió a Anna en todo lo seco que pudo encontrar y salió a trompicones de nuevo a la calle.

La botica era pequeña y oscura, llena de frascos misteriosos y de una mezcla de aromas a hierbas y productos químicos. El señor Blackwood era un hombre menudo y pulcro con unas gafas que hacían que sus ojos parecieran enormes. Aquellos ojos se abrieron aún más cuando Florie irrumpió por su puerta.

—Por favor, señor, mi niña... Está enferma, necesita medicinas...

—Déjeme ver. —Su voz era más amable de lo que ella había esperado. Tomó a Anna de sus brazos con delicadeza experta, le auscultó el pecho, le palpó la frente y le examinó la garganta. Su expresión se tornó cada vez más grave.

—Pulmonía —dijo finalmente—. Necesita corteza de sauce para la fiebre, y una tintura de... —Recitó varios ingredientes que Florie no reconoció—. Puedo preparársela, pero no será barata. Dos chelines y seis peniques por el suministro para una semana.

Más de la mitad de lo que le quedaba. Pero ¿qué otra opción tenía?

—Me la llevo.

El señor Blackwood preparó la medicina rápidamente, mostrándole cómo administrarla. —Un gotero lleno cada cuatro horas. Manténgala caliente e intente darle un poco de caldo si puede. Si no mejora en tres días, necesitará un médico, aunque he de serle sincero... —Miró el raído vestido de Florie, su rostro desesperado—. Los médicos no son baratos.

Florie cogió la medicina y contó las monedas. Ahora le quedaban dos chelines. Dos chelines que las separaban de la indigencia absoluta.

Nochebuena. Ese era el día, se dio cuenta mientras volvía a la pensión. En el pueblo minero, ella y Tom habrían estado preparando la modesta celebración que habían planeado: un poco de carne de ternera, tal vez, guardada para la ocasión, un pastelito, un sonajero nuevo para Anna. Tom habría cantado villancicos con su hermosa voz de tenor mientras Florie preparaba el festín. Habrían asistido a la

Misa del Gallo, con Anna acurrucada entre ellos, su pequeña familia completa y unida.

En lugar de eso, estaba sentada en aquella habitación helada, metiéndole a Anna la medicina por la garganta gota a gota mientras la niña luchaba y se quejaba débilmente. Afuera, las campanas de la iglesia empezaron a sonar, llamando a los fieles a celebrar el nacimiento de un niño nacido en la pobreza, acostado en un pesebre porque no había sitio en la posada.

«Al menos María y José se tenían el uno al otro», pensó Florie con amargura. «Al menos su hijo sobrevivió».

La medicina pareció ayudar, ligeramente. La respiración de Anna se alivió un poco, aunque la fiebre seguía haciendo estragos. Pero la medicina no era suficiente. La niña necesitaba comida, calor y unos cuidados que Florie no podía proporcionarle en aquel horrible lugar.

Dos chelines. Quizá le llegaría para comprar comida para unos días, si tenía cuidado. Pero el alquiler de la habitación volvería a vencer en una semana, ¿y entonces qué? No podía trabajar con Anna tan enferma, nadie la contrataría de todos modos, y sin trabajo, acabarían en la calle. Con este tiempo, eso era una sentencia de muerte.

Solo le quedaba una opción, aunque le revolvía el estómago considerarla.

Volvió a envolver a Anna con cuidado y se aventuró una vez más en las calles heladas. Pero esta vez no se dirigió a las grandes casas ni a las tiendas. En su lugar, se encaminó hacia las calles más concurridas donde, incluso en Nochebuena, la gente se apresuraba a sus quehaceres.

Encontró un sitio cerca de una iglesia a la que llegaban familias bien vestidas para el servicio de la tarde. Se sentó en el suelo frío, con Anna visible en sus brazos, y extendió la mano.

—Por favor, señor. Por favor, señora. Mi niña está enferma. Cualquier cosa que puedan darme. Por favor.

La mayoría de la gente pasaba de largo sin mirar. Algunos cruzaban deliberadamente la calle para evitarla. Unos pocos dejaron caer peniques en su mano extendida, con el rostro cuidadosamente apartado como si la pobreza pudiera contagiarse.

Una anciana se detuvo y miró a Anna con genuina preocupación. —Esa niña necesita un médico.

—Lo sé, señora. Pero a los médicos hay que pagarles.

La mujer rebuscó en su bolso y le puso un chelín entero en la mano. —Busque ayuda para esa criatura, muchacha. Es Nochebuena... ningún niño debería sufrir en Nochebuena.

Para cuando las campanas de la iglesia dieron la medianoche, Florie había recaudado otros dos chelines y tres peniques en monedas de un penique y medio penique. Había perdido la dignidad y tenía los dedos congelados, pero Anna aún respiraba.

Regresó a la pensión mientras la nieve volvía a caer. A lo lejos, oyó a un coro cantar «Dios os guarde, alegres caballeros». Las palabras parecían una burla: «consuelo y alegría, consuelo y alegría».

Allí no había consuelo. Ni alegría. Solo la lucha desesperada por sobrevivir un día más, una hora más, un momento más.

En la habitación, le dio a Anna otra dosis de medicina y consiguió que tragara unas cuantas cucharadas de agua. Los ojos de la niña se abrieron brevemente, desenfocados y vidriosos por la fiebre, pero vivos. Aún viva.

—Sobreviviremos a esto, mi corderito —susurró Florie, aunque ya no creía en sus propias palabras—. De alguna manera, sobreviviremos. Por tu papá, aunque no sea por nada más. Le prometí que te cuidaría, y lo haré. Lo haré.

Afuera, Londres celebraba el nacimiento de la esperanza mientras Florie White permanecía en la oscuridad, sosteniendo a su hija moribunda, con cuatro chelines a su nombre y un invierno que se extendía interminablemente por delante.

El estertor en el pecho de Anna empeoró a medida que avanzaba la noche; cada respiración era una lucha monumental que sacudía su pequeño cuerpo. Y las ratas seguían arañando las paredes, y el viento seguía aullando por las rendijas, y la ciudad seguía dando la espalda a una mujer desesperada más con una historia desesperada más.

Así era Londres en diciembre de 1842. Esto era la viudez. Esto era lo que sucedía con el amor cuando no tenía dinero que lo protegiera.

Pero Florie no se rendiría. Todavía no. No mientras Anna siguiera respirando, por muy fatigosamente que lo hiciera. Mañana volvería a mendigar si era necesario. Encontraría trabajo de alguna manera. Salvaría a su hija.

Tenía que hacerlo. No quedaba nadie más que lo hiciera.

CAPÍTULO 2



LOS GRITOS HABÍAN CESADO HACÍA tres horas.

Thomas Stanford estaba de pie en su despacho, con la mirada fija en el líquido ambarino de su vaso de cristal tallado sin verlo realmente. El silencio que ahora inundaba la imponente casa de Belgrave Square era, en cierto modo, peor que los alaridos de agonía de su esposa. Este silencio significaba otro fracaso. Otra pérdida. Un paso más hacia la ruina.

El doctor Harrington bajó las escaleras con el paso mesurado de un hombre que había dado demasiadas malas noticias a lo largo de su carrera. Thomas no se giró cuando la puerta del despacho se abrió.

—¿Y bien?

—Lo siento, señor Stanford. No se ha podido hacer nada.

—¿Y el niño?

—Un varón. Ha vivido apenas diez minutos.

La mano de Thomas se crispó sobre el vaso. Un hijo. Durante diez minutos, había tenido un hijo.

—¿Y mi esposa?

El doctor Harrington se aclaró la garganta. —La señora Stanford está... estable. Sin embargo, debo hablarle con franqueza, señor.

Esta es la tercera pérdida de este tipo en dos años. Su cuerpo no puede soportar otro embarazo. Intentarlo sería firmar su sentencia de muerte.

—Seguro que debe de haber...

—No, señor —la voz del médico era firme—. He consultado con mis colegas del Royal College. Todos estamos de acuerdo. Otro embarazo la matará, probablemente antes de que llegue a término. Debe hacerse a la idea.

Thomas por fin se volvió. El rostro del médico era grave, compasivo y completamente inútil para él.

—Gracias por su franqueza, doctor. Por favor, envíe su factura a mi hombre de negocios.

Cuando Harrington se marchó, Thomas arrojó el vaso contra la chimenea. Se hizo añicos contra el mármol, esparciendo fragmentos de cristal por la alfombra persa. El desperdicio de un buen whisky no le preocupaba tanto como el desperdicio de su vida entera.

El testamento de su padre era explícito: engendrar un heredero antes de su trigésimo cumpleaños, o todo el patrimonio de los Stanford pasaría a su primo Reginald. Sin un heredero, recibiría una modesta renta anual..., suficiente quizá para guardar las apariencias, pero no para mantener la vida que había construido. Y desde luego, no lo bastante para mantener a Eliza como se merecía.

Le quedaban catorce meses.

Thomas subió las escaleras hacia los aposentos de su esposa. Las cortinas estaban echadas, sumiendo la elegante estancia en penumbras. El olor metálico a sangre aún persistía bajo el agua de lavanda que alguien había esparcido por el ambiente. Eliza yacía recostada sobre una montaña de almohadas, con el rostro tan blanco como las sábanas.

—Thomas —su voz fue apenas un susurro.

Él se sentó con cuidado en el borde de la cama y le tomó la mano helada. —El médico dice que tienes que descansar.

—El bebé...

—No pienses en eso ahora.

—Era un niño, ¿verdad? —unas lágrimas se deslizaron por sus pálidas mejillas—. Lo he tenido en brazos. Solo un momento. Era tan pequeño, Thomas. Tan perfecto y pequeño.

—Eliza...

—Te he fallado —las palabras salieron entrecortadas—. Ya van tres veces que te fallo. Que nos fallo. El testamento de tu padre...

—Al diablo con el testamento de mi padre.

Pero, aun al decirlo, ambos sabían que no lo decía en serio. No podía decirlo en serio. El testamento lo era todo. Sin la herencia, perderían la casa, las inversiones, la posición en la sociedad que imponía el apellido Stanford. Eliza había aportado una dote respetable a su matrimonio, pero hacía tiempo que había sido absorbida por los gastos del patrimonio. Vivían del dinero de los Stanford, y el dinero de los Stanford exigía sangre Stanford.

—Quizá —comenzó Eliza, vacilante—, quizá podríamos considerar...

—No —Thomas se levantó bruscamente—. No vamos a discutir otras posibilidades. El testamento de padre especifica «descendencia de mi cuerpo». El vástago debe ser de mi sangre, o Reginald se lo quedará todo.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer?

Thomas no tenía respuesta. Se inclinó para besarle la frente —la tenía febril y húmeda— y la dejó con su dolor.

Aquella noche, Eliza no pudo dormir. Rara vez lo conseguía después de perder un hijo. La casa le parecía demasiado grande, demasiado vacía, demasiado llena de habitaciones que deberían haber

albergado cuartos de niños y risas infantiles. Se envolvió en un chal grueso y vagó por los pasillos como un fantasma, con los pies descalzos y silenciosos sobre los tapices turcos.

Los sirvientes llevaban mucho tiempo acostados. Incluso Thomas se había retirado por fin, ayudado sin duda por lo que quedaba de la licorera de whisky. Eliza se dirigió lentamente al salón de la mañana, donde unos altos ventanales daban a la plaza. Nevaba de nuevo, con copos densos y pesados que cubrían el mundo de blanco. Parecía limpio, puro, impoluto... todo lo que ella ya no era.

Tres bebés. Tres perfectas almendritas que nunca habían llegado a respirar lo suficiente como para llorar como era debido. El médico hablaba de su cuerpo como si fuera una máquina averiada, pero Eliza sabía la verdad. Era culpa suya. Un defecto fundamental en su ser, alguna feminidad esencial de la que carecía. Otras mujeres daban a luz con la misma facilidad con la que respiraban. Su propia madre había traído al mundo siete bebés sanos. Pero Eliza... Eliza estaba rota.

Un sonido procedente del piso de abajo captó su atención. No el crujido habitual de una casa vieja al asentarse, sino algo más. Un gemido agudo y débil que le encogió el corazón.

Lo estaba imaginando. Tenía que ser eso. El láudano que el doctor Harrington le había dado para el dolor debía de estar afectándole la mente. Pero allí estaba de nuevo: inconfundiblemente, el llanto de un recién nacido.

Eliza bajó a toda prisa por la escalera de servicio, con el chal ondeando a su espalda. El sonido se hizo más fuerte a medida que descendía. Provenía del exterior de la entrada de servicio. Manipuló el cerrojo con manos temblorosas y abrió la pesada puerta.

Allí, en el escalón de piedra, había una cesta.

Eliza cayó de rodillas. Dentro, envuelto en lo que parecía el manto de una mujer, había un bebé. Diminuto, de unos seis meses, con

mechones de pelo oscuro y labios de capullo de rosa fruncidos por el disgusto del frío. Prendida al manto había una nota, con una escritura apenas legible, como si la hubiera trazado alguien a quien le temblaran las manos tanto como a Eliza en ese momento.

«Por favor, salven a mi hija. Se llama Anna. Nació del amor».

Eliza levantó al bebé con infinito cuidado, como si pudiera hacerse añicos igual que el vaso de whisky de Thomas. Anna —pues así se llamaba, Anna, lo decía la nota— dejó de llorar de inmediato y la miró con unos ojos azules y dolientes. Ardía de fiebre, su respiración era dificultosa y estertorosa.

—Oh, mi pequeña —susurró Eliza—. Oh, mi pobrecita.

Miró hacia la noche nevada, buscando cualquier señal de quien hubiera dejado aquella preciosa carga. La plaza estaba vacía, silenciosa, salvo por el susurro de la nieve al caer. Quienquiera que fuera la madre de Anna, se había ido.

Eliza se levantó, abrazando al bebé contra su pecho, y volvió a entrar. Aquello era una locura. Debería despertar al ama de llaves, llamar al alguacil, llevar a la niña al hospicio. Era lo correcto.

Pero la manita de Anna había encontrado el dedo de Eliza y se aferraba a él con una fuerza sorprendente. Sus ojos, aunque vidriosos por la fiebre, parecían mirar directamente al alma de Eliza.

«Por favor, salven a mi hija».

La súplica de la madre resonaba en la mente de Eliza. ¿Cuán desesperada debía de estar para abandonar a su bebé en el umbral de un desconocido en medio de una ventisca? ¿Cuánto le habría roto el corazón?

Eliza sabía de corazones rotos. Sabía de desesperación.

Llevó a Anna a sus propios aposentos, moviéndose rápida pero silenciosamente a través de la casa dormida. En su tocador, encontró mantas suaves y sábanas limpias. El bebé necesitaba medicinas, un

médico, pero ¿cómo podría explicarlo? ¿Cómo podría hacer que alguien lo entendiera?

Mientras se afanaba por poner cómoda a Anna, la mente de Eliza trabajaba a toda velocidad. El testamento del padre de Thomas exigía un heredero. No decía nada sobre que ese heredero fuera varón; eso simplemente se había asumido, como siempre. Pero el anciano solo había sido específico sobre la sangre. «Descendencia de mi cuerpo», había dicho Thomas. Pero y si...

No. Era demasiado audaz. Demasiado peligroso. Demasiado imposible.

Anna tosió, un sonido terrible y estertoroso que delataba líquido en sus pulmones. El mismo sonido que había hecho su último bebé en sus momentos finales. Pero esta niña luchaba. Esta niña quería vivir.

«Nació del amor».

Eliza pensó en la mujer que estaba en algún lugar, en la noche helada, alejándose de su bebé. La fuerza que aquello debió de requerir. La desesperación. El amor. Se preguntó por la mujer, la madre. ¿Habría escrito la nota ella misma? Si era así, tenía cierta educación. Aunque lo más probable era que le hubiera pedido a alguien que la escribiera por ella.

Pensó en Thomas, cada día más frío a medida que se acercaba el plazo. Pensó en Reginald, ese necio pomposo, apoderándose del legado de los Stanford. Pensó en sí misma, estéril e inútil, un fracaso como esposa y como mujer.

Y pensó en este regalo. ¿Qué otra cosa podía ser sino la divina providencia que lo había entregado en su puerta la misma noche en que había perdido a otro hijo?

Pero ¿y la madre? ¿Y si regresaba? ¿Y si cambiaba de opinión y reclamaba a su bebé? La idea le heló la sangre. Ya, después de apenas unos minutos, no podía soportar la idea de renunciar a Anna.

Tendría que ser cuidadosa. Muy cuidadosa. No debían encontrar nunca a la madre. No se le debía permitir nunca reclamar lo que había entregado. Era cruel, tal vez, pero ¿acaso la mujer no había tomado su decisión? ¿No se había marchado?

Eliza abrazó a Anna con más fuerza, sintiendo la mejilla febril del bebé contra su pecho. Primero, tenía que salvar la vida de la niña. Luego... luego encontraría la manera de salvarlos a todos.

Tiró tres veces del cordón de la campanilla, la señal que haría venir a Mary, su doncella, sin importar la hora.

Mary Thornton apareció en cuestión de minutos, con el pelo cano recogido a toda prisa y la bata ceñida sobre el camisón. Había estado con Eliza desde antes de su matrimonio, traída de su hogar de la infancia. Si había alguien en el mundo en quien Eliza confiara por completo, era Mary.

—Señora, debería estar descansando... —Mary se interrumpió al ver al bebé.

—Cierra la puerta. Ciérrala con llave.

Mary obedeció, con el rostro lleno de preguntas.

—Mary, necesito que me escuches con mucha atención. Lo que estoy a punto de contarte —lo que estoy a punto de pedirte— requerirá tu más absoluta lealtad y discreción. Si no puedes ofrecérmelas, habla ahora.

—Mi señora, tienes mi lealtad desde que tenías cinco años y pusiste ranas en la cama de tu institutriz. Lo que necesites.

Eliza se lo contó todo: el hallazgo de Anna, la nota, su desesperado plan. El semblante de Mary se fue ensombreciendo por momentos.

—¿Pretendes hacer pasar a esta niña por tuya?

—Es la única manera, Mary. Ya sabes lo que ocurrirá si no damos un heredero. Lo perderemos todo. Y yo no puedo… el médico dice que

otro embarazo me matará.

Mary guardó silencio un buen rato, estudiando el rostro febril de Anna. —El señor…

—Debe creer que es suya. No debe saberlo nunca. Nadie debe saberlo jamás, excepto tú y yo.

—Es una carga terrible de sobrellevar, mi señora.

—Lo sé. Pero, Mary, mírala. Se está muriendo. Su madre la abandonó porque no tenía otra opción. Podemos salvarla. Podemos darle todo: un nombre, un futuro, una vida. Y ella puede salvarnos a cambio.

Mary se acercó y tocó la frente ardiente de Anna con manos expertas. —Necesita té de corteza de sauce para la fiebre. Y una cataplasma para el pecho. Ese estertor suena a pulmonía.

—¿Me ayudarás?

Mary sostuvo la mirada de Eliza. —Esa pobre mujer que la dejó… debía de estar desesperada. De clase trabajadora, a juzgar por esta capa. Seguramente pensó que le estaba dando a su bebé la oportunidad de tener algo mejor.

—Y así fue. Se la dio.

—¿Y si vuelve?

—No lo hará. Una mujer capaz de hacer esto… o morirá pronto o como si lo estuviera. Pero, Mary, si alguien alguna vez viene a preguntar…

—Nadie ha venido a preguntar. No había ningún bebé en el umbral. Nuestra señora ha dado a luz esta noche, ha sido un parto difícil, la niña está débil, pero ha sobrevivido. Es todo lo que necesitan saber.

—¿Cómo convencemos a Thomas? Jamás esperará ver a una niña…

—Del señor me encargo yo. —La voz de Mary se tornó enérgica—. Estabas delirando después del parto. El láudano te afectó mucho. No recuerdas gran cosa. Fui yo quien encontró a la niña entre todo el desorden tras el nacimiento del varón. Era una cosita tan débil que no estábamos seguras de que fuera a sobrevivir a la noche, pero mira… milagro de los milagros… está respirando.

—Querrá ver…

—Los hombres no se fijan mucho en los recién nacidos, mi señora. Para ellos, todos parecen patatas arrugadas. Envuélvela bien apretada, mantén la habitación a oscuras, dile que es demasiado frágil para manipularla mucho. Para cuando esté lo bastante fuerte como para ser vista como es debido, ¿quién podrá decir qué aspecto tenía al nacer?

—El doctor Harrington sabe la verdad.

—El doctor Harrington sabe que diste a luz a un niño que murió. Pero los bebés mueren muy a menudo y, a veces, muy rara vez, los médicos cometen errores. Quizá el niño tenía una hermana gemela, tan pequeña que pasó desapercibida. Ocurre. Sobre todo con toda esa sangre, el caos, el miedo. Una niñita diminuta, que apenas respira, envuelta en las secundinas… es fácil no verla hasta que la doncella de la madre la encuentra al limpiar.

—¿Se lo creería?

—¿Por suficiente dinero? Se creería que la luna es de queso. Y no le quedaría más remedio: admitir que no vio a una niña viva arruinaría su reputación.

Eliza sintió que la esperanza florecía en su pecho. —¿De verdad podríamos hacerlo?

—Tendremos que actuar con rapidez. La niña necesita medicinas ahora mismo. Prepararé lo que pueda, pero necesitaremos al médico por la mañana. Tú tienes que volver a tu cama, con un aspecto

apropiadamente agotado por el parto, que de hecho lo estás. Habrá que cambiar las sábanas… yo me encargaré de todo.

—¿Cómo sabes todo esto?

El semblante de Mary era sombrío. —He visto suficientes nacimientos y muertes a lo largo de mi vida, mi señora. Dejadme los detalles a mí. Pero entendedlo bien: una vez hagamos esto, no habrá vuelta atrás. Esta niña se convertirá en Anna Stanford para siempre. La otra bebé, la que nació de una pobre trabajadora, nunca existió. ¿Puedes vivir con ello?

Eliza bajó la vista hacia Anna, que luchaba por cada aliento. —Puedo vivir con haberle salvado la vida. Puedo vivir con darle todo lo que su madre no pudo. Puedo vivir con sobrevivir.

—Entonces, será mejor que empecemos. Primero, tenemos que quemar esa nota. Nada de pruebas.

Eliza aferró el papel. —Pero es de su madre…

—Es la prueba de un delito, eso es lo que es. Quémala.

Con manos temblorosas, Eliza arrojó la nota al fuego. «Por favor, salven a mi hija. Se llama Anna. Fue concebida con amor». Las palabras se convirtieron en ceniza y humo.

Mary ya se estaba moviendo, reuniendo lo necesario. —Necesitaré agua caliente, sábanas limpias. El fuego de la cocina estará apagado, pero puedo apañármelas. Vos volved a la cama, mi señora. Habéis dado a luz a otra criatura, ¿recordáis? Deberíais tener el aspecto adecuado.

Mientras Mary se afanaba, Eliza volvió a meterse en la cama, todavía sosteniendo a Anna. La respiración de la bebé empeoraba, cada inhalación suponía un esfuerzo monumental.

—Quédate conmigo —susurró Eliza—. Por favor, pequeña. Quédate conmigo.

Mary regresó con los enseres y se puso a trabajar con una eficacia silenciosa. Preparó medicinas, cambió las sábanas y creó la elaborada ficción que sustentaría su engaño. Al amanecer, había transformado la habitación en una convincente escena de un parto exitoso.

—Ahora —dijo Mary—, cuando venga el señor, vos recordáis muy poco. El dolor, el láudano… todo es una nebulosa. Le diré que yo encontré a la bebé, que era tan pequeña que temimos que no sobreviviera. Estabais delirando, llamando a vuestra hija. Cuando por fin la sostuvisteis, no quisisteis soltarla. Bastante natural, después de perder a tres.

—¿Y si sospecha?

—No lo hará. Los hombres quieren creer que su linaje continúa. Él necesita que esta niña sea suya. Lo creerá porque debe creerlo.

Unos golpes en la puerta las hicieron sobresaltarse.

—¿Eliza? —Era la voz de Thomas—. ¿Cómo te encuentras esta mañana?

Mary respondió. —Descansa, señor. Pero debería entrar. Hay… hay algo maravilloso.

Thomas entró, con el rostro demacrado. Era evidente que no había dormido. —¿Mary? ¿Qué…?

—Señor, no sé cómo explicarlo, si no es como un milagro. Anoche, después de que se fuera el médico, cuando estaba limpiando… la encontré. Era tan pequeña, estaba tan quieta, que no nos habíamos dado cuenta. Su hija, señor. Está viva.

Thomas se quedó blanco como la cal. —¿De qué está hablando?

—Gemelos, señor. El niño murió, sí, pero había una niña. Diminuta como un pájaro, apenas respiraba, pero viva. Lo he visto ocurrir antes: un gemelo que se esconde detrás del otro. Con todo el caos, la sangre, no nos dimos cuenta…

—Eso es imposible. Harrington habría…

—Con su perdón, señor, pero el médico estaba centrado en salvar a su esposa. Y la niña era tan pequeña, cubierta de sangre y materia… Solo la encontré porque oí un ruidito, como el maullido de un gatito.

Thomas se acercó a la cama donde yacía Eliza con Anna, con la mirada convincentemente perdida por el láudano.

—¿Thomas? —susurró ella—. ¿Es real? ¿O estoy soñando? Dijeron que teníamos una hija…

—Déjame verla.

Mary cogió a Anna de los brazos de Eliza con cuidado, manteniéndola bien envuelta, y se la presentó a Thomas. En la penumbra, con la cara contraída por la fiebre y el esfuerzo, Anna podría haber pasado por una recién nacida.

—Es pequeña —dijo Thomas, asombrado.

—Al ser gemela… necesitará cuidados constantes. El médico debería volver a examinarla.

—¿Harrington no la vio en absoluto?

La voz de Mary contenía la dosis justa de indignación defensiva. —Fue un caos, señor. Su esposa casi muere. Había muchísima sangre. Estas cosas pasan. Lo que importa es que está viva.

Thomas tocó la diminuta mano de Anna. —Arde de fiebre.

—Es la pulmonía, señor. Común en los bebés que nacen entre tanta confusión. Pero es una luchadora. Ha estado aguantando toda la noche.

—Anna —susurró Eliza desde la cama—. Quiero llamarla Anna.

—Anna —repitió Thomas. Estudió el rostro de la bebé—. Tiene la barbilla de los Stanford.

Mary y Eliza intercambiaron una rápida mirada. Él ya estaba viendo lo que necesitaba ver.

—Deberíamos mandar a buscar a Harrington inmediatamente —dijo Thomas—. Si no la vio una vez…

—Iré yo misma, señor. ¿Y, señor? Quizá sea mejor que no le demos demasiada importancia al… descuido del médico. Por el bien de la niña. Mejor decir que nació débil pero que sobrevivió, que levantar sospechas sobre la atención médica.

Thomas asintió lentamente. —Sí. Sí, tienes razón. No diremos nada sobre… la confusión. Simplemente que tenemos una hija, nacida anoche, muy frágil.

—Muy bien, señor.

Después de que Thomas se marchara para vestirse, Mary se volvió hacia Eliza. —Ya está hecho, mi señora. Ahora no hay vuelta atrás.

—Lo sé.

—Esa pobre mujer ahí fuera, pensando que su bebé está con una familia rica que la cuidará…

—La cuidaremos. Le daremos todo.

—Excepto la verdad.

—La verdad la destruiría. De esta manera, vivirá. Prosperará. Se convertirá en alguien.

Mary asintió lentamente. —Me llevaré este secreto a la tumba, mi señora. Pero debéis estar preparada: los secretos tienen una forma de salir a la luz.

—Este no. Seremos muy cuidadosas.

Fuera, la nieve seguía cayendo. En algún lugar de la ciudad helada, Florie White despertó de su letargo de láudano para encontrar sus

brazos vacíos y su corazón roto, pero aferrándose a la esperanza de que su sacrificio había salvado la vida de su hija.

En la mansión de los Stanford, Anna Stanford —pues eso era ahora — luchaba por cada aliento mientras dos mujeres construían una elaborada mentira que definiría toda su existencia.

El trato estaba cerrado. El engaño había comenzado. Y el verdadero precio de la salvación —tanto para la madre como para la hija— no se conocería hasta muchos años después.

CAPÍTULO 3



La fiebre remitió al tercer día.

Eliza no había salido del cuarto de la niña desde la visita del doctor Harrington, que había examinado a la «milagrosa superviviente» con minuciosidad profesional antes de declarar que su supervivencia era «uno de los misterios de Dios». Su generosa donación para la investigación llegaría esa misma tarde. Mary le llevaba las comidas en bandejas, pero la mayoría quedaban intactas. Thomas la visitaba con frecuencia, atraído al cuarto de la niña por una necesidad casi desesperada de cerciorarse de que su hija vivía de verdad.

—Parece más fuerte —dijo él aquella tercera mañana, y esta vez era cierto. Anna respiraba con más facilidad y el terrible estertor de su pecho por fin se atenuaba.

—Mucho más fuerte —convino Eliza, manteniendo la voz cuidadosamente neutra. Por dentro, el corazón le latía con fuerza por el miedo constante a que Thomas notara algo extraño, algún detalle que desvelara el engaño.

—¿La nodriza llega hoy? —preguntó Thomas, inclinándose para tocar la diminuta mano de su hija. Los dedos de la niña se cerraron en torno al suyo y el rostro de él se suavizó con asombro—. Mira qué agarre. Es una luchadora, nuestra niña.

—De Yorkshire. La prima de Mary la conoce. Es la esposa de un granjero que hace poco perdió a su propio hijo.

—Bien, bien. —Thomas se sentó junto a la cuna, incapaz de dejar de mirar a la niña—. Todavía no me lo puedo creer. Cuando Harrington dijo que habíamos perdido al bebé, pensé... y entonces Mary la encontró. Nuestro milagro.

A Eliza se le hizo un nudo en la garganta. —Sí. Nuestro milagro.

—He estado pensando en el bautizo. Deberíamos hacerlo pronto, y todavía está lo bastante delicada como para que lo celebremos en privado. Solo la familia. No quiero que multitudes de gente vengan a curiosear hasta que esté más fuerte.

—Es una decisión muy sabia.

—Y su nombre. —Thomas sonrió, una sonrisa de verdad que Eliza no le había visto en meses—. Ya sé que tú querías Anna, pero he estado pensando... ¿qué te parece Beatrice? Por tu madre. Mi padre siempre la admiró. Decía que tenía el linaje más noble de Somerset. Así honraríamos su memoria y... —hizo una pausa, con un aire casi tímido—, siempre esperé que, si teníamos una hija, tuviera la fortaleza de tu madre.

A Eliza se le encogió el corazón. El nombre de Anna era lo único que tenía de la verdadera madre de la niña, aquella mujer desesperada que había amado a su hija lo suficiente como para renunciar a ella. Pero la sugerencia de Thomas nacía del amor, de la alegría por la supervivencia de su hija.

—Beatrice es un nombre precioso —consiguió decir—. Mamá se habría sentido muy honrada.

—Beatrice Stanford. —Thomas lo repitió para probarlo, sonriendo aún más—. Nuestra pequeña Bea. Cuando sea mayor, le enseñaré a montar a caballo. Mi padre no paraba de decir que quería un nieto para continuar el linaje, pero una nieta... una nieta puede ser igual de fuerte, igual de capaz. Lo demostrará, ¿verdad que sí?

La ironía de la situación —Thomas defendiendo la legitimidad de su hija como heredera cuando ni siquiera era suya— hizo que Eliza sintiera náuseas. Pero sonrió y asintió, interpretando el papel de la esposa agradecida cuya hija había sobrevivido milagrosamente.

—Haré los arreglos para que el vicario venga el jueves —continuó Thomas, poniéndose en pie a regañadientes—. Una ceremonia privada, solo nosotros y los testigos necesarios. Y, Eliza..., sé que he estado distante estos últimos meses. La presión del testamento, las pérdidas... pero ahora, con nuestra hija aquí, todo será diferente. Ahora somos una familia. Una familia de verdad.

Después de que él se fuera, Eliza bajó la vista hacia la niña que ya no era Anna. Mary entró momentos después con sábanas limpias, habiendo esperado a que Thomas se marchara.

—Está prendado de ella —observó Mary en voz baja.

—Cree que es suya.

—Como debe ser. Como tiene que ser. —La voz de Mary era firme—. Esa es su hija en esa cuna, mi señora. Su hija, que necesita que su madre sea fuerte y nunca dude de esa verdad.

—Quiere llamarla Beatrice. Por mi madre.

El rostro de Mary se suavizó. —Es apropiado, mi señora. Su madre fue una mujer fuerte. Esta pequeña necesitará esa fortaleza.

—La verdadera madre la llamó Anna. Fue todo lo que le dio: un nombre y amor.

—Y ahora tiene un nuevo nombre y un nuevo amor. Esa otra niña, esa Anna..., nunca existió, ¿recuerda? Esta es Beatrice Stanford, hija suya y del señor, nacida en Nochebuena.

—Lo sé. —Eliza tocó la mejilla del bebé—. Pero a veces me pregunto si lo sabe. La madre de verdad. ¿Sabe que su bebé está a salvo?

—Creo —dijo Mary con cuidado— que cualquier madre que pudiera abandonar a su hija con ese tiempo debe de estar diciéndose lo que sea necesario para sobrevivir a la pérdida.

Ninguna de las dos podía haber imaginado lo equivocadas que estaban.



El Támesis a la altura de Blackfriars era particularmente fiero en invierno. La corriente corría rápida y oscura, arrastrando los detritos de la vida londinense: perros muertos, aguas residuales, el cadáver ocasional de alguien para quien la vida en la ciudad más grande del mundo se había vuelto insoportable.

Florie White estaba de pie en el puente, con la mirada fija en el agua negra. El viento atravesaba su fino vestido; había vendido su chal hacía días por una comida que no pudo probar. Sus dedos, aferrados a la barandilla de hierro, habían pasado del entumecimiento a una especie de ardor que parecía apropiado.

Tres días. Habían pasado tres días desde que dejó a Anna en la gran casa.

El primer día, había esperado. Seguro que alguien vendría. Un agente de policía, quizá, o alguien de la casa haciendo preguntas. Pero no vino nadie.

El segundo día, había pasado por delante de la mansión catorce veces. Había visto a los criados entrar y salir, había oído los sonidos normales de una casa en funcionamiento. Pero ni un llanto de bebé. Ninguna señal de que hubiera un niño.

Al tercer día, lo supo. Anna estaba muerta. Su hermosa y perfecta hija había muerto, probablemente a las pocas horas de haber sido abandonada en aquel frío escalón. La familia rica seguramente se había deshecho del cuerpo discretamente, para no tener el escándalo de un bebé muerto en su puerta.

Florie había matado a su hija con la misma certeza que si la hubiera asfixiado con sus propias manos.

Se subió a la barandilla. Estaba resbaladiza por el hielo, era traicionera. Bien. No quería tener tiempo para recapacitar. El agua abajo parecía casi pacífica desde esa altura, como seda negra ondeando al viento.

—Lo siento, mi corderita —susurró—. Lo siento mucho. Ya voy.

Se inclinó hacia delante...

Unas manos fuertes la agarraron por la cintura y tiraron de ella hacia atrás. Cayó con fuerza en la pasarela del puente y se golpeó la cabeza contra las losas. A través de las estrellas que explotaban ante sus ojos, vio un rostro: el rostro de una mujer, rudo y curtido pero amable, coronado por un cabello gris que se escapaba de una cofia gastada.

—Nada de eso ahora —dijo la mujer con firmeza—. Sea lo que sea, el río no es la respuesta.

—¡Suélteme! —Florie forcejeó, pero estaba débil por los días sin comer, y la mujer era sorprendentemente fuerte—. No lo entiende...

—Entiendo de sobra. Jovencita, sin anillo de boda, ¿y con esa particular expresión de desesperación? Has perdido un bebé, ¿verdad?

Florie se derrumbó entonces, sollozando con tanta fuerza que no podía respirar. La mujer —Martha, como descubriría más tarde— la sostuvo mientras lloraba, allí mismo en el puente, con la gente pasando a su lado y cuchicheando ante el espectáculo.

—Ya está —dijo Martha cuando los sollozos por fin amainaron—. Mejor fuera que dentro. Y ahora, te vienes conmigo.

—No puedo. No tengo adónde...

—Ahora sí. Trabajo en la finca de los Caulfield en Hampstead. Nos faltan doncellas, y tú tienes aspecto de saber trabajar. ¿Sabes trabajar?

Florie asintió aturdida.

—Bien. Asunto zanjado, pues. Vamos.

Martha la ayudó a levantarse con una delicadeza sorprendente. —El Señor obra de maneras misteriosas, sí que lo hace. Solo he venido a la ciudad a por provisiones para la cocinera, y mi puente habitual estaba bloqueado por un carro volcado. He tenido que venir por aquí. Parece que estaba destinada a encontrarte.

—Ni siquiera sé su nombre.

—Martha Grundy, ama de llaves principal de Caulfield House estos últimos veinte años. ¿Y tú eres?

Por un momento, Florie pensó en mentir. Pero ¿qué más daba ya? —Florie White.

—Bueno, pues, Florie White, vamos a darte de comer, a que entres en calor y a ponerte ropa decente. No podemos permitir que conozcas a la señora Caulfield con esas pintas de haberte arrastrado por un zarzal.

—¿La señora Caulfield?

—La señora. El alma más bondadosa que conocerás, aunque ha tenido su parte de penas. Perdió a su propia hija por la escarlatina hace dos años. Siente debilidad por las jóvenes en apuros.

Martha la condujo a un carro que esperaba cargado de fardos y paquetes. El conductor, un anciano de rostro amable, la ayudó a subir sin hacer comentarios, aunque Florie pudo ver la lástima en sus ojos.

—La finca de los Caulfield —explicó Martha mientras atravesaban las concurridas calles de Londres— es un lugar diferente. El señor

George Caulfield hizo su fortuna en el transporte marítimo, pero no es como esos ricachones de toda la vida. Él y la señora creen en tratar a sus sirvientes con justicia. Buenos salarios, comida decente y, si trabajas duro y no te metes en líos, se portarán bien contigo.

Florie apenas la oía. Su mente volvía una y otra vez a aquel frío umbral, al rostro febril de Anna, al silencio que había seguido. Debería haber llamado. Debería haberse asegurado de que alguien la encontrara de inmediato. Debería haber hecho algo, cualquier cosa diferente.

La finca de los Caulfield se encontraba en Hampstead Heath, lo bastante lejos de Londres como para parecer el campo, pero lo bastante cerca para que el señor Caulfield gestionara sus negocios. La casa en sí era más nueva que la mansión Stanford, construida al estilo moderno con grandes ventanales y sin nada de la lúgubre atmósfera medieval que caracterizaba a las fincas más antiguas.

La señora Caulfield las recibió en el vestíbulo de servicio. Tendría unos cuarenta años, con un suave cabello castaño y unos ojos que albergaban una tristeza incluso cuando sonreía.

—¿Se ha encontrado usted con esta muchacha, Martha?

—Sí, señora. Se llama Florie White. La encontré en un mal momento, pero está dispuesta a trabajar.

La señora Caulfield estudió a Florie con aquellos ojos tristes y sabios. —Usted ha tenido un hijo hace poco.

No era una pregunta. Florie asintió, incapaz de hablar.

—¿Y lo ha perdido?

Otro asentimiento.

—Siento su pérdida. —Las palabras eran sencillas, pero la comprensión que encerraban casi hizo que Florie se rompiera de nuevo—. Aquí todos hemos perdido a alguien. Pero también hemos descubierto que el trabajo puede ser una bendición cuando el dolor

amenaza con abrumarnos. Martha le mostrará su habitación. Empezará mañana, pero con calma. Necesita recuperar las fuerzas.

—Señora —logró decir Florie—. Yo... gracias.

—No me dé las gracias todavía. El trabajo es duro y espero dedicación. Pero, si la pone, tendrá aquí un hogar todo el tiempo que lo necesite.

La habitación que Martha le enseñó era pequeña pero limpia, con una cama en condiciones y una ventana que daba a los huertos de la cocina. Después de la miseria de la pensión de la señora Grimble, aquello parecía el paraíso.

—Compartirás con Rose —le explicó Martha—. Es una buena chica, tranquila, no te molestará con preguntas. Hay agua en la jarra para lavarte, y haré que te suban algo de cena. Estás demasiado delgada.

Sola, Florie se sentó en la cama e intentó sentir algo más que el inmenso vacío donde debería estar Anna. Pero ella, Florie, había sobrevivido. Tenía trabajo, refugio, comida. Debería estar agradecida.

Pero solo podía pensar en su hija, fría y sola, probablemente enterrada en alguna fosa común sin ni siquiera un nombre que marcara su fallecimiento.

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Florie comenzó sus tareas. El trabajo le resultaba familiar: había estado en el servicio antes de Tom, conocía los ritmos de una gran casa. Pero su cuerpo estaba débil y su mente no paraba de divagar.

Estaba fregando la escalera principal cuando George Caulfield se fijó en ella por primera vez. Ella no lo vio, demasiado concentrada en el movimiento repetitivo del cepillo contra el mármol, utilizando el dolor físico de sus rodillas para acallar la agonía emocional.

—¿Es esa la chica nueva? —le oyó preguntar a Martha.

—Sí, señor. Florie White.

—Parece... resuelta.

—Está superando algo, señor. Es mejor dejarla estar.

Pero Florie no lo estaba superando. Se estaba castigando, frotando cada vez más fuerte hasta que le sangraron las manos, hasta que la habitación empezó a dar vueltas. No se dio cuenta de cuándo se le cayó el cepillo de los dedos entumecidos. No se sintió caer hasta que unos brazos fuertes la sujetaron.

—¡Santo Dios! —la voz de George Caulfield, muy cerca—. La muchacha está ardiendo. Que venga el doctor Morrison.

—No —masculló Florie—. Ningún médico. Por favor. No puedo pag...

—Chis, ahora. —Su voz era amable—. Nadie le está pidiendo que pague.

La llevó en brazos —literalmente, la llevó en brazos, como solía hacer Tom— a una pequeña habitación junto a la cocina que podía servir de enfermería. Martha apareció con mantas y agua mientras esperaban al médico.

—¿Cuánto hace que no come en condiciones? —preguntó George.

Florie no podía recordarlo. ¿Antes de que Anna cayera enferma? ¿Después?

—Perdió un bebé —dijo Martha en voz baja—. Recientemente, por su aspecto.

El rostro de George cambió al comprender la situación. —Como Catherine.

—Sí, señor.

Miró a Florie con una compasión que le dio ganas de confesarlo todo: el abandono, el umbral de la puerta, el terrible silencio que siguió. Pero no pudo. Contarlo lo haría más real, y ella no estaba preparada para eso.

—Cuide de ella —le dijo George a Martha—. Lo que necesite. Y cuando se recupere, si quiere hablar... puede que Catherine pueda ayudarla.

El médico vino y se fue, prescribiendo descanso y alimento. Florie entró y salió de la consciencia durante dos días, con sueños llenos de los llantos de Anna y el sonido del silencio de una gran casa que se había tragado a su hija.

Cuando finalmente se despertó del todo, la señora Caulfield estaba sentada junto a su cama, haciendo labores de aguja.

—Ah, ya está de vuelta con nosotros.

—Lo siento, señora. Debería estar trabajando...

—Debería estar recuperándose. Sé de su gran pérdida.

Florie asintió, y las lágrimas empezaron a brotar de nuevo. ¿Cesarían alguna vez?

—Perdí a mi Margaret hace dos años —dijo la señora Caulfield en voz baja—. Tenía doce. La fiebre se la llevó en tres días. Pensé que moriría de pena. Algunos días, deseaba morir.

—¿Cómo lo soporta?

—Respirando. Día a día. Y, al final, descubres que puedes recordarlos sin sentir que te ahogas. El dolor nunca desaparece, pero... se suaviza. Se vuelve soportable.

—No quiero que se vuelva soportable. Merezco sufrir.

La señora Caulfield dejó a un lado su labor. —¿Por qué?

—Porque yo... porque no pude salvarla. Le fallé.

—A la enfermedad no le importa cuánto amemos a nuestros hijos. A la pobreza o a la riqueza no les importa cuánto nos esforcemos por protegerlos. Usted hizo lo que pudo con lo que tenía.

Si ella supiera. Si supiera que Florie no había hecho lo que pudo, que había hecho lo peor que se podía imaginar: abandonar a su hija viva para que muriera sola entre extraños.

—Señora —dijo Florie de repente—. ¿Usted..., es decir, ha oído algo sobre un bebé? ¿En una de las grandes casas? ¿Encontrado o... o moribundo?

La señora Caulfield frunció el ceño. —No, nada de eso. ¿Por qué?

—Por nada. Es que... a veces creo que oigo cosas. Me imagino cosas.

—El duelo hace eso. Nos hace ver y oír lo que deseamos desesperadamente que sea verdad. —Le dio una palmadita en la mano—. Descanse ahora. Cuando esté más fuerte, podrá volver al trabajo. Pero poco a poco. La curación lleva tiempo.

Después de que se fuera, Florie hundió la cara en la almohada. Anna estaba muerta. Tenía que estarlo. Nadie hablaba de haber encontrado un bebé, ningún escándalo salpicaba a las grandes casas. Su hija había muerto sola, todo porque Florie había sido demasiado orgullosa para ir al hospicio, demasiado desesperada para pensar con claridad, demasiado débil para salvarla.

Trabajaría. Viviría, porque Martha la había salvado y aquella gente le había mostrado amabilidad. Pero nunca se perdonaría a sí misma.

Y a ocho kilómetros de distancia, en un cuarto de niña provisto de todos los lujos que el dinero podía comprar, la bebé ahora llamada Beatrice Stanford se fortalecía cada día, amada y cuidada por una mujer que temía a cada instante que alguien viniera a arrebatársela.

CAPÍTULO 4



El invierno de 1843 fue el más crudo que Londres había visto en una década. La nieve cayó sin tregua durante todo el mes de enero y cubrió la ciudad con un manto blanco que rápidamente se convertía en aguanieve gris en las calles. Para aquellos con hogares cálidos y despensas llenas, no era más que una mera inconveniencia. Para los que no tenían nada, era mortal.

En la mansión de los Stanford, en Belgrave Square, la pequeña Beatrice Stanford no solo había sobrevivido, sino que se había criado sana y fuerte. Con casi un año, estaba rolliza y de mejillas sonrosadas, con rizos oscuros que Eliza pasaba horas cepillando y unos brillantes ojos azules que lo seguían todo con aguda inteligencia. El cuarto de los niños se había convertido en el corazón de la casa, lleno de juguetes, libros y el constante arrullo de niñeras y visitas.

—Es absolutamente perfecta —dijo lady Pemberton entusiasmada durante el té de la tarde—. Una preciosidad. ¡Y esos ojos! Tan poco comunes para una Stanford.

La taza de té de Eliza repiqueteó contra el platillo. —Mi abuela tenía los ojos azules. A veces se salta generaciones.

—Claro, claro. Y ahora está tan sana. Nadie diría que fue tan frágil al nacer.

—Una bendición de Dios —murmuró Eliza, pero sus ojos estaban fijos en la nueva doncella que servía los pasteles. Era joven, de unos veinte años, con ojos cansados y manos ajadas por el trabajo. ¿Podría ser ella? ¿La madre que había dejado a su bebé en la puerta de su casa?

Aquel era el tormento constante de Eliza. Cada nueva sirvienta, cada mujer que se acercaba a la puerta vendiendo cintas o pidiendo trabajo, cada rostro entre la multitud cuando sacaba a Beatrice a tomar el aire al parque..., cualquiera de ellas podía serlo. La verdadera madre, que venía a reclamar lo que había abandonado.

—¿Se encuentra bien, querida? —preguntó lady Pemberton—. Parece distraída.

—Perfectamente. Solo miraba a Beatrice —Eliza se obligó a centrarse en su hija, que estaba sentada en la alfombra, intentando apilar unos bloques de madera con gran determinación—. Es tan lista. Ya intenta construir cosas.

Thomas entró en el salón, con el rostro radiante de orgullo paternal. —¿Se está luciendo para lady Pemberton? Esa es mi niña —alzó a Beatrice en brazos, haciéndola chillar de alegría—. Pronto empezará a andar, dice la niñera. Entonces no habrá quien la pare.

—Ha salido a su padre —dijo lady Pemberton con aprobación—. Los Stanford siempre han sido gente tenaz.

Eliza observó a Thomas con su hija —*su* hija, se corrigió, siempre *su* hija— y sintió la familiar punzada de culpa y miedo. Él amaba a Beatrice por completo, sin reservas. ¿Qué sería de él si alguna vez descubriera la verdad?

Mary apareció en el umbral. —Con su permiso, señora, pero hay una mujer en la entrada de servicio. Dice que busca trabajo.

A Eliza se le heló la sangre. —¿Qué clase de mujer?

—Joven, señora. Desesperada, a juzgar por su aspecto. Dice que tiene experiencia con niños.

—Despídala —las palabras salieron más cortantes de lo que pretendía—. No tenemos ningún puesto libre.

Thomas la miró con curiosidad. —En realidad, nos vendría bien otra niñera. Ahora que Beatrice está cada vez más activa...

—No —Eliza se levantó bruscamente—. Quiero decir que prefiero arreglármelas con el personal que tenemos. Gente que conocemos. Gente en la que confiamos.

—Eliza...

—Por favor, Thomas. Soy muy exigente con quien cuida de nuestra hija.

Él se encogió de hombros mientras botaba a Beatrice sobre la cadera. —Como desees. Tú sabes más de estos asuntos.

Pero más tarde, cuando los invitados se hubieron marchado y Beatrice dormía la siesta, Mary encontró a Eliza junto a la ventana del cuarto de los niños, observando la calle con ojos atormentados.

—No puede vivir así, mi señora —dijo Mary con dulzura—. Sobresaltándose con cada sombra, sospechando de cada mujer que se acerca.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? Podría volver. Cualquier día, en cualquier momento, podría aparecer y destruirlo todo.

—Ha pasado un año. Si hubiera querido venir, ya lo habría hecho.

—O está esperando el momento oportuno. Esperando a que Beatrice sea mayor, a que se encariñe más con nosotros. Esperando a que duela más.

Mary suspiró. —Esa pobre muchacha abandonó a su bebé en medio de una ventisca, mi señora. O está muerta o tan perdida que es como si lo estuviera. No va a volver.

Pero Eliza no podía creerlo. No podía dejar de vigilar, de esperar, de temer. Cada llamada a la puerta podía ser un desastre. Cada nuevo rostro podía ser el fin de su mundo, tan cuidadosamente construido.



A OCHO KILÓMETROS DE ALLÍ, en Hampstead, Florie White agonizaba.

La escarlatina había llegado de repente, propagándose como la pólvora por las dependencias del servicio de la finca de los Caulfield. Tres criadas habían caído enfermas, pero Florie era, con diferencia, la que peor estaba. Quizá porque nunca se había recuperado del todo de su pena, quizá porque había trabajado hasta la extenuación intentando olvidar, pero la fiebre se había apoderado de ella con saña.

—No pasará de esta noche —le dijo el doctor Morrison a Martha con gravedad—. Su cuerpo no tiene fuerzas para seguir luchando. Haga que esté cómoda.

Martha asintió con el rostro sombrío. Se había encariñado con Florie durante el último año, admirando la silenciosa determinación de la muchacha por seguir adelante a pesar de su evidente dolor. Perderla ahora parecía cruel, incluso para los duros estándares de la vida del servicio.

—Nada de visitas —añadió el doctor—. La fiebre es muy contagiosa. No quiero que se extienda más.

Pero Adam Fletcher, el mozo de cuadra principal, tenía otros planes. Se había fijado en Florie desde su primer día en Caulfield House, atraído al principio por su belleza. Incluso consumida por la pena y delgada, poseía una delicada hermosura que hacía que los hombres se giraran a mirarla. Pero fue su tristeza lo que de verdad le cautivó, la forma en que se movía por el mundo como si sobrellevara un peso invisible.

Él había intentado tener pequeños gestos amables: le llevaba los cubos pesados, dejaba flores silvestres donde ella pudiera encontrarlas, se ofrecía a acompañarla a la iglesia los domingos. Ella había aceptado su ayuda con una gratitud silenciosa, pero nada más; su corazón estaba a todas luces demasiado roto para nada que se pareciera a un romance.

Ahora, al oír que se estaba muriendo, Adam no pudo soportarlo.

Esperó hasta bien pasada la medianoche, cuando la casa dormía y Martha aprovechaba para descansar unas horas. Entonces se deslizó en las dependencias del servicio y subió a la pequeña habitación donde yacía Florie.

A la luz de la luna, parecía ya muerta. Tenía la piel blanca como el papel y una respiración tan superficial que tuvo que inclinarse para asegurarse de que aún vivía. La fiebre había consumido la poca carne que había conseguido recuperar, dejándola esquelética.

Adam acercó una silla a la cama y sacó su Biblia, la de su madre, sobada por el uso.

—No sé si puedes oírme —susurró—, pero mi madre siempre decía que la Palabra tenía poder, incluso cuando no podíamos entenderla. Así que voy a leerte, si te parece bien.

Empezó con los Salmos, los más reconfortantes, los que su madre le leía cuando estaba enfermo de niño. —El Señor es mi pastor, nada me faltará...

Florie se removió ligeramente, y su mente febril captó fragmentos de palabras. Pastor... faltará... valle... sombra...

—Eso es —la animó Adam—. Tú escucha. Lucha. Eres más fuerte de lo que crees, Florie White.

Leyó durante toda la noche, con la voz cada vez más ronca, pero sin detenerse. Cuando la respiración de Florie se volvió dificultosa, leyó más deprisa, como si las propias palabras pudieran aferrarla a la

vida. Cuando se agitaba en su delirio, llamando a alguien llamada Anna, él le cogió la mano y leyó aquello de «dejad que los niños se acerquen a mí».

Martha lo encontró allí al amanecer, todavía leyendo, todavía sujetando la mano de Florie.

—¡Adam Fletcher, insensato! El doctor dijo que nada de visitas. ¡Podrías contagiarte tú!

—No me importa —no apartó la vista de la Biblia—. No debería morir sola.

Martha se acercó, esperando encontrar a Florie muerta. Pero la respiración de la muchacha, aunque todavía dificultosa, parecía más fuerte. Su color, aunque lejos de ser bueno, ya no era tan mortecino.

—¿Pero qué...? —murmuró Martha—. Está luchando.

—Ha estado luchando toda la noche. Cada vez que dejo de leer, empeora. Así que sigo leyendo.

Martha lo estudió: aquel rudo mozo de cuadra con sus manos endurecidas por el trabajo, que sostenía la Biblia como si fuera de cristal tallado, leyéndole a una muchacha que probablemente ni siquiera sabía que existía.

—Te traeré un poco de agua —dijo finalmente—. Para la garganta. Pero si coges la fiebre y te mueres, Adam Fletcher, no te lo perdonaré jamás.

Él esbozó una sonrisa cansada. —Entendido, señora.

Durante tres días y tres noches, Adam estuvo al lado de Florie cada momento que pudo. Leyó enormes fragmentos de la Biblia y luego volvió a empezar. Cuando ella llamaba a Anna, él le decía que Anna estaba a salvo, que la querían, que estaba esperando a que se pusiera bien; no sabía quién era Anna, pero intuía que era lo que Florie necesitaba oír.

Al cuarto día, la fiebre remitió. Florie abrió los ojos, ya lúcidos, y encontró a un extraño dormido en una silla junto a su cama, con una Biblia abierta en el regazo y su mano aún sujetando la de ella.



Mientras Florie luchaba por su vida, Samuel Caulfield regresó a casa desde Cambridge para las vacaciones de Navidad. Él era todo lo que su hermano mayor George no era: brillante donde George era constante, encantador donde George era sincero, inquieto donde George era conformista. A sus veintitrés años, ya lo cortejaban los mejores bufetes de abogados de Londres, y sus profesores declaraban unánimemente que estaba destinado a la grandeza.

Llegó a Caulfield House en Nochebuena, entrando con su habitual estilo teatral, cargado de regalos e historias de la vida universitaria que dejaron a toda la casa cautivada.

—¿Y qué tal el negocio naviero, George? —preguntó durante la cena —. ¿Sigues contento haciendo de mercader?

George sonrió ante la familiar pulla. —Alguien tiene que ganar el dinero que te gastas en tu educación.

—No te falta razón. Aunque cuando sea Lord Canciller, me aseguraré de que te nombren caballero o algo parecido.

—Qué generoso.

Catherine Caulfield los observaba con una mezcla de cariño y exasperación. Siempre habían sido así: George, el responsable primogénito que se había hecho cargo del negocio de su padre a los veintiún años, y Samuel, el brillante hermano menor al que se le había permitido perseguir sus ambiciones académicas.

—He oído que habéis acogido a otro pajarillo herido —dijo Samuel, sirviéndose más vino—. Todos los sirvientes hablan de la chica con fiebre.

—Se llama Florie —dijo Catherine—. Pobrecilla, perdió a un hijo el año pasado. Lleva con nosotros desde entonces.

—¿Es guapa? —preguntó Samuel con fingida indiferencia.

—¡Samuel! —lo reprendió Catherine.

—¿Qué? Simplemente siento curiosidad por el servicio. Se me permite fijarme en si nuestras doncellas son guapas, ¿no?

—Se está recuperando de la escarlatina —dijo George con firmeza—. Y está bajo nuestra protección. La tratarás con respeto.

—Naturalmente. ¿Cuándo he sido yo otra cosa que respetuoso?

George y Catherine intercambiaron una mirada. El encanto de Samuel era legendario, pero también lo era su costumbre de dejar un reguero de corazones rotos a su paso.

Tres días después de Navidad, cuando Florie por fin se encontró lo bastante bien como para reanudar las tareas más livianas, Samuel la vio por primera vez.

Estaba en el huerto de la cocina, recogiendo hierbas de invierno para la cocinera, moviéndose lenta pero con determinación entre las plantas cubiertas de escarcha. El sol de la mañana incidió en su cabello, tornándolo dorado, y cuando se enderezó, su rostro tenía una cualidad etérea que hizo que Samuel se detuviera en seco.

Había visto mujeres hermosas antes —Londres estaba lleno de ellas —, pero había algo en Florie que era diferente. Quizá fuese la tristeza que se aferraba a ella como la niebla matutina, o la forma en que se mantenía apartada del mundo, pero Samuel se sintió intrigado de un modo que no le había ocurrido en años.

—Usted debe de ser Florie —dijo, acercándose con su sonrisa más encantadora.

Ella se sobresaltó y casi dejó caer la cesta. —Señor. No lo había visto.

—Samuel Caulfield. El hijo pródigo, según mi hermano.

—Señorito Samuel. —Hizo una reverencia y volvió a sus hierbas.

—He oído que estuvo enferma. Me alegro de que se haya recuperado.

—Gracias, señor.

No lo miraba, no se sonrojaba ni reía tontamente como hacían la mayoría de las doncellas cuando él les prestaba atención. Más bien, parecía ansiosa por que se marchara.

—Adam Fletcher debe de estar contento —dijo él, a modo de tanteo —. He oído que hizo de enfermero mientras usted estaba enferma.

Una leve dulcificación en su rostro. —El señor Fletcher fue muy amable.

—Amable. Sí. Seguro que eso es lo que estaba siendo.

Entonces sí que lo miró, y sus ojos —de un color gris azulado como el mar en invierno— contenían una advertencia. —¿Necesita algo, señor?

—No. Nada en absoluto. —Retrocedió, con las manos en alto en señal de rendición—. La dejaré con su trabajo.

Pero mientras se alejaba, Samuel se descubrió mirando hacia atrás. Florie había vuelto a sus hierbas, pero había una tensión en sus hombros que antes no estaba.

Interesante, pensó. Muy interesante.



El mercado navideño de Covent Garden era un festival de color y ruido, incluso con el frío glacial. Los vendedores pregonaban de todo, desde castañas asadas hasta cintas, desde juguetes de madera hasta mitones abrigados. El aire estaba impregnado del olor

a canela y pino, y a pesar de la escarcha, multitudes de londinenses se abrían paso por los estrechos pasillos, en busca de regalos y caprichos de última hora.

Florie no había querido venir, pero la cocinera había insistido en que necesitaba especias especiales para el pastel de la Noche de Reyes, y Florie era la única en quien confiaba para conseguir las correctas. Así que allí estaba, envuelta en su capa más cálida (una prenda desechada de la señora Caulfield), abriéndose paso entre la multitud con su cesta.

Estaba examinando unas ramas de canela, intentando determinar cuáles eran las más frescas, cuando oyó la risa de un niño que le paró el corazón.

Sonaba como Anna. Al menos, como podría haber reído Anna si hubiera vivido, si se hubiera convertido en una niña de un año, de andares vacilantes, con mejillas sonrosadas y ojos brillantes.

Florie se giró, buscando entre la multitud, y los vio: una familia adinerada que se movía por el mercado como si fueran de la realeza en una visita. El padre, alto y distinguido con su caro abrigo. La madre, elegante con sus pieles. Y entre ellos, sujeta a buen recaudo por las manos de ambos, una niña pequeña con un vestido de terciopelo del color del vino, con rizos oscuros que asomaban bajo su capota.

La niña se reía ante un teatro de marionetas, aplaudiendo con sus manos embutidas en mitones con deleite. Era hermosa, perfecta, amada. Todo lo que Anna debería haber sido.

A Florie le faltaba el aire. El dolor de ver a esa niña —esa niña que había vivido mientras Anna había muerto— era como si la apuñalaran con mil agujas. Quería correr hacia ellos, exigirles por qué su hija vivía mientras la suya había muerto. Quería gritar por la injusticia de todo aquello.

Pero, sobre todo, quería abrazar a esa niña, fingir por un solo instante que era Anna, que esta era su familia, su vida, su oportunidad de ser feliz.

La madre —Eliza, aunque Florie no sabía su nombre— alzó la vista de repente, sus ojos escrutando la multitud con una intensidad casi temerosa. Por un instante que le paró el corazón, sus miradas se cruzaron a través del ajetreado mercado.

Florie vio a una dama bien vestida con ojos preocupados. Eliza vio a una sirvienta con una cesta, anodina a excepción de su belleza y la tristeza que parecía aferrarse a ella.

Ninguna reconoció a la otra. ¿Cómo podrían? Nunca se habían visto, no tenían razón alguna para establecer una conexión. La madre que había entregado a su hija y la madre que la había acogido, a seis metros de distancia, separadas por la clase, las circunstancias y un secreto que ninguna sabía que compartían.

—¡Mamá! —gritó Beatrice, señalando al dragón de un teatro de marionetas—. ¡Mamá!

La atención de Eliza volvió bruscamente a su hija. —Sí, cariño, lo veo.

Cuando volvió a mirar, la sirvienta había desaparecido, engullida por la multitud.

Florie se abrió paso a ciegas por el mercado, con las lágrimas helándosele en las mejillas. Había pensado que estaba mejorando, que el dolor se estaba volviendo soportable. Pero ver a aquella niña, aquella niña perfecta, amada, viva, le había reabierto todas las heridas.

Chocó con alguien, haciendo volar sus paquetes.

—Lo siento, lo siento mucho —jadeó, agachándose para recoger los paquetes.

—¿Florie?

Levantó la vista y se encontró a Adam Fletcher mirándola con preocupación. Él también llevaba paquetes; al parecer, estaba comprando equipo para el establo.

—¿Qué ocurre? Parece que has visto un fantasma.

—Yo… había una niña. Me ha recordado… —No pudo terminar.

Adam la ayudó a levantarse, sus grandes manos suaves. —Vamos. Te llevaré a casa.

—Las especias. La cocinera necesita…

—Yo las recogeré. Necesitas entrar en calor.

La guio a través de la multitud, con un brazo protector sobre sus hombros. Florie se dejó llevar, demasiado destrozada para protestar. Detrás de ellos, la familia Stanford continuaba su salida navideña, y la risa de Beatrice flotaba sobre la multitud como campanillas.

Aquella noche, Eliza arropó a Beatrice en su cuna, alisando los rizos oscuros tan distintos de su propio cabello rubio.

—Mi preciosa niña —susurró—. Mi milagro.

Beatrice sonrió adormilada, buscando el rostro de su madre con sus regordetes dedos. —Mamá.

—Sí, mi amor. Siempre y para siempre, mamá.

Pero incluso al decirlo, Eliza no podía quitarse de la cabeza la imagen de aquella sirvienta en el mercado, la de los ojos trágicos. Algo en ella le había resultado familiar, aunque no sabía qué. ¿Un parecido con alguien? ¿Un recuerdo medio olvidado?

Apartó el pensamiento. Se estaba volviendo paranoica de nuevo, viendo amenazas donde no las había. La chica no era nadie, solo otra sirvienta en una ciudad llena de ellas.

A kilómetros de distancia, Florie yacía en su estrecha cama, aferrando el diminuto gorro de punto que había escondido: lo único

que había conservado de Anna, lo único que no pudo soportar vender o destruir. Aún olía ligeramente a su bebé, o quizá solo era su imaginación.

—He visto a una niñita hoy —susurró a la oscuridad—. Era tan feliz, tan querida. Podrías haber sido tú, corderito mío. Si yo hubiera sido más fuerte, más rica, mejor… podrías haber sido tú.

El gorro absorbió sus lágrimas, como tantas otras veces. En la cama de al lado, Rose dormía plácidamente, ajena a la agonía de su compañera de cuarto.

Mañana, Florie se levantaría, trabajaría y fingiría que se estaba curando. Aceptaría la amabilidad de Adam, evitaría el interés de Samuel y serviría a los Caulfield con gratitud por su generosidad. Viviría, porque no tenía otra opción.

Pero esta noche, lloraba por la hija que creía muerta, mientras esa misma hija dormía segura y abrigada en una mansión al otro lado de la ciudad, amada por una madre que temía cada día que alguien se la arrebatara.

Dos madres, dos penas, una niña entre ellas.

Y ninguna sabía lo cerca que habían estado de la verdad.

CAPÍTULO 5



La primavera llegó lentamente a Londres en 1844, deslizándose por las calles manchadas de hollín como un visitante cauteloso. En la finca de los Caulfield, los jardines comenzaron su resurrección anual: las campanillas de invierno dieron paso a los azafranes y, luego, los narcisos se mecieron con la cálida brisa. Para Florie, era su segunda primavera sin Anna, y aunque el dolor no había menguado, al menos había aprendido a sobrellevarlo con más discreción.

Adam Fletcher se había convertido en su sombra constante desde su enfermedad. No era entrometido ni presuntuoso, pero siempre estaba ahí: cargaba los cubos pesados antes de que ella pudiera hacerlo, se aseguraba de que tuviera la capa más abrigada para los días de mercado, le dejaba panecillos recién hechos donde pudiera encontrarlos cuando se había perdido el desayuno.

—No tienes que seguir cuidando de mí —le dijo una mañana de abril mientras le quitaba de las manos un pesado cesto de ropa mojada —. Ya me he recuperado.

—Lo sé —dijo él con sencillez—. Pero me gusta cuidar de ti.

Había algo en su voz que hizo que ella lo mirara de verdad por primera vez en meses. No era guapo en el sentido convencional de la palabra; le habían roto la nariz al menos una vez, y tenía las manos llenas de cicatrices de tantos años trabajando con caballos. Pero sus ojos eran amables, del cálido marrón de la tierra recién

labrada, y cuando sonreía, cosa que no hacía a menudo, su rostro se transformaba por completo.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué te importa lo que me pase?

Adam dejó el cesto en el suelo y sopesó sus palabras con cuidado. Había aprendido que Florie apreciaba la franqueza, que las palabras bonitas y las frases floridas la hacían encerrarse en sí misma como un caracol al que se toca.

—¿Pasearías conmigo esta noche? ¿Después de cenar? Hay algo que me gustaría contarte, y no es una historia para el patio de la lavandería.

Ella dudó un instante y luego asintió.

—Después de cenar.

Aquella noche, pasearon por el huerto que había detrás de las caballerizas, donde los manzanos apenas comenzaban a florecer. El aire olía a hierba nueva y a nuevas posibilidades, pero el rostro de Adam estaba serio.

—No siempre fui jefe de las caballerizas —comenzó—. Hace cinco años, era cabo en la caballería de Su Majestad. Tenía un buen puesto, un futuro, incluso una prometida: la hija de un mercader llamada Sarah.

Florie caminaba a su lado en silencio, intuyendo que aquello era difícil para él.

—Mi capitán, el capitán Morrison, se encaprichó de Sarah. Empezó a buscar excusas para visitar la tienda de su padre, a llevarle regalos, a hacerle promesas. A Sarah no le interesaba; le dijo que estaba prometida conmigo. Aquello debería haber sido el final.

—Pero no lo fue, ¿verdad?

—No. Morrison estaba acostumbrado a conseguir lo que quería. Cuando el encanto no funcionó, probó otros métodos. Empezó a

asignarme las peores tareas, las patrullas más peligrosas. Yo podía soportarlo. Pero entonces desapareció dinero de los fondos del regimiento. Veinte libras, una fortuna para hombres como nosotros.

Adam se detuvo, con la mandíbula apretada por una ira antigua.

—Morrison lo había cogido, por supuesto. Lo usó para pagar deudas de juego. Pero cuando se descubrió la pérdida, tenía el chivo expiatorio perfecto. ¿Quién iba a creer a un cabo por encima de un capitán? Sobre todo cuando el capitán tenía testigos —otros oficiales que le debían favores— que decían haberme visto cerca de la caja de caudales.

—Es una monstruosidad —susurró Florie.

—Me sometieron a un consejo de guerra. Me licenciaron con deshonor. También me habrían encarcelado, pero no había pruebas suficientes para ello. El padre de Sarah rompió nuestro compromiso; no podía permitir que su hija se casara con un presunto ladrón. Lo último que supe es que se casó con Morrison seis meses después.

—¿Se casó con él? ¿Después de lo que hizo?

La sonrisa de Adam era amarga.

—El negocio de su padre dependía de contratos militares. Morrison le dejó claro que esos contratos desaparecerían si ella no aceptaba su proposición. Hizo lo que tenía que hacer para salvar a su familia.

Habían llegado a un banco bajo un viejo roble. Adam le indicó que se sentara y luego se acomodó a su lado, cuidando de dejar una distancia prudente entre ellos.

—Te cuento esto —dijo— porque quiero que sepas quién soy. Soy un hombre que lo ha perdido todo: mi carrera, mi reputación, mi futuro. El señor Caulfield se arriesgó a contratarme, basándose solo en su instinto de que yo decía la verdad. He pasado cinco años reconstruyendo mi vida y estoy contento aquí. Pero también soy un

hombre con un pasado que siempre me perseguirá. Mereces saberlo, antes de…

—¿Antes de qué?

—Antes de decirte que he llegado a sentir algo por ti. Más que sentir algo por ti. —Se giró para mirarla de frente—. Sé que estás de luto. Sé que tienes el corazón roto por tu hija. No te pido nada que no puedas dar. Pero quiero que sepas que estoy aquí y que esperaré todo el tiempo que haga falta. Aunque sea para siempre.

Florie sintió que las lágrimas le asomaban a los ojos. Esta vez no eran de pena, sino de la pura e inesperada sensación de ser valorada, de ser elegida, después de tanto tiempo sintiéndose insignificante.

—No sé si volveré a estar completa alguna vez —susurró.

—No necesitas estar completa. Solo necesitas ser tú.

—Ni siquiera sé leer —dijo, y la confesión brotó de sus labios—. Incluso tuve que pedirle a alguien que escribiera… —Se detuvo, incapaz de continuar. Porque no había forma de que pudiera confesar no solo que había abandonado a su hija, sino también que había necesitado que otra persona escribiera la nota que había dejado en la canasta.

—Mucha gente buena no sabe leer. Pero si te gustaría aprender, podría enseñarte. Yo enseñé a mis hermanas pequeñas en casa, antes de… —Hizo un gesto vago hacia su pasado—. Tengo libros. Y paciencia.

—¿Harías eso?

—Haría cualquier cosa que pudiera hacerte sonreír. No te he visto sonreír de verdad ni una sola vez en el año que llevas aquí.

Y así comenzó la educación de Florie. Todas las noches, después de cenar, se reunían en el comedor de los sirvientes, y Adam le enseñaba las letras, luego las palabras y después las frases. Empezó

con la Biblia —tenía una buena, con la letra clara— y luego pasó a los periódicos viejos que desechaba el señor Caulfield.

Florie demostró ser una alumna aventajada, impulsada por un ansia de saber que no sabía que poseía. Al cabo de un mes, leía pasajes sencillos. En dos, escribía frases básicas. Adam era infinitamente paciente, nunca se burlaba de sus errores y la animaba siempre.

—Tienes un don natural —le dijo una noche mientras ella leía con éxito un artículo entero sobre el nuevo bebé de la reina Victoria—. Algunas personas se pasan años luchando para leer así de bien.

—Tuve un buen maestro —dijo ella, y fue recompensada con una de sus raras y transformadoras sonrisas.

Pero con la alfabetización llegó una peligrosa tentación. Ahora que sabía escribir, Florie se descubría componiendo cartas en su mente; cartas para Anna, para la hija que creía muerta.

La primera que escribió de verdad fue en un trozo de papel de estraza que Adam le había dado para practicar. A altas horas de la noche, a la luz de una vela, formó las palabras con esmero:

«Mi ángel en el cielo:

Hoy he aprendido a escribir tu nombre. Anna. Un nombre tan sencillo, pero se ve precioso sobre el papel. Me pregunto si puedes verme desde donde estás. Me pregunto si sabes cuánto lo siento. Me pregunto si me perdonas.

Tu madre que te quiere».

No fue capaz de tirarla. En su lugar, encontró una tabla suelta bajo su cama y escondió la carta allí. Le pareció una conversación secreta, una forma de hablar con Anna sin que las palabras se disolvieran en el aire.

Las cartas se convirtieron en una compulsión. Cada pocas noches, escribía otra:

«Mi queridísima Anna:

El señor Fletcher me ha enseñado hoy una palabra nueva: "esperanza". Le he dicho que ya no creo en ella, y me ha respondido que no pasaba nada, que él creería por los dos. Es un buen hombre. Creo que te habría caído bien.

Con todo mi amor, tu madre».

«Dulce Anna:

Hoy he visto florecer las primeras rosas. Rosas, como tus mejillas cuando estabas sana. La señora Caulfield me ha dejado cortar algunas para el comedor de los sirvientes. He fingido que una era para ti.

Tu madre para siempre».

Las cartas se acumulaban bajo la tabla del suelo, un testamento oculto de dolor y amor. Florie no se lo contó a nadie, ni siquiera a Adam, aunque él se dio cuenta de que estaba usando más papel de práctica del que requerían sus lecciones.

—Escribir me ayuda a pensar —dijo ella cuando él le preguntó, y no era del todo mentira.

Mientras tanto, otra persona había comenzado a observar a Florie con creciente interés. La señora Harwick, la cocinera jefa de la finca de los Caulfield, era una mujer que se fijaba en las cosas. Llevaba cuarenta años en el servicio, había trabajado en una docena de grandes casas y se enorgullecía de su memoria para las caras.

Había algo en Florie que la inquietaba. Algo familiar en la forma de sus ojos, en la manera en que ladeaba la cabeza cuando pensaba. La señora Harwick había visto esos gestos antes, estaba segura de ello. Pero ¿dónde? ¿Cuándo?

Se descubrió buscando excusas para estar donde trabajaba Florie, estudiando a la muchacha cuando creía que nadie la miraba. No era a la joven en sí a quien reconocía —la señora Harwick estaba segura

de que nunca se habían visto—. Era otra cosa, otra persona, como mirar el eco de alguien a quien había conocido una vez.

—¿Cuánto tiempo lleva esa Florie con nosotros? —le preguntó a Martha una tarde.

—Poco más de un año. Llegó muy mal, pobrecilla. Perdió un bebé.

—¿De dónde venía? ¿Antes de estar aquí?

Martha se encogió de hombros.

—De algún lugar de Londres. Nunca dijo exactamente de dónde. ¿Por qué?

—Por nada. Simple curiosidad.

Pero la curiosidad de la señora Harwick no hizo más que aumentar. Empezó a hacer preguntas sutiles, tratando de reconstruir la historia de Florie. La muchacha era vaga sobre su pasado; solo mencionó que había estado casada con un minero que había muerto, que había intentado abrirse camino en Londres pero no pudo arreglárselas sola.

—¿Cómo se llamaba su marido, querida? —preguntó la señora Harwick un día, con la mayor naturalidad.

—Tom. Tom White.

—¿Y su apellido de soltera?

Florie dudó una fracción de segundo.

—Miller. Florie Miller.

Pero algo en esa vacilación hizo que la señora Harwick se preguntara si era verdad. Guardó la información, su mente todavía trabajando en el rompecabezas de por qué aquella joven le resultaba tan familiar.

Una tarde de finales de mayo, Adam encontró a Florie en el huerto, sentada bajo su árbol de siempre con las lágrimas corriéndole por las mejillas. En la mano tenía un trozo de papel: una de sus cartas a Anna que debería haber escondido, pero que había llevado consigo por error.

—¿Qué es esto? —preguntó él con dulzura, sentándose a su lado.

Ella intentó apartarse, pero él ya había visto las primeras palabras: «Mi ángel en el cielo».

—Oh, Florie —dijo él en voz baja—. ¿Le escribes?

—Es una tontería, lo sé. Escribir cartas a una niña muerta. Pero a veces siento que, si no le cuento las cosas, desaparecerá por completo. Como si nunca hubiera existido.

Adam cogió con cuidado la carta de sus manos temblorosas y la leyó. Hablaba de las flores de primavera, de la esperanza de que Anna pudiera verlas desde el cielo, del amor de una madre que la muerte no podía disminuir.

—No es una tontería —dijo él finalmente—. Es precioso. Y es valiente.

—¿Valiente?

—Seguir queriendo aun cuando duele tanto. Es lo más valiente que conozco.

Florie se apoyó en su hombro, algo que nunca había hecho antes.

—A veces sueño con ella. En los sueños es mayor, camina, habla. Anoche soñé que estaba en un jardín, con un vestido azul, y se reía. Parecía tan feliz. Tan viva.

—Quizá sea su forma de decirte que está en paz.

—¿De verdad crees eso?

—Creo que el amor no muere. Solo cambia de forma. —Dudó, y luego le pasó un brazo por los hombros—. Y creo que tu Anna sabía que la querías. Eso es lo que le diste, aunque no pudieras darle nada más. Le diste amor.

Se quedaron sentados mientras el sol se ponía, con Florie llorando por la hija que había perdido y Adam abrazándola con infinita delicadeza. Sobre ellos, las flores de los manzanos caían como nieve, cubriéndolos de pétalos que, a la luz mortecina, parecían bendiciones u oraciones o cartas al cielo.

La señora Harwick, que observaba desde la ventana de la cocina, los vio allí y sintió de nuevo esa molesta familiaridad. Algo en la forma en que Florie inclinaba la cabeza, la silueta de su perfil a la luz del ocaso…

¿Dónde había visto antes esos rasgos? No a la muchacha en sí; la señora Harwick estaba segura de que nunca se habían conocido. Pero algo en su estructura ósea, en la forma de sus ojos, le recordaba a alguien. Alguien de hacía años, quizá, ¿en otra casa?

Había trabajado en tantas grandes mansiones a lo largo de los años. La de los Pembroke, los Ashford, los Whitlock, incluso brevemente en la casa de los Stanford en Arden Hill antes de llegar a la de los Caulfield. ¿Podría haber conocido a la familia de Florie en algún sitio? ¿A una hermana quizá, o a una prima en el servicio?

Pero Florie había dicho que era de una región minera, casada con un minero. ¿Qué harían sus parientes en el servicio de Londres?

La señora Harwick negó con la cabeza, frustrada. El recuerdo se le escapaba, como tratar de recordar un nombre que se tiene en la punta de la lengua. Pero había aprendido a confiar en sus instintos durante cuarenta años de servicio. Había algo en Florie White que no encajaba, alguna pieza de su historia que no cuadraba.

Seguiría observando, seguiría escuchando. Porque si había algo que a la señora Harwick le gustaba más que un buen asado, era un

misterio. Y Florie White —o Miller, o comoquiera que se llamara en realidad— era, sin duda, un misterio que merecía la pena resolver.

Aquella noche, Florie añadió otra carta a su colección oculta:

«Queridísima Anna:

Hoy un hombre bueno me ha abrazado mientras lloraba por ti. Dice que el amor no muere, que solo cambia de forma. Espero que sea verdad. Espero que, dondequiera que estés, puedas sentir lo mucho que te sigo queriendo. Lo mucho que siempre te querré.

El señor Fletcher cree que soy valiente, pero no lo soy. Solo soy una madre con los brazos vacíos y un corazón tan lleno de amor por ti que a veces creo que podría romperse por su peso.

Pero estoy aprendiendo a leer y escribir. Estoy aprendiendo a vivir con el dolor. Quizá eso sea una forma de valentía. Quizá eso es lo que querrías para mí.

Hasta que nos volvamos a ver en el cielo,

Tu devota madre».

Deslizó la carta bajo la tabla del suelo junto con las otras, veintitrés cartas ya, un creciente monumento al dolor y al amor. Algún día, quizá, tendría el valor de quemarlas, de dejar ir a Anna de verdad. Pero todavía no. Todavía no.

En la casa principal, la señora Caulfield se dio cuenta de que Adam y Florie paseaban juntos más a menudo y sonrió para sus adentros. Bien. La muchacha merecía algo de felicidad después de todo lo que había sufrido. Y Adam era un buen hombre, firme y leal, a pesar de lo que le habían hecho.

Samuel, que estaba en casa para una breve visita, también se percató y sintió una inesperada punzada de celos. Le había intrigado la indiferencia de Florie hacia sus encantos, había pensado que quizá cuando regresara definitivamente después de graduarse… Pero al verla con Adam, al ver la forma en que miraba al jefe de las

caballerizas con genuino afecto, se dio cuenta de que ya había perdido una partida que ni siquiera había decidido jugar.

Y a cinco millas de distancia, en Arden Hill, Beatrice Stanford cruzó el cuarto de los niños con pasos vacilantes hacia los brazos extendidos de su madre mientras Thomas vitoreaba y los sirvientes aplaudían. Ya caminaba, decía frases sencillas y se convertía más en sí misma cada día: una niña brillante y resuelta que no se parecía en nada a ninguno de sus supuestos padres, pero a la que amaban con una ferocidad que a veces los asustaba.

—Mi niña lista —susurró Eliza, abrazando a Beatrice con fuerza—. Mi preciosa y lista niña.

Si a veces se preguntaba por la mujer que había dado a luz a esa niña, si a veces buscaba entre las multitudes un rostro que nunca había visto, si a veces se despertaba de pesadillas en las que alguien venía a llevarse a Beatrice…, bueno, esa era su carga. El precio de un milagro robado.

La primavera de 1844 se convirtió en verano, y dos madres continuaron sus vidas paralelas: una aprendiendo a leer y a escribir cartas para una hija muerta, la otra enseñando a una hija viva a caminar, a hablar y a ser una Stanford. Ninguna de las dos sabía cómo se entrelazaban sus destinos, cómo estaban conectadas sus penas, cómo sus amores eran en realidad un solo amor, dividido en dos por una decisión desesperada en una noche de invierno.

Pero la señora Harwick observaba. Y los secretos, como ella bien sabía, tienen la costumbre de no permanecer secretos para siempre.

PARTE II



CAPÍTULO 6



CINCO AÑOS HABÍAN TRANSFORMADO a Beatrice Stanford de una niña enfermiza en una chiquilla de belleza sorprendente. A sus cinco años, se movía por los grandes salones de la mansión Stanford con una gracia natural que contradecía su supuesto parto complicado. Sus rizos oscuros habían crecido largos y lustrosos, sus ojos azules centelleaban de inteligencia y sus delicadas facciones se definían más con cada mes que pasaba.

Thomas Stanford estaba sentado en su estudio en una gris tarde de octubre de 1847, supuestamente revisando unos contratos de transporte marítimo, pero en realidad estudiaba el retrato en miniatura de Beatrice que reposaba sobre su escritorio. El artista la había captado a la perfección: la inclinación de su cabeza, la leve sonrisa que siempre parecía guardar secretos, la inusual profundidad de aquellos ojos azules.

—Tiene su color —había comentado su socio, el señor Blackwood, esa misma mañana—. El pelo oscuro, como la señora Stanford.

Pero ahí terminaba el parecido, y Thomas lo sabía. El cabello de Eliza era oscuro, sí, pero de un tono completamente distinto: caoba, mientras que el de Beatrice era casi negro. Y los rasgos… Thomas estudió su propio reflejo en la vitrina. Su nariz era prominente, aristocrática. La de Eliza era pequeña y respingona. La de Beatrice

no era ni una cosa ni la otra: era recta y delicada, de proporciones perfectas, pero no pertenecía a ninguno de sus padres.

Su barbilla, sus pómulos, la forma de sus ojos… nada de eso parecía provenir ni de él ni de Eliza. Por supuesto, los hijos no siempre se parecían a la perfección a sus padres. Su propio hermano no se parecía en nada a él. Pero aun así…

¡Papá!

Beatrice irrumpió en el estudio y su institutriz se apresuró a entrar tras ella, deshaciéndose en disculpas. —Lo siento, señor Stanford, se me ha escapado….

—No se preocupe, señorita Crawford. —Thomas abrió los brazos y Beatrice se lanzó a ellos, pletórica de energía y entusiasmo—. ¿Qué te tiene tan alborotada, mi abejita?

—¡He tocado a Mozart! ¡La pieza entera! ¡La señorita Crawford ni siquiera ha tenido que enseñármela una y otra vez!

Thomas enarcó una ceja y miró a la institutriz, que asintió con un asombro apenas contenido. —Es cierto, señor. He tocado la sonata solo un par de veces y la ha reproducido casi a la perfección. No he visto nada igual en mi vida.

—Niña lista —dijo Thomas, pero sintió un nudo helado en el estómago. Ni él ni Eliza tenían el más mínimo talento musical. Su padre no tenía oído para la música y su madre apenas era capaz de entonar un himno. ¿De dónde había salido esa habilidad?

—¿Puedo enseñárselo a mamá? —preguntó Beatrice, botando en su regazo.

—Está descansando, cariño. Quizá más tarde.

Pero Eliza no estaba descansando. Estaba en su sala de estar privada con Mary, repasando la historia otra vez, como hacía cada vez que las preguntas de Thomas se acercaban demasiado a la verdad.

—Dime otra vez lo que le contaste —dijo Eliza, paseándose ante la chimenea—. Cada palabra.

Mary suspiró. Había repetido aquella historia tantas veces que podría recitarla en sueños. —Después de que el doctor Harrington se fuera esa noche, yo estaba limpiando. Había tanta sangre, tanto caos… Oí un ruido, como el maullido de un gatito. La encontré envuelta en la placenta, tan pequeña que no la habíamos visto. Eran gemelas, pero una estaba escondida detrás de la otra.

—¿Y por qué no la vio Harrington?

—Estaba centrado en salvarla a usted, mi señora. Y ella era diminuta, cubierta de sangre y restos. Esas cosas pasan.

—¿Pasan? —La voz de Eliza denotaba una gran ansiedad—. ¿De verdad que pasan o es solo algo que nos decimos a nosotras mismas?

—Pasa —dijo Mary con firmeza—. He oído hablar de casos así. Raros, pero no imposibles.

—Thomas ha estado preguntando por su talento para la música. Ninguno de los dos sabemos tocar. Nadie en nuestras familias…

—A veces, el talento salta generaciones. O viene de parientes lejanos. No puede conocer a cada primo, a cada tía abuela que pudiera haber tenido dotes para la música.

Pero Eliza sabía que era algo más. Beatrice tenía talentos que parecían surgir de la nada: no solo la música, sino una afinidad por los idiomas (ya hablaba francés), una agilidad natural que le permitía montar ponis destinados a niños que le doblaban la edad y una habilidad con los números que asombraba a sus tutores.

—¿Y si sospecha? —susurró Eliza.

—No sospecha nada. No puede. Sospechar significaría admitir que su hija no es su hija, y eso implicaría perderlo todo. Los hombres no miran con demasiado detenimiento las cosas que podrían destruirlos.

Unos golpes en la puerta hicieron que ambas mujeres se quedaran heladas.

—¿Eliza? —Era la voz de Thomas—. ¿Puedo pasar?

Mary se apresuró a ocuparse de poner orden mientras Eliza componía su rostro. —Por supuesto, cariño.

Thomas entró con Beatrice sobre los hombros; la pequeña reía encantada. —Nuestra hija tiene algo que enseñarte —dijo él, pero su mirada era vigilante, estudiando la reacción de Eliza.

—¿Ah, sí?

—Sabe tocar a Mozart. A la perfección. Después de escucharlo tan solo un par de veces.

La sonrisa de Eliza pareció de cristal. —¡Qué maravilla! Debemos de estar muy orgullosos.

—Desde luego. Aunque no recuerdo a nadie en ninguna de nuestras familias con semejantes dotes musicales.

—Mi abuela —dijo Eliza deprisa. Demasiado deprisa—. Ya te hablé de ella. Tocaba el pianoforte de maravilla.

—¿Ah, sí? No lo recuerdo.

—Oh, sí, muchas veces. Mi madre siempre decía que era una decepción, que no tenía oído para la música cuando su madre tenía tanto talento.

Thomas bajó a Beatrice al suelo. —Ve a la sala de música, cariño. Enséñale a mamá lo bien que tocas.

Cuando la niña se fue corriendo, Thomas se acercó a su esposa. —No se parece en nada a nosotros, Eliza.

—Se parece a mí. Todo el mundo lo dice.

—Lo dicen por cortesía. Tiene el pelo oscuro, sí, pero eso es todo. Sus rasgos… ¿de dónde vienen?

—Thomas, ¿qué estás insinuando?

—No estoy insinuando nada. Simplemente observo que nuestra hija parece haber heredado rasgos de ninguno de sus padres.

—Casi se muere al nacer —dijo Eliza, con la voz temblorosa, ahora sí, por una emoción real—. Era tan pequeña, tan débil. Quizá eso afectó a su desarrollo, la hizo diferente…

—Diferente. Sí. —Thomas estudió el rostro de su esposa—. Mary la encontró, ¿no es así? ¿Después de que Harrington se fuera?

—Sí. Ya lo sabes.

—Cuéntamelo otra vez. Exactamente lo que pasó.

Las manos de Eliza se aferraron a sus faldas. —Yo deliraba por el láudano. Mary estaba limpiando. Oyó algo, fue a ver qué era y encontró a nuestra hija. Nuestro milagro.

—Nuestro milagro —repitió Thomas—. Que toca a Mozart, habla francés y monta a caballo como si hubiera nacido sobre una silla de montar.

—¿Preferirías que fuera corriente? ¿Estúpida? ¿Débil?

—Preferiría que se pareciera a uno de nosotros.

Las palabras quedaron suspendidas entre ellos, afiladas como una cuchilla. Eliza sintió que el mundo se tambaleaba, que la cuidadosa construcción de mentiras comenzaba a resquebrajarse.

—Es nuestra hija —dijo con firmeza—. Nacida de nosotros en la víspera de Navidad de 1842. Eso es todo lo que importa.

Thomas permaneció en silencio un largo momento. Luego asintió lentamente. —Sí. Eso es todo lo que importa.

Pero cuando salió de la habitación, Eliza vio la duda en sus ojos. La semilla estaba plantada. Y supo, con una certeza desoladora, que crecería.



En la finca de los Caulfield, se estaba gestando otro tipo de tensión. Samuel se había graduado en Cambridge con los más altos honores y había regresado a la ciudad mientras sopesaba cuál de las varias y prestigiosas ofertas aceptar. Su presencia llenaba la casa de una energía que era a la vez excitante e inquietante.

Se había vuelto más apuesto durante su ausencia, más refinado, más seguro de sí mismo. Vestía a la última moda, hablaba de literatura y filosofía y tenía una forma de hacer que cada mujer en la habitación se sintiera como si fuera la única a la que veía.

Todas las mujeres excepto Florie.

La indiferencia de ella se había convertido en una obsesión para él. Creaba excusas para estar donde ella trabajaba, hacía comentarios pensados para provocarle alguna reacción, le traía pequeños regalos que ella rechazaba educadamente. Nada funcionaba. Lo trataba con la misma cortés distancia que mostraba a toda la familia, y eso lo estaba volviendo loco.

—¿Por qué ni siquiera me miras? —le preguntó una noche, acorralándola en el pasillo mientras subía ropa de cama limpia.

—La estoy mirando ahora mismo, señor Samuel.

—No me refiero a eso y lo sabes. Todas las demás mujeres de esta casa se sonrojan cuando les hablo. Pero tú… es como si no existiera.

—Es usted el hermano del señor Caulfield. Por supuesto que existe.

—Maldita sea, Florie…

—Si me disculpa, señor, tengo que colocar esta ropa de cama.

Intentó pasar a su lado, pero él le bloqueó el paso. —¿Qué pasa con ese mozo de cuadra? ¿Qué tiene Fletcher que no tenga yo?

—El señor Fletcher es mi amigo.

—Amigo. ¿Así lo llamas?

—Eso es lo que es. —Su voz era firme, pero sus manos se aferraron con más fuerza a la ropa—. Ahora, por favor, déjeme pasar.

—No hasta que me des una respuesta de verdad. ¿Qué haría falta? ¿Dinero? ¿Joyas? Podría instalarte en tu propio establecimiento, lejos de toda esta servidumbre…

—Señor Samuel. —Su voz se tornó gélida—. No soy esa clase de mujer. Y debería darle vergüenza insinuarlo.

El rostro de él enrojeció. —No quería decir… no es eso lo que…

—Por favor, apártese.

Esta vez la dejó pasar, pero sus ojos la siguieron con un anhelo que hizo que se le erizara la piel.

La situación empeoró tres días después. Habían enviado a Florie a la bodega a buscar una añada concreta para la cena. La bodega era profunda y fresca, iluminada únicamente por la vela que llevaba. Estaba examinando las etiquetas, tratando de encontrar el año correcto, cuando oyó pasos en la escalera.

—¿Señora Harwick? —llamó—. No encuentro el de 1839…

—No es la señora Harwick.

Samuel apareció a la luz de la vela y el corazón de Florie dio un vuelco. Había algo diferente en él: una determinación en su rostro, una tensión en su porte. Y pudo oler el vino en su aliento.

—Señor Samuel, no debería estar aquí abajo.

—Tú tampoco. No sola.

Se acercó más. Florie retrocedió hasta chocar con los botelleros.

—He intentado ser paciente —dijo él—. He intentado ser encantador. Pero ni siquiera quieres darme una oportunidad.

—Señor Samuel, por favor…

—¿Sabes lo que me haces? ¿Paseándote por ahí con esa belleza trágica, esos ojos tristes? Me estás volviendo loco.

La agarró. Florie apartó la cara, apretándose contra las botellas. —Pare. Por favor, pare.

—Solo un beso. Es todo lo que quiero. Solo uno…

—Creo que la dama ha dicho que pare.

George Caulfield estaba al pie de la escalera, con el rostro airado. Samuel retrocedió de inmediato, dejando caer las manos a los lados.

—George, yo solo estaba…

—Sé perfectamente lo que estabas haciendo. —La voz de George era mortalmente silenciosa—. Fuera.

—No es lo que parece…

—Fuera. De. Aquí.

Samuel huyó escaleras arriba. George se acercó a Florie, con cuidado de no agobiarla. —¿Estás herida?

Ella negó con la cabeza, aunque temblaba. —No me ha… solo me ha asustado.

—No es la primera vez, ¿verdad?

Ella bajó la mirada. —Ha estado insistiendo. Pero nunca así.

La mandíbula de George se tensó. —Haz tus cosas. Te trasladas a las dependencias del personal de la casa principal, donde la señora

Harwick podrá vigilarte. Y si mi hermano vuelve a mirarte mal, por poco que sea, tendrá que buscarse otro alojamiento.

—Señor, no quiero causar problemas…

—Tú no estás causando nada. Es Samuel. Lo siento, Florie. Estás bajo mi protección y te he fallado.

—No me ha fallado. Ha venido cuando necesitaba ayuda.

—Adam me arrancaría la cabeza si supiera que he permitido que esto sucediera.

Al oír el nombre de Adam, el rostro de Florie se suavizó. —Por favor, no se lo diga. Haría alguna tontería.

—Se preocupa por ti.

—Y yo… yo también me preocupo por él.

George sonrió levemente. —Bien. Es un buen hombre. Se merece ser feliz. —Hizo una pausa—. Igual que tú, después de todo lo que has soportado.

Esa noche, Samuel fue convocado al estudio, donde George lo esperaba con Catherine. La conversación fue breve y brutal. Samuel aceptaría el puesto en Edimburgo —la más lejana de sus ofertas— y se marcharía en el plazo de una semana.

—Esto es ridículo —protestó Samuel—. Estaba borracho, cometí un error…

—Agrediste a una mujer bajo nuestra protección —dijo George, tajante—. Una mujer que ya ha sufrido más de lo que puedas imaginar. Tienes suerte de que no te esté azotando.

—Catherine…

—No esperes compasión de mi parte —dijo Catherine con frialdad—. Me avergüenzo de ti, Samuel.

Samuel se marchó tres días después, y su partida no contó con ninguna despedida por parte del servicio. Florie observó desde una ventana del piso de arriba cómo se alejaba su carruaje, sin sentir nada más que alivio.

Adam la encontró allí. —He oído lo que ha pasado.

—Le pedí a George que no te lo dijera.

—No lo hizo. Pero los criados hablan. —Se paró a su lado, sin tocarla, pero lo bastante cerca como para que ella sintiera su calor —. Lo habría matado.

—Por eso no quería que lo supieras.

—Florie… —Se volvió para mirarla de frente—. Sé que no estás preparada. Sé que puede que nunca lo estés. Pero necesito que sepas que… no estás sola. No volverás a estarlo si de mí depende.

Ella lo miró, a aquel buen hombre que le leía cuando se estaba muriendo, que le enseñó a leer, que esperaba pacientemente un corazón que ella no estaba segura de poder entregar.

—Lo sé —dijo en voz baja—. Y eso significa más de lo que puedas imaginar.

ESA MISMA TARDE, a ocho kilómetros de distancia en Arden Hill, Thomas Stanford estaba de pie junto a la puerta del cuarto de los niños, escuchando a su hija tocar a Mozart en el pianoforte. La música era encantadora, etérea, imposible. Ninguna niña de cinco años debería ser capaz de tocar así. Ningún Stanford había tocado jamás así.

Dentro, Eliza estaba sentada observando a Beatrice, su rostro una máscara de orgullo que ocultaba un terror profundo. Cada cosa

extraordinaria que hacía la niña era otra grieta en su fachada, otra pregunta que no podía ser respondida.

—¿Dónde has aprendido a tocar tan maravillosamente? —preguntó cuando la pieza terminó.

Beatrice se giró en el banco, con sus ojos azules brillantes. —No lo sé, mamá. Es como si la música ya estuviera dentro de mí, esperando a salir.

—Dentro de ti —repitió Eliza débilmente.

—Como cuando sabía francés antes de que la señorita Crawford me lo enseñara. O como a veces sé cosas antes de que ocurran.

—¿Qué cosas, cariño?

—Cosas pequeñas. Como cuándo papá va a volver a casa pronto. O cuándo la cocinera va a hacer pudin de ciruela. O… —Se detuvo, con su pequeño rostro pensativo—. A veces sueño con una señora que parece triste. Está llorando y diciendo que lo siente. ¿Sabes quién es, mamá?

La sangre se le heló a Eliza en las venas. —No, cariño. Es solo un sueño.

—Pero parece real. Como si estuviera buscando a alguien.

—Toca otra pieza —dijo Eliza rápidamente—. Toca lo que quieras.

Mientras Beatrice se volvía hacia el piano, Eliza vio a Thomas en el umbral de la puerta. Sus miradas se cruzaron a través de la habitación, y en la de él vio preguntas que se multiplicaban como una plaga.

La niña siguió tocando, sus pequeñas manos moviéndose por las teclas con una habilidad imposible, llenando la casa con una música que no pertenecía ni a los Stanford ni a los Beaumont, una música que venía de otro lugar. De otra persona.

De la viuda de un minero que había dejado a su bebé en un portal una víspera de Navidad nevada, sin saber nunca que su hija había heredado no solo sus rasgos, sino también el don para la música de la madre de su madre, transmitido a través de generaciones de mujeres que nunca tuvieron la oportunidad de aprender lo que Beatrice estaba aprendiendo ahora.

CAPÍTULO 7



SAMUEL CAULFIELD REGRESÓ a la finca en la primavera de 1848; su destierro a Edimburgo apenas duró seis meses. La muerte de su tío de una apoplejía aquel invierno le había allanado el camino de vuelta a casa. George, que ahora gestionaba solo tanto la finca como el negocio naviero, había aceptado a regañadientes el regreso de su hermano bajo estrictas condiciones.

—Un solo incidente —le había advertido George—. Solo uno, y se marchará para siempre.

Samuel había accedido con aparente humildad, pero sus ojos aún seguían a Florie cada vez que pasaba cerca. Si acaso, los meses de ausencia habían intensificado su obsesión, transformándola de deseo en algo más oscuro, más posesivo.

Florie había sido ascendida a doncella principal en el lugar de Martha cuando la artritis de la anciana la había obligado a aceptar tareas más ligeras. El puesto conllevaba más responsabilidades, un salario mejor y una pequeña habitación para ella sola, lujos que nunca había imaginado tener. Pero también significaba que no podía evitar a la familia con la misma facilidad que antes.

—Se ha labrado usted un buen porvenir —dijo Samuel una mañana, encontrándola revisando las cuentas de la casa en el salón de día—. Doncella principal a su edad. Todo un logro.

—El señor Caulfield fue generoso al ascenderme —replicó Florie sin levantar la vista.

—George siempre ha tenido buen ojo para... el talento.

Algo en su tono le puso la piel de gallina. Recogió sus papeles y se puso en pie.

—Si me disculpa...

—Le debo una disculpa.

Eso la detuvo en seco.

—¿Señor?

—Por mi comportamiento de antes. En la bodega. Estaba borracho y fui un necio.

Ella le escrutó el rostro, buscando sinceridad y no encontrando más que cálculo.

—Le agradezco la disculpa, señor Samuel.

—Espero que podamos empezar de cero. Como, bueno, ¿algo más, quizás?

—Somos patrón y sirvienta, señor Samuel. Nada más.

Su mandíbula se tensó de forma casi imperceptible.

—Por supuesto. Qué estupidez por mi parte sugerir lo contrario.

Pero sus ojos la siguieron mientras se marchaba, y Florie supo con una certeza nauseabunda que su disculpa no significaba nada. Simplemente estaba jugando a un juego diferente, uno con reglas que ella no comprendía.

Aquella tarde, Adam la encontró en el jardín, arrancando malas hierbas con una violencia innecesaria.

—Ha vuelto, entonces —dijo Adam. No era una pregunta.

—George necesita ayuda con el negocio. Y Catherine quería a los dos hermanos en casa tras la muerte de su tío.

—No me refería a eso.

Florie se sentó sobre los talones, con las manos sucias de tierra y el agotamiento en la mirada.

—Sé cómo manejar a Samuel Caulfield.

—No deberías tener que hacerlo.

Adam se arrodilló a su lado, con su presencia sólida y reconfortante. Se habían vuelto aún más cercanos durante los meses de invierno; sus lecciones de lectura vespertinas se habían convertido en largas conversaciones sobre la vida y sueños que ninguno de los dos se atrevía a expresar en voz alta. Él había sido paciente, amable, sin presionar nunca para obtener más de lo que ella podía dar. Pero Florie veía la pregunta en sus ojos fortalecerse cada día.

Llegó esa tarde, mientras paseaban por el huerto bajo un dosel de flores de manzano.

—Florie —empezó él, y se detuvo para tomar aliento—. No se me dan bien las palabras bonitas. Nunca se me han dado. Pero necesito decir esto.

Ella supo lo que se avecinaba y quiso detenerlo, quiso ahorrarles a ambos el mal trago, pero las palabras no le salían.

—Te amo —dijo sencillamente—. Te he amado desde que me senté junto a tu cama a leerte las Escrituras mientras ardías de fiebre. Amo tu fuerza, tu pena, tu determinación para seguir adelante cuando la mayoría se habría rendido. —Sacó algo de su bolsillo: un anillo sencillo, de plata en lugar de oro, con una pequeña piedra azul —. Sé que solo soy un jefe de establo. Sé que no puedo darte mucho. Pero puedo darte mi nombre, mi protección, todo mi corazón por el tiempo que Dios nos conceda. ¿Quieres casarte conmigo, Florie?

El anillo reflejó la luz del sol moribundo, lanzando destellos azules como lágrimas. Florie lo miró, a él, a aquel buen hombre que le ofrecía todo lo que tenía, y sintió que el corazón se le rompía de nuevo.

—No puedo —susurró.

—¿Por Anna? ¿Porque no estás preparada? Puedo esperar...

—No. —La palabra salió más áspera de lo que pretendía—. Adam, estoy maldita. Todos a los que amo mueren o desaparecen. Mis padres cuando era joven. Tom en la mina. Anna... —Se le quebró la voz—. No podría soportar que te pasara algo por mi culpa.

—Eso es superstición, no tiene sentido.

—¿Lo es? Mira mi vida. Mira el patrón. Soy veneno para cualquiera que se me acerca.

Adam le cogió las manos, con tierra y todo.

—Entonces correré el riesgo.

—No te dejaré. —Se apartó—. Me importas demasiado como para verte morir.

—Entonces, ¿nos condenarás a ambos a la soledad?

—Sí. —La palabra fue firme, aunque las lágrimas rodaban por sus mejillas—. Eso es exactamente lo que haré. Porque la soledad es mejor que la pérdida. Siempre.

Se dio la vuelta y corrió de regreso a la casa, dejando a Adam de pie entre los manzanos con un anillo en la mano y la desolación reflejada en el rostro.

Desde una ventana del piso de arriba, Samuel observó la escena con interés. Así que el jefe de establo había sido rechazado. Qué delicioso. Qué útil era saberlo.

En la mansión de los Stanford, otro tipo de música llenaba el aire. Beatrice había comenzado clases de piano más avanzadas con Herr Zimmerman, el mejor instructor de Londres. En cuestión de semanas, había superado a alumnos que llevaban mucho más tiempo estudiando.

—Extraordinario —le dijo Herr Zimmerman a Thomas después de una lección particularmente impresionante—. En treinta años de enseñanza, nunca me he encontrado con un talento tan natural. No solo toca la música, la habita.

—Su abuela era aficionada a la música —dijo Thomas; la mentira le salía ya de forma automática.

—Esto va más allá del talento heredado, señor Stanford. Esto es..., ¿cómo decirlo? Toca como si recordara en lugar de aprender.

Esa frase atormentaba a Thomas. *Recordar en lugar de aprender*. Como si la música ya existiera dentro de ella, esperando ser liberada.

Pero no era solo su habilidad técnica lo que le inquietaba. Era la melodía que tarareaba cuando creía que nadie la escuchaba, una melodía extraña e inquietante que parecía venir de la nada.

—¿Qué canción es esa, cariño? —le había preguntado Eliza una tarde, al encontrar a Beatrice tarareándola mientras dibujaba.

—No lo sé, mamá. A veces la tengo en la cabeza.

—¿Dónde la oíste?

—No la he oído en ninguna parte. Simplemente... está ahí. Como si siempre hubiera estado.

Las manos de Eliza temblaron mientras acariciaba el cabello de su hija.

—¿Quizás te la enseñó Herr Zimmerman?

—No. La he tarareado desde siempre. Desde antes de que pueda recordar. —Beatrice levantó la vista con aquellos imposibles ojos azules—. ¿La conoces, mamá? A veces creo que alguien solía cantármela, pero es una tontería, ¿verdad? Tú nunca la has cantado.

Aquella noche, Eliza encontró a Mary en el vestíbulo de los sirvientes и la llevó a una habitación vacía.

—Tararea una melodía —susurró Eliza frenéticamente—. Algo que nadie le ha enseñado. ¿Y si es algo que le cantaba su verdadera madre? ¿Y si alguien la reconoce?

—Mi señora, necesita calmarse...

—¿Cómo voy a estar tranquila? Cada día se parece más a sí misma, y ese ser no se parece en nada a nosotros. Thomas se da cuenta. Todo el mundo se da cuenta.

—Es una niña superdotada. Eso es todo lo que ven.

—Ayer me preguntó por la noche en que nació. *Otra vez.* Quería saber exactamente cuándo la encontraste, cuánto tiempo después de que Harrington se fuera.

Mary agarró a Eliza firmemente por los hombros.

—Escúcheme. usted es su madre. Lo ha sido desde esa víspera de Navidad. Nada más importa.

—Pero ¿y si...?

—No hay «y si». Solo hay lo que es. Y lo que es, es que Beatrice Stanford es su hija, amada, cuidada y protegida. Esa es la única verdad que importa.

Pero ni siquiera Mary pudo ocultar del todo la preocupación en sus ojos. La niña se estaba volviendo más notable con cada día que pasaba, y los niños notables atraían la atención. El tipo de atención

que llevaba a preguntas. El tipo de preguntas que podrían desentrañarlo todo.



De vuelta en la finca de los Caulfield, Martha Grundy estaba desentrañando algo por su cuenta. Puede que su artritis le hubiera ralentizado el cuerpo, pero su mente estaba más aguda que nunca, y se había percatado de cosas. Pequeñas cosas al principio: una cuchara de plata que faltaba por aquí, un pequeño adorno por allá. Luego cosas más grandes: un candelabro georgiano, una caja de nácar.

Había pensado que tal vez era una de las doncellas más jóvenes, pero entonces lo había visto con sus propios ojos: la señora Harwick deslizando un salero de plata en el bolsillo de su delantal cuando creía que nadie la miraba.

Martha la siguió, moviéndose en silencio a pesar del dolor en sus articulaciones. La señora Harwick no fue a su habitación, sino a la vieja despensa que no se había usado en años. Allí, detrás de una tabla suelta, había un alijo de objetos robados: docenas de piezas, pequeñas pero valiosas, recolectadas durante meses o quizás años.

—Vaya, vaya —dijo Martha en voz baja.

La señora Harwick se giró bruscamente, el rostro exangüe.

—¡Martha! Solo estaba...

—Sé perfectamente lo que estaba haciendo. —Martha entró en la despensa, examinando el botín—. ¿Desde cuándo ocurre esto?

—Puedo explicarlo...

—Estoy segura de que puede. La cuestión es, ¿quiero oírlo?

El rostro de la señora Harwick se descompuso.

—Mi hermana. Está enferma, necesita tratamiento. Iba a devolverlo todo, lo juro...

—¿Con qué? ¿Con su salario de las próximas dos décadas?

—Por favor, Martha. Lo devolveré todo. Me iré discretamente. Pero no se lo diga al señor George. La vergüenza me mataría.

Martha se quedó en silencio un largo momento, pensando. Luego sonrió, pero no fue una sonrisa agradable.

—Guardaré su secreto, Harwick. Pero hará algo por mí a cambio.

—Cualquier cosa.

—Vigilará al señor Samuel. Y si tan solo mira de forma inapropiada a Florie, me lo dirá de inmediato.

Los ojos de la señora Harwick se abrieron como platos.

—¿La ha estado acosando?

—La acorraló en la bodega antes de Navidad. George intervino, pero ahora Samuel ha vuelto y no me fío de que mantenga las distancias.

—Esa pobre muchacha. Después de todo lo que ha pasado...

—Exacto. Así que lo vigilará. Y la protegerá. Porque si a esa chica le pasa algo bajo su vigilancia, me aseguraré de que el señor George sepa بالضبط dónde ha ido a parar el broche de perlas de su madre.

—Entendido.

—Bien. Ahora vuelva a poner ese salero en su sitio antes de que alguien lo eche en falta.

Mientras la señora Harwick se apresuraba a obedecer, Martha se permitió una pequeña sonrisa. Con los años le había cogido cariño a Florie, había visto lo duro que trabajaba la muchacha para reconstruir su vida después de la tragedia. Y había visto cómo la miraba Adam Fletcher, lo tierno que era con su corazón roto. Se

merecían la felicidad, esos two. Y si Martha tenía que chantajear a media casa para asegurarse de que la consiguieran, bueno, era un precio que estaba dispuesta a pagar.



Aquella noche, Florie se sentó en su pequeña habitación, escribiendo otra carta a Anna a la luz de una vela:

«Mi queridísimo ángel,

Un buen hombre me ha pedido que me case con él hoy. Es amable y paciente, y me amaría a pesar de mis pedazos rotos. Pero le he dicho que no. Tengo demasiado miedo de perder a nadie más. Me temo que estoy maldita a estar sola para siempre.

A veces oigo a los niños reír en la plaza e imagino que una de ellos eres tú, crecida, sana y fuerte. Tendrías cinco años ahora. ¿Tendrías mis ojos o los de tu padre? ¿Te gustaría la música, los libros o los caballos?

Nunca lo sabré, y ese no saber es un peso que llevaré para siempre. Pero lo llevo con gusto, mi amor, porque significa que fuiste real. Exististe. Fuiste amada.

Siempre y para siempre,

Tu madre»

Dobló la carta con cuidado y la añadió a la creciente colección que guardaba bajo la tarima. Cuarenta y siete cartas ya. Cuarenta y siete conversaciones con un fantasma. Cuarenta y siete pedazos de un corazón roto tratando de sanarse con palabras.

Fuera de su ventana, la luna llena se alzaba brillante. En algún lugar al otro lado de Londres, la misma luna brillaba a través de las ventanas del cuarto de los niños de los Stanford, donde una niña pequeña tarareaba una melodía que su madre biológica le había

cantado mientras la cuidaba durante una fiebre, una melodía que vivía en sus huesos aunque solo la había escuchado durante sus primeros meses de vida.

La danza se volvía más peligrosa con cada día que pasaba. Samuel rondando a Florie como un depredador. Thomas interrogando a Eliza con creciente sospecha. Beatrice volviéndose más notable e imposiblemente ella misma.

Los hilos del engaño comenzaban a enredarse. Pronto, muy pronto, alguien tiraría del hilo equivocado y todo se desmoronaría.

CAPÍTULO 8



EL DERRAME cerebral se presentó sin previo aviso una húmeda mañana de julio de 1848. George Caulfield estaba revisando las cuentas en su estudio cuando la pluma se le cayó de la mano. Para cuando los sirvientes lo encontraron, el lado izquierdo de su rostro se había quedado flácido y su brazo izquierdo le colgaba inerte a un costado.

El doctor Morrison trabajó durante toda la mañana, sangrándolo, aplicándole cataplasmas y haciendo todo lo que la ciencia médica sugería. Pero cuando por fin salió de la habitación del enfermo, tenía el semblante serio.

—Vivirá —les dijo a los miembros de la casa allí reunidos—. Pero nunca volverá a ser el mismo. El lado izquierdo le ha quedado paralizado. El habla se ha visto afectada. Necesitará cuidados constantes.

Catherine Caulfield soportó la noticia con la dignidad que se esperaba de su clase, pero Florie vio cómo le temblaban los hombros mientras subía las escaleras hacia la habitación de su marido. La casa se sumió en un caos silencioso: los sirvientes susurraban por los rincones, las tareas quedaban olvidadas, y todo el mundo esperaba a ver qué ocurriría a continuación.

Lo que ocurrió fue Samuel.

Pocas horas después del diagnóstico, se había apoderado del estudio de su hermano, convocando al administrador de la finca y exigiendo ver todas las cuentas. Al anochecer, se había erigido en el amo y señor de facto de la casa.

—Alguien tiene que mantener el orden —dijo cuando Martha cuestionó la celeridad de su toma de poder—. George querría que la finca siguiera funcionando sin contratiempos.

Pero George no podía decir lo que quería. Yacía en su cama, con los ojos alerta pero con el cuerpo traicionándolo, capaz únicamente de emitir sonidos guturales cuando intentaba hablar. La frustración en su rostro cuando Samuel lo visitaba era dolorosa de presenciar.

—No te preocupes, hermano —dijo Samuel, dándole una palmada en la mano sana a George con falsa compasión—. Yo me ocuparé de todo. De la finca, del negocio… de todo.

Los ojos de George siguieron a Samuel con rabia impotente, pero no había nada que pudiera hacer.

Los cambios no tardaron en llegar. Samuel despidió al anciano administrador de la finca en menos de una semana, alegando que el hombre era demasiado chapado a la antigua. El reemplazo que tenía en mente sorprendió a todos.

—¿Adam Fletcher? —dijo Martha cuando se enteró—. Pero si es el jefe de las caballerizas.

—Es más que eso —dijo Samuel con suavidad—. Es un hombre culto, de confianza, y conoce esta finca mejor que nadie. El propio George dijo que era la mejor contratación que había hecho jamás.

Era cierto, pero todos sabían que Samuel tenía intenciones ocultas. Como administrador de la finca, Adam estaría fuera de la casa más a menudo, viajando a Londres por negocios, visitando las diversas propiedades que poseían los Caulfield. Lejos de Florie.

El propio Adam sospechó cuando Samuel le ofreció el puesto.

—¿Por qué yo? —preguntó sin rodeos.

—Porque es usted el mejor para el trabajo —respondió Samuel—. Y porque George confía en usted. Ahora no puede hablar por sí mismo, pero sé que querría que alguien de su confianza protegiera sus intereses.

—¿Y qué hay de sus intereses?

La sonrisa de Samuel no le llegó a los ojos. —Mis intereses están en consonancia con los de mi hermano, naturalmente.

Adam sabía que era una trampa de algún tipo, pero también sabía que, como administrador, tendría un poder real. Poder para proteger a los sirvientes, para garantizar un trato justo, para resguardar a Florie de lo que fuera que Samuel estuviera planeando. Aceptó.

El ascenso conllevaba una casa de campo en los terrenos, un aumento sustancial de sueldo y autoridad sobre todos los asuntos de la finca. También conllevaba responsabilidades inmediatas que lo apartaban de la casa durante días.

—Te está aislando —le advirtió Martha a Florie—. Te está quitando tu protección.

—Adam no es mi protección —dijo Florie, aunque se le encogía el corazón cada vez que lo veía partir a caballo por asuntos de la finca —. Puedo cuidar de mí misma.

—¿Puedes? Samuel te vigila constantemente ahora. Sin George para frenarlo…

—La señora Caulfield no le permitirá hacer nada impropio.

Pero la señora Caulfield estaba abrumada con el cuidado de su marido inválido, y Samuel procuraba mantener una pátina de decoro cuando ella estaba cerca. Era solo cuando estaban a solas que se le caía la careta.

—Debe de sentirse sola —dijo una noche, encontrando a Florie en la biblioteca desempolvando libros—. Con Fletcher fuera tanto tiempo.

—Estoy bastante contenta, señor Samuel.

—¿Lo está? ¿Una mujer hermosa en la flor de la vida, consumiéndose al servicio de otros? Podría tener mucho más.

—Tengo todo lo que necesito.

—¿De veras? —Se acercó más, y Florie pudo oler su aliento a vino—. ¿Una cama cálida? ¿Ropa fina? ¿Seguridad? Yo podría darle todo eso.

—Señor Samuel…

—Piénselo —dijo él, retrocediendo antes de que ella pudiera protestar más—. Soy un hombre paciente. Pero hasta la paciencia tiene sus límites.

Esa noche, Florie le escribió otra carta a Anna:

«Mi queridísimo ángel:

El mundo se ha vuelto aterrador de nuevo. El buen amo está enfermo, y su hermano me da miedo. Pero ahora soy fuerte, más fuerte de lo que era cuando te perdí. He aprendido a leer y a escribir. He aprendido a sobrevivir.

A veces finjo que estás aquí conmigo. Te cuento cómo me ha ido el día; cómo la cocinera quemó el pan esta mañana y culpó a la nueva pinche de cocina, cómo las rosas del jardín huelen a gloria, cómo el señor Fletcher me trajo un libro de poemas de Londres.

¿Te gustaría la poesía, mi amor? ¿Preferirías los cuentos? Nunca lo sabré, pero te lo cuento todo de todos modos, esperando que de alguna manera puedas oírme.

Te echo de menos, hoy y cada día.

Tu devota madre».

A OCHO KILÓMETROS DE DISTANCIA, en Arden Hill, Beatrice Stanford había hecho una amiga improbable. Molly era una pinche de cocina, de apenas doce años, con una tendencia a parlotear que normalmente le acarreaba problemas. Pero Beatrice, ahora con seis años y cada vez más sola a pesar de sus privilegios, encontraba fascinantes las historias de la muchacha.

Se encontraban en secreto; Beatrice se escabullía a las cocinas cuando su institutriz pensaba que estaba durmiendo la siesta. Molly pulía la plata mientras entretenía a Beatrice con cotilleos de los sirvientes e historias de las calles.

—Mi madre dice que el invierno en que naciste fue el peor de todos —contó Molly una tarde, frotando un juego de té hasta dejarlo reluciente—. Hacía tanto frío que la gente se moría en las calles. Dice que muchas mujeres desesperadas dejaban a sus bebés en casas de ricos, con la esperanza de que los acogieran.

La mano de Beatrice se detuvo sobre la galleta que estaba comiendo. —¿Dejaban a sus bebés? ¿Qué quieres decir?

—Ya sabes, que los abandonaban. Los dejaban en los umbrales de las puertas y cosas así. Una amiga de mi madre trabaja en la casa de los Ashford y jura que encontraron un bebé esa Navidad, pero lo silenciaron. Probablemente lo enviaron al hospicio.

—Eso es terrible —susurró Beatrice, pero un escalofrío le recorrió la espina dorsal.

—Oh, pasaba más de lo que crees. Cuando la gente está lo bastante desesperada, hace cualquier cosa. Sobre todo si piensan que su bebé se va a morir de todas formas. Mejor darle una oportunidad con los ricos que verlo morir de hambre.

—¿Y… se quedaba alguna familia rica con los bebés?

Molly se encogió de hombros. —¿Quién sabe? Los ricos no hablan de esas cosas. Es malo para su reputación, ¿no? Acoger a un bebé cualquiera.

Esa noche, Beatrice no pudo dormir. No dejaba de pensar en los bebés en los umbrales de las puertas, en las madres desesperadas en el frío, en los extraños sueños que a veces tenía de una mujer que lloraba y le decía que lo sentía.

Salió de la cama y se dirigió sigilosamente a la habitación de su madre. Eliza estaba en su escritorio, escribiendo cartas a la luz de una vela.

—¡Beatrice! Deberías estar durmiendo.

—Mamá, ¿dónde nací?

La pregunta surgió de la nada, y la mano de Eliza dio una sacudida, derramando tinta sobre la página. —¿Qué pregunta tan extraña? Naciste aquí, por supuesto. En esta casa.

—¿Pero fue así? ¿De verdad?

—Por supuesto que sí. ¿Por qué preguntas tal cosa?

Beatrice se subió al regazo de su madre, estudiando el rostro de Eliza con aquellos inquietantes ojos azules. —A veces sueño con otra señora. Está triste, y me abraza y canta una canción. La misma canción que tarareo a veces.

El corazón de Eliza latía con tanta fuerza que estaba segura de que Beatrice debía de sentirlo. —Los sueños no son reales, cariño. Son solo nuestra imaginación gastándonos bromas.

—Pero parece real. Ella parece real.

—Naciste aquí —dijo Eliza con firmeza—. De papá y de mí. En Nochebuena. Fuiste nuestro bebé milagro.

—¿Por qué me llamas así? ¿Un milagro?

—Porque casi no sobrevives. Eras tan pequeña, estabas tan enferma… Pero luchaste para quedarte con nosotros. Por eso eres nuestro milagro.

Beatrice se quedó callada un momento. Luego dijo: —Molly dice que muchos bebés fueron abandonados en casas de ricos el invierno que nací. Porque hacía mucho frío.

A Eliza se le heló la sangre. —¿Molly? ¿Quién es Molly?

—Una amiga —dijo Beatrice rápidamente—. Me cuenta historias.

—¿Qué clase de historias?

—Solo historias. Sobre Londres. Sobre la gente. —Hizo una pausa—. Mamá, tú me dirías si yo fuera uno de esos bebés, ¿verdad? ¿Uno de los abandonados?

—Beatrice Stanford —dijo Eliza, con la voz temblorosa por el esfuerzo de sonar firme—, tú eres mi hija. Mía y de papá. Naciste en esta casa, y nunca has sido otra cosa que amada y deseada. ¿Está claro?

—Sí, mamá.

Pero mientras Beatrice volvía a su habitación, tarareó aquella extraña melodía en voz baja, y Eliza supo, con una certeza nauseabunda, que la niña no la creía. No del todo.

A la mañana siguiente, Eliza acorraló a Mary en el cuarto de la ropa blanca.

—Está haciendo preguntas. Sobre ser abandonada, sobre otras madres.

—Los niños hacen preguntas…

—Mencionó que se abandonaron bebés en las casas durante el invierno en que nació. Alguien le ha estado llenando la cabeza de historias.

—¿Quién?

—Una amiga llamada Molly. Averigüe quién es. Asegúrese de que se mantenga alejada de Beatrice.

Mary asintió, pero su rostro denotaba preocupación. —Mi señora, tal vez sea hora de considerar…

—¿Considerar qué?

—Decirle algo más cercano a la verdad. Que es adoptada, pero que ustedes la eligieron, la amaron…

—No. —La voz de Eliza fue cortante—. Es nuestra. Siempre ha sido nuestra. Esa es la única verdad que necesita saber.

Pero incluso mientras lo decía, Eliza sentía cómo las paredes se le echaban encima. Las sospechas de Thomas, las preguntas de Beatrice, los extraordinarios talentos que no podían explicarse… todo estaba convergiendo, amenazando con destruir la mentira que había vivido durante seis años.

En la finca de los Caulfield, Adam regresó de una semana en Londres y encontró el ambiente cambiado. Samuel había asumido por completo el papel de amo, tomando decisiones sin consultar a George o a Catherine, despidiendo a los sirvientes que consideraba innecesarios y observando a Florie con una intensidad que a Adam le ponía la piel de gallina.

—¿Cómo está George? —le preguntó a Martha.

—Igual. Atrapado en su propio cuerpo mientras su hermano destruye todo lo que construyó.

—¿Y Florie?

El rostro de Martha se ensombreció. —Samuel la ha estado rondando como un lobo. La señora Harwick lo ha estado vigilando, impidiendo que la acorrale a solas, pero cada vez es más difícil.

Adam encontró a Florie en el huerto, recogiendo verduras para la cocina. Parecía más delgada, con ojeras que no tenía hacía una semana.

—Has vuelto —dijo ella, intentando sonreír.

—Siento haber estado fuera tanto tiempo. La propiedad de Londres tenía más problemas de lo esperado.

—Es tu trabajo ahora. Administrador de la finca. Es maravilloso, Adam. Te lo mereces.

—¿De verdad? ¿O es solo la forma que tiene Samuel de mantenerme alejado de ti?

Ella no respondió, concentrándose en arrancar zanahorias con una dedicación innecesaria.

—Florie, sé que dijiste que no podías casarte conmigo. Lo acepto. Pero sigo siendo tu amigo. Si Samuel…

—Puedo con Samuel.

—¿Puedes? Porque por lo que estoy oyendo…

—Lo que estás oyendo son cotilleos de la servidumbre. —Se puso de pie, sacudiéndose la tierra del delantal—. Estoy bien, Adam. De verdad.

Pero esa noche, le escribió otra carta a Anna:

«Mi dulce niña:

Estoy tan cansada de tener miedo. Miedo del hermano del amo, miedo de mis sentimientos por el señor Fletcher, miedo de esperar algo mejor de lo que tengo.

Pero entonces pienso en ti y encuentro una fuerza que no sabía que tenía. Porque sobreviví a perderte, y si puedo sobrevivir a eso, puedo sobrevivir a cualquier cosa.

El señor Fletcher quiere protegerme, pero tengo miedo de dejarle. ¿Y si soy la razón de que algo terrible le ocurra? ¿Y si mi maldición se extiende a él también?

Ojalá estuvieras aquí para darme valor. Ojalá pudiera abrazarte una vez más y decirte lo amada que eres, lo amada que serás siempre.

Por siempre tu madre».

Escondió la carta con las demás —cincuenta y tres ya— y se tumbó para dormir. Pero el sueño no acudía. En su lugar, permaneció despierta pensando en la cara de Adam cuando lo había rechazado, en los ojos hambrientos de Samuel, en George yaciendo paralizado mientras su hermano se lo arrebataba todo.

Se avecinaba un cambio. Podía sentirlo en el aire como la proximidad de una tormenta. Y las tormentas, lo sabía por amarga experiencia, lo destruyen todo a su paso.

A kilómetros de distancia, Beatrice Stanford tarareaba su misteriosa melodía mientras dormía, soñando con una mujer que le cantaba, que la amaba, que lloraba mientras se despedía. En su sueño, la mujer tenía los ojos de un azul grisáceo, el pelo dorado y una voz llena de pesar.

—Lo siento, corderito mío —susurraba la mujer del sueño—. Lo siento tanto. Por favor, perdóname.

Beatrice siempre intentaba responder, decirle a la mujer que no pasaba nada, pero nunca podía hablar en los sueños. Solo podía ver cómo la mujer se desvanecía, dejando tras de sí nada más que el eco de una nana y el sabor de las lágrimas.

La sombra de la finca se hacía cada vez más larga y oscura, extendiéndose a través de Londres para conectar dos casas, dos

madres, una niña y una red de secretos que se enredaba más con cada día que pasaba.

CAPÍTULO 9



HABÍAN PASADO six años desde el ataque de apoplejía de George Caulfield, y los cambios que habían forjado se veían en cada rostro, en cada rincón de ambas mansiones. Corría el año 1854 y Beatrice Stanford había pasado de ser una niña precoz a una impresionante joven de doce años, cuya belleza ya hacía volver cabezas a pesar de su juventud.

Thomas Stanford estaba sentado frente al señor Jasper Crowley, un hombre que se anunciaba discretamente como alguien que podía «resolver delicados asuntos de genealogía y herencia». En realidad, era un investigador, y Thomas lo había contratado con un único propósito: examinar las circunstancias del nacimiento de su hija.

—¿Quiere que investigue a su propia hija? —preguntó Crowley, con el rostro afilado mostrando sorpresa.

—Quiero que verifique ciertos hechos médicos —corrigió Thomas—. Mi esposa dio a luz a gemelos la Nochebuena de 1842. El niño murió, la niña sobrevivió. Quiero la confirmación del doctor Harrington de que esto es precisamente lo que ocurrió.

—¿Y si la memoria del buen doctor difiere de la versión oficial?

—Entonces querré saber exactamente lo que recuerda.

Crowley asintió con lentitud. —Estos asuntos pueden ser delicados, señor Stanford. A veces es mejor no saber….

—Yo decidiré lo que es mejor. ¿Puede hacerlo con discreción?

—La discreción es mi especialidad, señor. Aunque debo advertirle que el doctor Harrington se ha retirado hace poco a Brighton. Dar con su paradero podría llevar tiempo.

—He esperado doce años para obtener respuestas. Puedo esperar un poco más.

Cuando Crowley se marchó, Thomas se acercó a la ventana desde donde podía ver el salón de música. Beatrice estaba al piano, sus dedos volaban sobre las teclas con esa destreza imposible que no había hecho más que acentuarse con la edad. Cuando terminó la pieza, se dirigió al asiento del ventanal con su bordado y Thomas pudo oírla tararear.

Esa melodía. *Otra vez.* Esa extraña e inquietante melodía que tarareaba desde la infancia. Nadie podía identificarla, aunque varios profesores de música lo habían intentado. No era clásica, no era un himno, no era ninguna canción popular conocida. Era única, personal, tan parte de Beatrice como sus ojos azules y su cabello oscuro.

—¡Papá!

Se había dado cuenta de que la observaba y lo saludó con la mano. Él le devolvió el saludo, forzando una sonrisa. Cualquiera que fuera la verdad sobre sus orígenes, ella era su hija en todos los sentidos importantes. Pero necesitaba saber. El no saber lo carcomía como un ácido.

En su salita privada, Eliza repasaba la correspondencia cuando la oyó: esa melodía, que llegaba desde el salón de música. Pero hoy tenía algo diferente. Beatrice la tarareaba más despacio, añadiendo pequeños adornos, y de repente, de manera imposible, Eliza pudo

oír palabras en su mente, palabras que su propia abuela solía cantar:

«Duerme, mi amor, cierra los ojos,

mamá está aquí para cantarte su adiós,

cuando despiertes, aquí estaré,

abrazándote, mi tesoro, mi bien...»

La nana de su abuela. Una melodía transmitida de generación en generación en la familia de su madre, cantada a los bebés en la cuna. Pero Eliza nunca se la había cantado a Beatrice. Estaba segura. Nunca. Lo recordaría.

Entonces, ¿cómo la conocía Beatrice?

A menos que… a menos que la verdadera madre la hubiera cantado. A menos que, por alguna imposible coincidencia, la mujer que había abandonado a Beatrice compartiera ascendencia con la familia de Eliza. La idea era absurda, pero la melodía era inconfundible.

Eliza se levantó con piernas temblorosas y fue a buscar a Mary.

—Conoce la nana de mi abuela —susurró frenéticamente—. La que mi madre me cantaba a mí, la que su madre le cantaba a ella. Beatrice la tararea constantemente.

El rostro de Mary palideció. —¿Esa es la canción que tararea? Pero eso no es posible.

—¡Entonces explícamelo! ¡Explícame cómo conoce una melodía que ha estado en mi familia por generaciones!

—Quizá la cantaste sin darte cuenta…

—Nunca le canté. Nunca. Simplemente nunca lo hice.

Se miraron fijamente, mientras las implicaciones daban vueltas entre ellas. Si la verdadera madre de Beatrice conocía esa nana, si de

alguna manera estaba conectada con la familia de Eliza...

—Tenemos que averiguar quién era —dijo finalmente Mary—. La verdadera madre. Necesitamos saberlo.

—¿Cómo? Han pasado doce años. Probablemente esté muerta.

—O no lo está. Y si no lo está, si anda por ahí en alguna parte, es una amenaza.

Eliza se dejó caer en una silla. —Thomas ha vuelto a hacer preguntas. Ayer quería saber cuánto tiempo estuviste a solas conmigo después de que Harrington se fuera.

—¿Qué le dijiste?

—La misma historia. Siempre la misma historia. Pero ya no se la cree. Lo veo en sus ojos.

—Entonces debemos estar preparadas para lo que suceda cuando descubra la verdad.

—No puede descubrir la verdad jamás. Lo destruiría todo.

En la finca de los Caulfield, Adam Fletcher buscaba a Florie con creciente preocupación. Se había perdido su sesión de lectura vespertina —todavía se reunían dos veces por semana, aunque ahora comentaban literatura en lugar de practicar las letras— y eso no era propio de ella.

Encontró a Martha en el salón de los criados. —¿Ha visto a Florie?

—Ha estado indispuesta todo el día. Se fue a su cuarto después del almuerzo.

—¿Y Samuel?

—En Londres por negocios, gracias al Señor.

Adam subió las escaleras hacia las dependencias del servicio y llamó a la puerta de Florie. No hubo respuesta. Volvió a llamar, más fuerte.

—¿Florie? Soy Adam. Martha dice que no te encuentras bien.

Seguía sin haber respuesta. Preocupado, probó el picaporte. La puerta no estaba cerrada con llave.

La habitación estaba en penumbra, con las cortinas corridas para protegerla del sol de la tarde. Florie yacía en su cama, completamente vestida, mirando al techo. Había estado llorando; podía ver el rastro de las lágrimas en sus mejillas.

—Florie, ¿qué ocurre?

Ella giró la cabeza para mirarlo, y la desesperación en sus ojos le encogió el corazón. —Hoy es su cumpleaños.

—¿El cumpleaños de quién?

—De Anna. Hoy habría cumplido doce años. Casi una mujer.

Adam se acercó y se sentó con cuidado en el borde de la cama. —Lo siento. Estos aniversarios deben de ser…

—Le escribo. —Las palabras brotaron atropelladamente—. Todavía le escribo cartas a mi hija muerta. Y las escondo bajo esa tabla suelta del suelo. —Señaló un lugar cerca de la ventana—. Ya hay más de cien. ¿Es una locura? ¿Estoy loca?

—Estás de luto. No hay nada de locura en eso.

—Han pasado doce años, Adam. Doce años, y sigo sin poder dejarla marchar.

Él guardó silencio por un momento y luego dijo: —¿Puedo leer una?

Ella se lo quedó mirando. —¿Por qué?

—Porque son parte de ti. Y quiero comprender cada parte de ti, incluso las que están rotas.

Florie se levantó lentamente, fue hasta la tabla suelta y la levantó. El fajo de cartas estaba envuelto en hule para protegerlas de la humedad. Eligió una al azar y se la entregó.

Adam la leyó en silencio, con un nudo en la garganta ante el dolor descarnado que había en cada palabra. Hablaba de las flores de primavera, de la esperanza de que Anna pudiera verlas desde el cielo, del amor de una madre que trascendía la muerte.

—Tuvo suerte —dijo finalmente—. De ser tan amada.

—¿Suerte? Murió.

—Pero fue amada. Amada de forma completa e incondicional. No todo el mundo recibe eso, aunque viva hasta los noventa años.

Florie recogió la carta, sosteniéndola como una reliquia sagrada. —A veces imagino que sobrevivió de alguna manera. Que la encontraron, la salvaron, que está por ahí viviendo otra vida. ¿Es eso peor que aceptar que está muerta?

—Creo que es humano.

—La veo en cada niña de pelo oscuro que veo por la calle. Cada niña de doce años me hace preguntarme: ¿podría ser ella? ¿Tendría ese aspecto? Es una tortura.

Adam le cogió la mano con delicadeza. —¿Y si te dijera que ya no tienes que cargar con esto sola? ¿Que compartiría con gusto esta carga, estos recuerdos, este dolor?

—Ya te lo dije, estoy maldita…

—Y yo te dije que no creo en las maldiciones. Creo en el amor. Y te amo, Florie White. Amo tu fuerza y tu pena y tus cien cartas al cielo. Lo amo todo.

Ella lo miró durante un largo momento y luego se apoyó en su hombro. —Estoy tan cansada de estar sola con esto.

—Entonces no lo estés. Déjame entrar. Déjame ayudarte a sobrellevarlo.

Se quedaron allí sentados en el creciente crepúsculo, rodeados de cartas a una niña muerta, y por primera vez en doce años, Florie sintió que el peso en su pecho se aliviaba, aunque solo fuera una pizca. No estaba sola. No tenía por qué estarlo.

Desde el umbral, la señora Harwick los observaba con ojos preocupados. Había venido a buscar a Florie para el servicio de la cena, pero la escena la detuvo. Había algo en la forma en que Florie sostenía aquellas cartas, algo sobre la fecha: una hija de doce años, nacida en invierno…

El recuerdo que había estado danzando en los límites de su conciencia durante años se cristalizó de repente. No era Florie en sí, sino una historia. Una historia que había oído cuando trabajó brevemente en la casa de los Stanford todos esos años atrás. Sobre aquel terrible invierno de 1842, sobre una joven vista cerca de la entrada de servicio en Nochebuena, sobre la milagrosa supervivencia del bebé de los Stanford…

La señora Harwick retrocedió lentamente, con la mente trabajando a toda velocidad. No podía ser. La coincidencia sería demasiado extraordinaria. Pero las fechas coincidían, y el dolor desesperado de Florie, y ese algo familiar en sus rasgos…

Necesitaba pensar. Necesitaba recordar exactamente lo que había oído aquella Navidad de hacía doce años. Porque si sus sospechas eran ciertas, si la hija «muerta» de Florie era en realidad…

No. Era imposible. Cosas así no sucedían fuera de las novelas sensacionalistas.

Pero la idea no la abandonaba. Esa noche, permaneció despierta tratando de recordar cada detalle de aquella extraña Navidad en la casa de los Stanford. El bebé que casi muere. La segunda gemela encontrada milagrosamente por la doncella de la señora. La nodriza

traída del campo. La forma en que la señora Stanford había mantenido a la niña oculta durante meses, afirmando que era demasiado frágil para recibir visitas.

Todo había parecido extraño en su momento, pero a la señora Harwick la habían despedido en el año nuevo —demasiado cara, habían dicho— y no había vuelto a pensar en ello. Hasta ahora.

Hasta que las cartas de una madre afligida a su hija muerta de doce años le hicieron preguntarse si tal vez aquella hija no estaba muerta en absoluto.

Observaría. Escucharía. Recordaría. Y quizás, si sus sospechas resultaban ser ciertas, tendría que decidir qué hacer con el secreto más peligroso que jamás había descubierto.

En Londres, Beatrice Stanford tarareaba la melodía de su abuela mientras se preparaba para dormir, sin saber que dos mujeres en dos casas diferentes estaban pensando en ella.

El filo de la revelación era agudo y se acercaba cada vez más. Pronto, alguien sangraría.

CAPÍTULO 10



LOS PROBLEMAS en la fábrica textil de Stanford se habían estado gestando durante meses. Los trabajadores querían salarios más altos, jornadas más cortas y medidas de seguridad básicas que Thomas Stanford consideraba gastos innecesarios. Había heredado la fábrica de su padre junto con la finca y, al igual que su padre, creía que los trabajadores debían estar agradecidos por tener cualquier tipo de empleo.

La mañana del 15 de octubre de 1854 amaneció gris y cargada con la promesa de lluvia. Thomas había ido a la fábrica temprano, con la esperanza de acallar la última ronda de quejas antes de que se intensificaran. No había esperado encontrar a una multitud de trabajadores bloqueando las puertas, con los rostros endurecidos por la determinación.

—No trabajaremos ni un día más en estas condiciones —declaró su portavoz, un tejedor llamado Collins—. No hasta que satisfaga nuestras demandas.

—Sus demandas son irrazonables —replicó Thomas con frialdad—. ¿Diez horas al día en lugar de catorce? Me arruinarían.

—Entonces quizá no debería vivir usted en una mansión mientras nosotros nos morimos de hambre en cuchitriles.

La confrontación se acaloró. Alguien lanzó una piedra. Luego otra. El capataz intentó forzar la apertura de las puertas y, de repente, la multitud se abalanzó hacia delante, y las voces airadas se elevaron hasta convertirse en un rugido.

Thomas se abrió paso a duras penas entre la multitud para entrar en el edificio y subir a su despacho.

Nadie supo quién inició el fuego. Algunos dijeron que fue una lámpara volcada en la trifulca. Otros susurraron que se trató de un incendio provocado. Pero en cuestión de minutos, el edificio principal estaba en llamas; la vieja estructura de madera y los suelos empapados de aceite crearon un infierno que se extendió con una velocidad aterradora.

Thomas todavía estaba en su despacho de la segunda planta cuando el humo empezó a filtrarse por debajo de la puerta. Para cuando se percató del peligro, la escalera ya estaba envuelta en llamas. Corrió hacia la ventana, pero había una caída de veinte pies hasta los adoquines. Los trabajadores huían del edificio, algunos tratando de salvar la maquinaria, otros simplemente corriendo para salvar sus vidas.

Florie había estado haciendo una entrega de la finca de los Caulfield —la señora Caulfield enviaba regularmente su ropa de cama vieja para que se distribuyera entre las familias de los trabajadores de la fábrica, una pequeña caridad que Samuel permitía a regañadientes —. Acababa de entregar el fardo a una de las esposas de los trabajadores cuando oyó los gritos.

La fábrica estaba ardiendo. La gente salía a raudales, tosiendo, llorando, algunos con la ropa chamuscada y las caras ennegrecidas. Pero en medio del caos, oyó algo que le heló la sangre: alguien gritaba que el señor Stanford estaba atrapado en la segunda planta.

No pensó. No lo sopesó. Algo en lo profundo de su pecho, un instinto al que no podía poner nombre, la impulsó hacia delante.

Cogió un cubo de agua del abrevadero de los caballos, se empapó por completo y corrió hacia el interior del edificio.

El calor era como entrar en un horno. Un humo denso como la lana llenó sus pulmones de inmediato. Se cubrió la cara con el chal mojado y se arrastró por el suelo, donde el aire era ligeramente más respirable. Las escaleras eran intransitables, pero recordó haber visto una escalera de servicio en la parte trasera del edificio durante una entrega anterior.

La escalera era vieja, con varios peldaños ya carbonizados, pero aguantó su peso. Trepó a través de un humo tan espeso que no podía ver sus propias manos, guiada únicamente por el sonido de alguien tosiendo arriba.

Encontró a Thomas en su despacho, semiinconsciente por la inhalación de humo, intentando débilmente romper la ventana con una silla. El cristal era demasiado grueso, reforzado para evitar robos.

—¡Señor Stanford! —lo sacudió y le dio una bofetada para que reaccionara—. ¡Tiene que venir conmigo!

—No puedo… respirar…

—¡Sí que puede, vamos!

Medio arrastrándolo, medio llevándolo en volandas, lo condujo hasta la escalera y empezó a ayudarlo a bajar. Pesaba más de lo que esperaba, y sus manos, al agarrar los peldaños ardientes, empezaron a ampollarse de inmediato. El dolor era atroz, pero no lo soltó. No podía soltarlo. Aquel mismo instinto sin nombre que la había impulsado a entrar en el edificio no le permitía soltarlo.

De algún modo, consiguió bajarlo. De algún modo, consiguió sacarlos a ambos del edificio justo cuando la segunda planta se derrumbaba en una lluvia de chispas y madera ardiendo. Cayeron sobre los adoquines, boqueando, tosiendo, vivos.

—Dios mío —dijo alguien—. Lo ha salvado. ¡Esa mujer ha salvado al señor Stanford!

Florie intentó ponerse en pie, pero sus manos… se las miró e inmediatamente deseó no haberlo hecho. La piel había desaparecido en algunas partes, y estaba ampollada y en carne viva en otras. El dolor, mantenido a raya por la adrenalina, la arrolló como una ola. Gritó.

Las horas siguientes fueron una nebulosa. El doctor Morrison tratándole las manos con ungüentos y vendajes. Thomas, lo bastante recuperado para hablar, exigiendo los mejores cuidados para ella. El viaje de vuelta a la finca de los Caulfield en el propio carruaje de Thomas, insistiendo él a pesar de la improcedencia.

—Me ha salvado la vida —no dejaba de repetir—. ¿Por qué? Mis trabajadores me odian. ¿Por qué iba usted…, si ni siquiera me conoce?

Florie, somnolienta por el láudano que el doctor Morrison le había dado para el dolor, solo pudo negar con la cabeza. No sabía por qué. Solo sabía que cuando había oído que él estaba en peligro, algo en su pecho se había roto, exigiéndole que lo salvara.

Tres días después, cuando lo peor del dolor hubo pasado y sus manos estaban debidamente vendadas, Thomas acudió personalmente a la finca de los Caulfield. Samuel lo recibió en el estudio, ocultando a duras penas su irritación por la interrupción.

—He venido a ver a la señorita White —anunció Thomas—. La mujer que me salvó la vida.

—Es una sirvienta, Stanford. Seguramente una recompensa monetaria…

—Yo decidiré cuál es la recompensa apropiada.

Encontró a Florie en el salón de la mañana, intentando sin éxito remendar ropa de cama con las manos vendadas. Ella se puso en

pie rápidamente cuando él entró, haciendo una mueca de dolor por el movimiento.

—Por favor, siéntese —dijo Thomas—. No debería ni estar trabajando.

—Tengo que ganarme el sustento, señor.

—No, ya no. —Se sentó frente a ella, estudiando su rostro detenidamente por primera vez. Había algo familiar en sus rasgos, algo que no terminaba de ubicar—. Le debo la vida, señorita White. Pida su recompensa. Lo que sea.

—No quiero ninguna recompensa.

—Algo debe de querer. ¿Dinero? ¿Una casa propia? ¿Joyas?

Florie guardó silencio durante un largo momento y, cuando habló, las palabras parecieron sorprenderla tanto a ella como a él. —Quiero trabajar en Stanford House.

Thomas parpadeó. —¿Perdón?

—En su finca. Quiero trabajar allí. Como doncella o en cualquier puesto que tenga disponible.

—Pero ¿por qué? Los Caulfield son buenos amos…

—Lo sé. No puedo explicarlo. Simplemente… —se miró las manos vendadas—. Cuando oí que estaba usted atrapado, algo dentro de mí supo que tenía que salvarlo. Y ahora, algo dentro de mí me dice que necesito estar en Stanford House. Lo siento, sé que suena a locura.

—No suena a locura en absoluto —dijo Thomas lentamente, aunque estaba profundamente perplejo—. Si eso es lo que quiere, es suyo. Puede empezar en cuanto le sanen las manos. Como doncella de servicio, con un salario acorde.

—Gracias.

Después de que Thomas se marchara, Samuel acorraló a Florie en el pasillo. —¿Te marchas? ¿Después de todo lo que esta familia ha hecho por ti?

—Debo… marcharme.

Su voz era baja, peligrosa. —Esto es por Fletcher, ¿verdad? Estás huyendo de él. De lo que te hace sentir.

—Esto no tiene nada que ver con Adam. Y… y… no es asunto suyo. —El corazón le martilleaba.

—¿Ah, no? Aquí eres mi sirvienta. Y Fletcher… eres demasiado cobarde para él, así que huyes.

Las palabras escocieron porque eran parcialmente ciertas. Pero había algo más, algo que no podía explicarse ni a sí misma. Una atracción hacia Stanford House que parecía la fuerza de la gravedad.

Adam la encontró esa noche en el jardín, su jardín, donde habían compartido tantas conversaciones a lo largo de los años.

—Te vas. —No era una pregunta.

—Adam…

—Me lo ha dicho Samuel. Vas a trabajar para Stanford.

—Me ofreció un puesto. Después de lo que pasó…

—Le salvaste la vida, ¿y tu recompensa es dejarlo todo atrás? ¿Dejarme a mí atrás?

Los ojos de Florie se llenaron de lágrimas. —No te estoy dejando. Siempre serás…

—¿Qué? ¿Tu amigo? ¿Tu profesor de lectura? ¿El hombre al que no pudiste amar lo suficiente como para casarte con él?

—Eso no es justo.

—¿Ah, no? —La voz de Adam estaba desgarrada por el dolor—. He esperado más de seis años, Florie. *Seis años* de paciencia, de comprensión, de amarte a través de tu duelo. Y ahora, justo cuando pensaba que quizá, quizá estabas lista para abrirme tu corazón, huyes.

—No estoy huyendo.

—Entonces, ¿qué estás haciendo?

—¡No lo sé! —Las palabras brotaron de ella—. No sé por qué necesito ir allí. Solo sé que tengo que hacerlo. Algo me atrae hacia allí, Adam. Algo que no puedo explicar ni ignorar.

Él guardó silencio durante un largo momento y luego dijo: —¿Me escribirás?

—¿Qué?

—Le escribes a tu hija. ¿Me escribirás a mí? ¿Para que sepa que estás bien?

—Adam…

—No te estoy abandonando, Florie. No puedo. Te quiero demasiado para eso. Así que esperaré. De nuevo. Todavía. Pero necesito saber que estás a salvo.

—Te escribiré —susurró ella.

—Y quizá, algún día, descubras qué es lo que te atrae a esa casa. Y quizá, cuando lo hagas, vuelvas a mí.

—Quizá —dijo ella, aunque ambos sabían que no estaba haciendo ninguna promesa.

La semana siguiente, Florie empaquetó sus pocas pertenencias, incluido el fajo de cartas para Anna escondido en una vieja sombrerera. La señora Caulfield se despidió de ella con genuino pesar.

—Has sido un orgullo para esta casa —dijo—. Si alguna vez necesitas algo, nuestra puerta siempre estará abierta.

Martha la abrazó con fuerza. —Ten cuidado en esa casa, muchacha. Los lugares grandiosos guardan grandes secretos.

La señora Harwick observó la partida con ojos preocupados. ¿Debería decir algo? ¿Mencionar sus sospechas? Pero ¿y si se equivocaba? ¿Y si destrozaba vidas por una coincidencia?

Guardó silencio, pero también tomó una decisión. Encontraría una razón para visitar Stanford House. Vería a esa tal Beatrice Stanford por sí misma. Y entonces, quizá, sabría qué hacer con el terrible conocimiento que sospechaba poseer.

Adam se quedó en la verja mientras el carruaje se alejaba, llevando a Florie hacia su nueva vida. Ella se volvió una vez, levantó su mano vendada a modo de despedida, y luego desapareció.

—Volverás —le dijo a la carretera vacía—. Lo que sea que estés buscando allí, rezo para que lo encuentres. Y rezo para que te traiga de vuelta a mí.

En Stanford House ya estaban en marcha los preparativos para la nueva doncella de servicio. Eliza había protestado por el nombramiento —¿para qué necesitaban otra sirvienta principal?—, pero Thomas se había mantenido firme.

—Me salvó la vida, Eliza. Lo menos que podemos hacer es darle un puesto.

—Pero no sabemos nada de ella…

—Sabemos que arriesgó su vida por un extraño. Eso me dice todo lo que necesito saber.

Lo que Thomas no dijo fue que sentía curiosidad por Florie White. Algo en ella lo atraía, igual que algo la había atraído a ella para salvarlo. Quería entender qué era.

En el cuarto de los niños, Beatrice practicaba el piano, tarareando esa eterna melodía entre piezas. Le habían contado lo del incendio, lo de la valiente mujer que había salvado la vida de su padre.

—Quiero conocerla —había dicho.

—Es una sirvienta, cariño —había replicado Eliza—. No sería apropiado.

Pero Beatrice había heredado la terquedad de su padre junto con los dones musicales de su madre, de su verdadera madre. —Salvó a papá. Eso la hace especial.

Especial. La palabra resonó en la mente de Eliza como una campana de advertencia. Lo último que necesitaban era que alguien especial entrara en su casa, alguien que pudiera ver demasiado, entender demasiado, descubrir demasiado.

Pero ya era demasiado tarde. Florie White iba a llegar a Stanford House, atraída por un instinto al que no podía poner nombre hacia una hija que no sabía que vivía. Los hilos del destino se estaban tensando, atrayendo a todos los actores hacia una revelación que haría añicos cada mentira cuidadosamente construida.

Y en algún lugar de Brighton, el doctor Harrington estaba sentado en su estudio, observando la considerable suma que el señor Jasper Crowley acababa de ofrecerle por información sobre un nacimiento de hacía doce años. El buen doctor era muchas cosas, pero la lealtad a sus antiguos pacientes no era necesariamente una de ellas. No cuando el precio era el adecuado.

—¿Quiere saber sobre el nacimiento de los Stanford? —dijo, sirviéndose un brandy—. Bueno, señor Crowley, esa es toda una historia. Toda una historia, desde luego.

El incendio de la fábrica había sido más que destrucción. Había sido un catalizador, poniendo en marcha acontecimientos que nadie podía detener. Florie iba de camino a Stanford House. La verdad estaba despertando de su largo letargo.

Y pronto, muy pronto, una madre encontraría a su hija, lo supiera ella o no.

CAPÍTULO 11



EL CARRUAJE GIRÓ en Belgrave Square una fresca mañana de noviembre de 1854 y a Florie el corazón comenzó a latirle con fuerza. Algo en la aproximación le resultaba familiar, como un sueño a medio recordar. Los árboles desnudos, el modo en que la luz de la mañana incidía en los edificios, la curva de la calle… Había estado allí antes. Estaba segura.

Cuando Stanford House apareció ante su vista, se le cortó la respiración. La grandiosa fachada, las verjas de hierro, la entrada de servicio en el lateral… Las imágenes cruzaron por su mente como relámpagos. Nieve. Oscuridad. Un bulto en sus brazos. Terror y desesperación y…

No. No podía ser.

El carruaje se detuvo y el cochero la ayudó a bajar con su pequeño baúl. Florie se quedó helada en la acera, con la mirada fija en la entrada de servicio. Aquella puerta. Conocía aquella puerta. Se había plantado ante ella una noche tan fría que las lágrimas se le habían helado en las mejillas. Había dejado…

—¿Señorita White?

El ama de llaves, la señora Bradley, estaba en la entrada, con aire preocupado. —¿Se encuentra usted bien? Se ha quedado muy pálida.

—Estoy… sí. Disculpe. El viaje ha sido más largo de lo esperado.

Pero mientras seguía a la señora Bradley al interior, la mente de Florie iba a mil por hora. Aquella era la casa. La que había elegido aquella terrible Nochebuena doce años atrás. Había dejado a Anna allí, en ese mismo umbral, creyendo que la familia rica salvaría a su hija moribunda.

Pero no habían dicho nada. Ni un anuncio de haber encontrado un bebé. Ningún escándalo. Ninguna noticia. Ella había supuesto que Anna había muerto, que se habían deshecho de ella discretamente para evitar la vergüenza. Pero ¿y si…?

—La señora Stanford querrá conocerla —decía la señora Bradley—. Es muy escrupulosa con el personal, sobre todo con aquellos que tendrán contacto con la señorita Beatrice.

—¿La señorita Beatrice?

—La joven señorita de la casa. Tiene trece años y es bastante instruida. Será usted asignada como su doncella personal, dada su experiencia y la recomendación particular del señor Stanford.

Trece años. La edad correcta. Pero miles de niñas tenían trece años. No significaba nada.

Subieron la escalera principal y Florie vislumbró retratos de familia. Allí… un cuadro de una joven de pelo oscuro y sorprendentes ojos azules. El parecido con… no. Estaba imaginando cosas. Veía lo que quería ver.

Eliza Stanford la recibió en el salón de mañana. En el momento en que sus miradas se cruzaron, ambas mujeres lo sintieron: una sacudida de reconocimiento, aunque nunca se habían visto. El rostro de Eliza perdió el color de forma tan completa que Florie dio un paso adelante, preocupada.

—¿Señora Stanford? ¿Quiere que llame a alguien?

—No —la voz de Eliza era apenas un susurro. Se agarró al brazo del sillón, estudiando el rostro de Florie con una intensidad que rayaba en la desesperación—. La estructura ósea, los ojos, la forma en que mantenía la cabeza erguida… Dios santo, se parecía a Beatrice. Una versión mayor, más triste, pero el parecido era inconfundible.

Era ella. Tenía que ser ella. La madre que había abandonado a su bebé en su puerta.

—Usted es la mujer que salvó a mi marido —consiguió decir Eliza, con la voz más firme ahora, aunque el corazón le martilleaba en el pecho.

—Sí, señora.

—¿Qué la impulsó a hacerlo? ¿A arriesgar su vida por un desconocido?

Florie meditó la pregunta. —No lo sé, señora. Algo me impulsó a hacerlo. No puedo explicarlo mejor.

Impulsada. ¿Atraída a salvar al hombre que había estado criando a su hija? Eliza sintió náuseas.

—Mi marido dice que usted solicitó trabajar aquí específicamente. ¿Por qué?

De nuevo, aquel encogimiento de hombros impotente. —Sentí que debía estar aquí. Lo lamento, sé que suena extraño.

Extraño. Aterrador era más preciso. Eliza quiso despedirla de inmediato, pero eso suscitaría preguntas. Thomas querría saber por qué. Y si esta mujer era la verdadera madre de Beatrice, era mejor mantenerla cerca, vigilarla, controlar lo que veía y descubría.

—Atenderá a mi hija —dijo Eliza con cuidado—. Es… especial. Sensible. Confío en que se comportará de manera apropiada en sus interacciones con ella.

—Por supuesto, señora.

—Bien. La señora Bradley le mostrará su habitación.

Después de que Florie se fuera, Eliza se derrumbó en su sillón. Mary la encontró allí una hora más tarde, todavía temblando.

—Está aquí —susurró Eliza—. La madre. Está en esta casa.

—No puedes saberlo…

—¡Mírala! Podría ser la hermana mayor de Beatrice. El parecido es innegable.

—Mucha gente comparte rasgos similares…

—Salvó a Thomas del incendio. ¿Qué probabilidades había? Se sintió atraída a salvarlo, atraída a trabajar aquí. Es la madre, Mary. Lo sé.

—Entonces, despídela.

—No puedo. Thomas exigiría saber por qué. Y si me equivoco… — Eliza se cubrió el rostro con las manos—. Necesito saberlo con certeza. Necesito vigilarla, ver qué sabe, qué sospecha.

—Eso es peligroso, mi señora.

—Todo esto siempre ha sido peligroso.

Mientras tanto, a Florie la condujeron a una habitación pequeña pero cómoda en las dependencias del servicio. Mientras deshacía el equipaje con sus pocas pertenencias, le temblaban las manos. Esta casa. Esta familia. El retrato de la niña de pelo oscuro. Era demasiada casualidad.

Esa tarde, la llevaron a conocer a Beatrice.

La niña estaba al piano cuando Florie entró en el salón de música. Tocaba una pieza compleja, sus dedos volaban por las teclas con una habilidad notable. Pero no fue la interpretación lo que hizo que a Florie le flaquearan las rodillas, sino el tarareo entre piezas. Aquella melodía. Conocía aquella melodía.

Era la nana de su abuela. La que su madre le cantaba a ella y la que ella le había cantado a Anna durante los preciosos seis meses que habían pasado juntas.

Beatrice se giró y Florie se encontró mirando unos ojos que le resultaron inquietantemente familiares. No el color —los de Anna habían sido azules como los de Tom, y estos también eran azules, pero de un tono diferente—. Era algo en su forma, su expresión, la manera en que parecían ver a través del alma.

—Usted debe de ser la señorita White —dijo Beatrice—. Papá me ha hablado de usted. Le salvó del incendio.

—Sí, señorita.

—¿Por qué?

La misma pregunta que madre e hija le habían hecho. Florie dio la misma respuesta impotente. —No lo sé. Simplemente, tenía que hacerlo.

Beatrice la estudió con aquellos ojos penetrantes. —A veces sueño con fuego. Y con agua. Y con alguien que llora. ¿Tiene usted alguna vez sueños extraños?

—A veces, señorita.

—En los míos, hay una mujer que me abraza y dice que lo siente. Me canta. —Beatrice tarareó unas pocas notas de la nana—. ¿Conoce esa canción?

A Florie se le hizo un nudo en la garganta. Consiguió negar con la cabeza.

—Qué extraño. Siempre he pensado que todo el mundo debe de conocerla. Parece tan… universal.

—¿Debo… debo ayudarla a vestirse para la cena, señorita?

—Oh, sí, supongo que ese es su trabajo ahora, ¿no es así?

Mientras Florie ayudaba a Beatrice a cambiarse, cepillándole el largo cabello oscuro, le temblaban las manos. La forma del cráneo de la niña, la manera en que le crecía el pelo, incluso el pequeño lunar en su cuello… todo le resultaba dolorosamente familiar.

Entonces Beatrice se apartó el pelo para abrocharse un pendiente y Florie lo vio.

Detrás de la oreja izquierda, normalmente oculta por el pelo, había una pequeña marca de nacimiento en forma de media luna.

La habitación dio vueltas. Florie se agarró al respaldo de la silla para no caer. Aquella marca de nacimiento… Anna había nacido con esa misma marca. Tom la había besado el día que nació, llamándola su «pequeña luna».

Era Anna. Esta niña refinada, instruida y querida era su hija. Su bebé, a la que había creído muerta durante doce años, estaba viva, estaba aquí, a centímetros de ella.

—¿Se encuentra bien, señorita White? Se ha puesto muy pálida.

—Estoy… sí. Solo un momento de mareo. Las manos todavía me duelen a veces por las quemaduras.

—Oh, qué desconsiderada por mi parte. Claro que deben de dolerle. ¿Quiere sentarse?

La preocupación en su voz —en la voz de Anna— casi quebró a Florie por completo. Su hija, preocupada por su bienestar, sin saber quién era.

—Estoy bien, señorita. Ea, ya está peinada.

Beatrice se examinó en el espejo. —Es usted muy buena en esto. Mejor que mi última doncella. —Se volvió para mirar a Florie directamente—. Me alegro de que haya venido. No sé explicar por qué, pero siento que se supone que debe estar aquí.

Esa noche, Florie no escribió una carta a su hija muerta. Por primera vez en doce años, no lo necesitó. Anna estaba viva. Anna era Beatrice Stanford, criada en el lujo, amada y apreciada, todo lo que Florie nunca podría haberle dado.

Debería estar feliz. Debería estar agradecida. Su hija había sobrevivido, había prosperado, se había convertido en algo extraordinario.

Pero todo lo que sentía era un dolor tan profundo que amenazaba con devorarla por completo. Su hija estaba viva, pero la había perdido para siempre. Nunca podría reclamarla, nunca podría decirle la verdad, nunca sería más que una sirvienta en su vida.

La mañana siguiente trajo un acontecimiento inesperado. Thomas llamó a Florie a su estudio.

—Tengo una proposición —dijo—. He estado en correspondencia con la finca de los Caulfield. Parece que su antiguo jefe de cuadras está buscando un nuevo puesto. Dadas mis recientes pérdidas en el molino, me vendría bien un hombre de su calibre. Adam Fletcher, ¿lo conoce?

El corazón de Florie se detuvo. —Sí, señor. Es… un buen hombre.

—Habla muy bien de usted. De hecho, condicionó su aceptación a saber que aquí la trataban bien.

—¿Viene aquí?

—Si usted no tiene ninguna objeción. Entiendo que eran… amigos.

Amigos. Una palabra tan inadecuada para lo que Adam era para ella.

—Ninguna objeción, señor.

Adam llegó tres días después. Florie estaba recogiendo la colada de Beatrice cuando lo vio por la ventana, dirigiendo la descarga de sus pertenencias en la casa del jefe de cuadras. Él alzó la vista como si sintiera su mirada y sus ojos se encontraron a través del patio.

Esa noche, la encontró en el comedor de servicio después de la cena.

—Tienes buen aspecto —dijo él con cuidado.

—Las manos me están curando bien.

—No me refería a eso.

Salieron fuera, lejos de oídos indiscretos. La noche de noviembre era fría, su aliento visible en el aire.

—¿Por qué has venido? —preguntó Florie.

—Ya sabes por qué.

—Adam…

—No estoy aquí para presionarte. Estoy aquí porque no podía soportar estar lejos de ti, sin saber si estabas a salvo. —Hizo una pausa—. Samuel ha empeorado desde que te fuiste. Bebe más, está más iracundo. Martha cree que está tramando algo.

—Aquí estoy a salvo.

—¿Lo estás? Porque parece que has visto un fantasma.

Casi se rio de lo cerca que estaba de la verdad. Había visto un fantasma: el fantasma de su hija viva.

—Este lugar te perturba —continuó Adam—. Lo veo. ¿Qué tiene esta casa?

Quería decírselo. Quería desahogarse y contarle toda la imposible verdad. Pero ¿cómo podía? ¿Cómo podía explicarle que su hija muerta estaba viva, que era la adorada señorita Stanford, que dormía tan solo unos pisos por encima de ellos?

—No puedo explicarlo —dijo en su lugar.

—¿No puedes o no quieres?

—Ambas cosas.

Adam suspiró. —Seré paciente. Se me ha dado bien eso. Pero, Florie, sea cual sea el secreto que guardas, te está consumiendo por dentro. Puedo verlo.

—Algunos secretos deben llevarse en soledad.

—No —dijo él con firmeza—. Ningún secreto debería llevarse en soledad. Para eso está el amor, para compartir las cargas demasiado pesadas para una sola persona.

—¿Incluso si el secreto pudiera destruirlo todo?

—Especialmente entonces.

Permanecieron en silencio un momento y luego Adam dijo: —Debería decirte que la señora Harwick planea venir de visita. Es amiga de tu señora Bradley, al parecer. Vendrá para los preparativos de Navidad.

A Florie se le heló la sangre en las venas. La señora Harwick, que la había estado observando de forma extraña durante años. La señora Harwick, que podría reconocer el parecido entre ella y Beatrice.

—¿Cuándo?

—El mes que viene.

El mes que viene. Más gente que podría ver la verdad. Más peligro de ser descubierta.

—Florie. —Adam le tocó el brazo con delicadeza—. Sea lo que sea, estoy aquí. Recuérdalo.

Después de que él se fuera, Florie se quedó sola en el frío, mirando las ventanas iluminadas de la gran casa. Detrás de una de ellas, su hija dormía, soñando quizás con la madre que no podía recordar, tarareando la nana que vivía en sus huesos.

La verdad era una carga demasiado pesada para soportarla, pero imposible de soltar. Y ahora, con Adam aquí y la señora Harwick en camino, el peso de esta amenazaba con aplastarla por completo.

Había encontrado a su hija solo para volver a perderla. Y esta vez, la pérdida podría destruir no solo a ella, sino a todos aquellos a los que había llegado a querer.

La verdad era una carga. Pero los secretos, estaba aprendiendo Florie, eran cadenas.

CAPÍTULO 12



DICIEMBRE LLEGÓ con toda su furia en 1854, trayendo consigo la peor ventisca que Londres había visto desde aquel fatídico invierno de hacía doce años. La nieve cayó durante tres días seguidos y cubrió la ciudad con un manto blanco tan espeso que los carruajes no podían pasar y el Támesis amenazaba con congelarse por completo.

En Stanford House, el tiempo trajo consigo un inesperado ambiente festivo. Sin visitas que pudieran acudir y sin asuntos que atender, la familia se volcó en sí misma, disfrutando de placeres sencillos que normalmente ignoraban. Thomas leía en su estudio, Eliza se dedicaba a su correspondencia y Beatrice, inquieta y llena de energía, suplicaba que la dejaran ir a patinar en el estanque de Hyde Park.

—De ninguna manera —dijo Eliza con firmeza—. El hielo no será lo bastante grueso.

—Pero, mamá, las señoritas Thompson van a ir. Se las lleva su institutriz.

—Las señoritas Thompson pueden hacer lo que les plazca. Tú te quedarás aquí.

Pero Beatrice había heredado algo más que el talento musical de su madre biológica; también había heredado la terca determinación de Florie. Aquella tarde, mientras Eliza dormía la siesta y Thomas

estaba absorto en sus libros de cuentas, Beatrice se escabulló con tan solo una capa ligera, convencida de que podría patinar durante una hora y regresar antes de que nadie se diera cuenta.

Florie descubrió su ausencia cuando fue a ayudar a Beatrice a vestirse para la cena. La habitación estaba vacía, la ventana ligeramente abierta, dejando entrar remolinos de nieve. Sobre el tocador había una nota: «He ido a patinar. Vuelvo pronto. Por favor, no digas nada».

El terror se apoderó del corazón de Florie. La tormenta había empeorado a lo largo de la tarde. La temperatura estaba bajando rápidamente y Beatrice no tenía ni idea de lo peligroso que podía ser el hielo.

No se detuvo a decírselo a nadie. Tras echarse por encima su capa más gruesa, Florie salió corriendo hacia la ventisca. El viento casi la derribó de inmediato y la nieve era tan densa que apenas podía ver un metro por delante. Pero sabía adónde iría Beatrice: al estanque de Hyde Park donde patinaban las familias de moda. Donde el hielo parecería sólido, pero podría ser traicionero por debajo.

El parque estaba inquietantemente vacío; todo el que tuviera dos dedos de frente se había refugiado en el interior. Florie avanzó a trompicones entre ventisqueros que le llegaban a las rodillas, gritando el nombre de Beatrice, pero el viento le robaba la voz al instante.

Entonces lo oyó: un crujido como un trueno, seguido de un grito.

Corrió hacia el sonido, encontró el estanque y vio su peor pesadilla. Un agujero en el hielo, agua oscura agitándose y la cabeza de Beatrice apenas visible, sus manos arañando desesperadamente los bordes quebradizos.

Florie no se lo pensó. Se dejó caer boca abajo y se arrastró por el hielo, repartiendo su peso como Tom le había enseñado hacía mucho

tiempo, cuando vivían cerca del embalse helado de la mina. El hielo crujió ominosamente bajo ella.

—¡Aguanta! —gritó—. ¡No te agites! ¡Lo empeorarás!

Pero Beatrice estaba entrando en pánico, sus pesadas faldas tiraban de ella hacia abajo y el frío ya le estaba robando las fuerzas. Sus movimientos se volvían perezosos, su rostro gris por la conmoción.

Florie llegó al borde del agujero justo cuando a Beatrice le fallaron las fuerzas. Hundió los brazos en el agua helada, agarró tela, pelo, cualquier cosa que pudo, y tiró con una fuerza nacida de la desesperación. La misma desesperación que había sentido doce años atrás, intentando salvar a esa misma niña de la muerte.

Arrastró a Beatrice hasta el hielo, pero la niña no respiraba. Tenía los labios azules, los ojos cerrados, el cuerpo inerte. Florie la apartó del agujero, luego la puso de lado y le golpeó la espalda hasta que el agua brotó de sus pulmones. Aún no respiraba.

—No —sollozó Florie—. Otra vez no. Por favor, otra vez no.

Insufló aire en los pulmones de Beatrice, le golpeó el pecho, volvió a insuflar. Nada. La nieve caía a su alrededor y Florie sintió que el tiempo se colapsaba. Volvía a tener diecinueve años, sostenía a su bebé moribundo y le rogaba a Dios un milagro.

—Por favor —susurró, y entonces, sin saber por qué, apartó el pelo mojado de Beatrice y besó la marca de nacimiento en forma de media luna que tenía detrás de la oreja izquierda. El gesto que había hecho cien veces cuando Anna era un bebé, la pequeña luna que había besado para atraer la suerte, por amor, para protegerla.

Beatrice tosió. De su boca brotó agua y tomó una bocanada de aire entrecortada. Sus ojos se abrieron, desenfocados pero vivos.

—Eso es, mi amor —susurró Florie, atrayendo a la niña hacia sí, envolviéndolas a ambas con su capa—. Respira. Solo respira.

—Tengo… mucho frío…

—Lo sé. Te tengo. Siempre te he tenido.

Sacó a su preciosa y delgada hija del hielo, la levantó en brazos y comenzó el tortuoso viaje de vuelta a través de la nieve. Los brazos le dolían por el esfuerzo, las piernas le temblaban, pero no se detuvo. No podía detenerse. Había perdido a esta niña una vez. Moriría antes de volver a perderla.

A mitad de camino, Adam apareció entre la nieve como un milagro.

—Dámela —dijo él, pero Florie no podía soltarla. No podía soltar a su hija.

—Florie, estás agotada. Deja que…

—¡No! —La palabra se desgarró en su garganta—. No puedo soltarla. No puedo.

Adam la miró a la cara, vio algo en ella que le hizo dejar de discutir. En cambio, las sostuvo a ambas, pasando su brazo alrededor de Florie mientras ella cargaba a Beatrice, ayudándolas a luchar contra el viento y la nieve.

Entraron por la entrada de servicio y se encontraron con el caos. Eliza había descubierto la ausencia de Beatrice y estaba casi histérica. Cuando los vio —a Florie cargando a su hija inconsciente, ambas empapadas y medio congeladas—, voló hacia ellos.

—¡Mi niña! ¿Qué ha pasado?

—El hielo se rompió —consiguió decir Florie, castañeteando los dientes—. Se hundió.

—¡Subidla arriba! —ordenó Thomas, apareciendo con mantas—. ¡Agua caliente, inmediatamente! ¡Que llamen al doctor Morrison!

Pero Florie parecía incapaz de soltar a Beatrice. Sus brazos se habían aferrado a la niña y, cuando Thomas intentó cogerla, Florie emitió un sonido como el de un animal herido.

—Está bien —dijo Eliza, con voz extraña—. Deja que la lleve ella.

Así que Florie subió a Beatrice a su habitación, seguida por Eliza, que observaba con qué ternura la sirvienta sostenía a su hija, cómo le susurraba palabras de consuelo en el pelo, lo natural que parecía. Lo correcto.

En la habitación de Beatrice, mientras le quitaban la ropa mojada y la envolvían en mantas calientes, Eliza vio a Florie besar de nuevo aquella marca de nacimiento, vio la familiaridad del gesto, su practicada ternura. Y supo con absoluta certeza que sus peores temores eran ciertos.

Aquella era la madre de Beatrice. La mujer que había dejado a su bebé en su puerta hacía doce años estaba ahora en su casa, salvando de nuevo la vida de esa misma niña.

Los ojos de Beatrice se abrieron con un aleteo mientras la metían en la cama. Miró a Florie con confusión y algo más. ¿Reconocimiento? ¿Un recuerdo?

—La conozco —susurró.

—Soy su doncella, señorita. Florie.

—No, de antes. De… —Beatrice frunció el ceño. Se había recuperado de su estupor helado como por milagro. Tenía los ojos claros, la voz audible—. Siempre he sentido que faltaba algo. C-como si no perteneciera realmente a este lugar, aunque quiero a mamá y a papá. Como si hubiera otra vida que se suponía que debía tener.

—Chist —dijo Eliza rápidamente—. Estás confusa por el frío.

Pero los ojos de Beatrice permanecieron fijos en Florie. —Usted me ha salvado. En el agua, me ha llamado «mi amor». ¿Por qué?

—Yo… me ha recordado a alguien —dijo Florie, con la voz quebrada.

—¿A quién?

—A mi hija.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire como cristales de hielo. La mano de Eliza fue a su garganta. Pero Beatrice solo asintió, como si aquello tuviera perfecto sentido.

—¿Dónde está? ¿Su hija?

—Murió. Hace doce años.

—¿Qué edad tenía?

—Seis meses.

Beatrice guardó silencio un momento y luego dijo: —Lo siento. Debió de ser terrible.

—Lo fue. Lo es.

—¿Es por eso que salvó a papá del fuego? ¿Y a mí del hielo? ¿Porque no pudo salvarla a ella?

Florie miró a aquella chica extraordinaria —su hija, tan inteligente, tan perceptiva, tan viva— y dijo: —Sí. Supongo que sí.

El doctor Morrison llegó, examinó a Beatrice y declaró que había tenido suerte de estar viva. —Si hubiera estado en esa agua un minuto más… —negó con la cabeza—. Le ha salvado usted la vida, señorita White. De nuevo, parece que ha salvado a un Stanford.

Después de que se marchara y Beatrice se durmiera, Eliza encontró a Florie en el salón de los sirvientes, bebiendo té caliente con manos temblorosas.

—Necesitamos hablar en privado —dijo Eliza.

Fueron al salón de Eliza. Mary ya estaba allí, con el rostro serio. La puerta se cerró y las dos mujeres que compartían el mayor de los secretos se quedaron mirando a la que lo había creado.

—Es suya —dijo Eliza. No era una pregunta.

La taza de Florie repiqueteó contra el plato. —No sé a qué se refiere.

—Beatrice. Es su hija. La que usted dice que murió hace doce años.

—Eso es imposible…

—Basta. —La voz de Eliza era afilada—. Sé que la dejó aquí. Nochebuena de 1842. En el escalón de la entrada de servicio. Con una nota.

A Florie se le fue todo el color de la cara. —¿Usted la encontró?

—Yo la encontré. —La voz de Eliza era firme ahora, fría—. Muriéndose de fiebre. A horas de la muerte.

—Pero no hubo noticias. Ningún anuncio. Pensé…

—Pensó que había muerto. Dejamos que todo el mundo pensara que era nuestra.

Florie se levantó sobre piernas temblorosas. —¿Se la quedó?

—¡Usted la abandonó! —La compostura de Eliza se resquebrajó—. ¡La dejó para que muriera!

Florie casi se derrumbó. —Y-yo la dejé para que viviera. No tenía nada, ni dinero, ni comida, ni medicinas. Se estaba muriendo y pensé… pensé que una familia rica podría salvarla.

—Y lo hicimos. La salvamos, la criamos, la quisimos…

—Yo creía que estaba muerta.

Se miraron fijamente, dos madres reclamando a la misma hija, ambas con razón, ambas equivocadas.

—La marca de nacimiento —susurró Florie—. Detrás de la oreja. Una pequeña media luna. Su padre la llamó así el día que nació.

Eliza se puso pálida. Ya no había forma de negarlo.

—No puede saberlo nunca —dijo Eliza—. La destruiría.

—Es mi hija…

—Es Beatrice Stanford. Eso es lo que ha sido durante doce años. ¿Destruiría eso? ¿Arruinaría su vida, su futuro, todo lo que conoce?

—Jamás le haría daño.

—Entonces no dirá nada. Continuará siendo su doncella. La verá crecer, casarse bien y tener la vida que usted no pudo darle.

—Y… ¿y si no puedo?

—Entonces haré que la arresten por abandonar a su hija. Por intento de infanticidio. ¿Cree que alguien la creería a usted antes que a nosotros?

Florie se dejó caer de nuevo en la silla. —No puede amenazarme. No con esto.

—No la estoy amenazando. Se lo estoy suplicando. —La voz de Eliza se quebró—. Ella también es mi hija. La he criado, la he querido, he sido su madre en todo lo que importa. Por favor. No me la quite.

—A mí me la quitaron.

—No. No. Usted la *entregó*…

Mary dio un paso al frente. —Quizás, mis señoras, podrían considerar que Beatrice tiene dos madres. Una que le dio la vida, otra que se la salvó. Una que la amó lo suficiente como para dejarla ir, otra que la amó lo suficiente como para reclamarla.

Ambas mujeres se volvieron para mirarla.

—La niña es extraordinaria —continuó Mary—. Talentosa, inteligente, amable. Eso proviene de ambas. La cuestión no es quién es su verdadera madre. Ambas lo son. La cuestión es si ambas pueden amarla lo suficiente como para hacer lo que es mejor para ella.

—Y… ¿qué es eso? —preguntó Florie.

—Dejar que sea quien ha llegado a ser, sabiendo que es amada sin medida. Incluso si nunca sabe cuánto.

Aquella noche, Florie se sentó junto a la cama de Beatrice mientras dormía. A la niña le había subido la fiebre, no era peligrosa, pero sí lo suficiente como para requerir vigilancia. Eliza se sentó al otro lado y, durante horas, ninguna de las dos habló.

Finalmente, Beatrice se removió y abrió los ojos. —Estáis las dos aquí.

—Por supuesto —dijo Eliza—. ¿Dónde íbamos a estar si no?

Beatrice miró de una a otra, a estas dos mujeres que la amaban con tanta fiereza. —He tenido el sueño más extraño. Había dos madres, y las dos lloraban, y yo quería decirles que todo estaba bien, que las quería a las dos, pero no podía hablar.

Florie y Eliza intercambiaron una mirada por encima de su cabeza.

—Solo un sueño —dijo Florie en voz baja.

—Sí —murmuró Beatrice, volviendo a sumirse en el sueño—. Solo un sueño.

Pero mientras se acomodaba, empezó a tararear aquella melodía familiar, y ambas mujeres la reconocieron: Eliza como la canción de cuna de su abuela; Florie como la canción que le había cantado a Anna durante la fiebre y el frío.

Permanecieron sentadas durante toda la noche, dos madres velando a una hija, con el secreto extendiéndose entre ellas como un puente que no sabían cómo cruzar. Fuera, la ventisca seguía rugiendo, pero dentro de aquella habitación reinaba una extraña paz. La clase de paz que llega cuando la verdad, aunque no se pronuncie, por fin ha sido reconocida.

PARTE III



CAPÍTULO 13



LA TENSA TREGUA entre Florie y Eliza se mantuvo durante las semanas que siguieron al casi ahogamiento de Beatrice. Se movían la una en torno a la otra como gatos recelosos, unidas únicamente en su determinación de proteger a Beatrice de la verdad mientras se vigilaban mutuamente en busca de señales de traición. Florie continuó como doncella de Beatrice, y cada día era una tortura exquisita al estar tan cerca de su hija sin poder reclamarla como propia. Eliza observaba cada interacción, dividida entre la gratitud de que Florie hubiera salvado la vida de Beatrice y el terror de que lo revelara todo.

Ninguna de las dos mujeres sabía que la verdad se estaba desmoronando desde una dirección completamente distinta.

En Brighton, el señor Jasper Crowley estaba sentado en una habitación pequeña y lúgubre encima de una pescadería, escuchando la respiración fatigosa de una anciana llamada Agnes Pickering. Había sido la partera del doctor Harrington durante treinta años antes de jubilarse y ahora, moribunda de tisis, parecía ansiosa por descargar su conciencia.

—¿Pregunta usted por el parto de los Stanford? —resolló, con los ojos brillantes por la fiebre y los recuerdos—. ¿La víspera de Navidad de 1842?

—¿Asistió usted al doctor Harrington esa noche?

—Sí. Un asunto extraño, aquel. —Tosió, y unas motas de sangre mancharon su pañuelo—. La señora dio a luz a un niño, que nació muerto. Una pena terrible en esa casa.

—¿Y la niña? ¿La gemela?

Agnes se rio, un sonido áspero que se convirtió en otro ataque de tos. —No hubo ninguna gemela, señor.

Crowley se inclinó hacia delante. —¿Cómo ha dicho?

—Ninguna gemela. Solo un bebé, muerto y bien muerto. Yo misma lo envolví y lo preparé para el entierro. —Lo miró a los ojos—. Sea cual sea la niña que afirmaron que nació esa noche, no salió del vientre de la señora Stanford. Me jugaría el alma, y viendo que estoy a punto de reunirme con mi Creador, no es algo sobre lo que mentiría.

—Pero el doctor Harrington...

—Le pagaron bien para que mantuviera la boca cerrada, ¿no es así? Lo vi contando dinero una semana después, más de lo que vería en un año. Me dijo que me olvidara de lo que sabía, que la familia tenía sus razones y que no nos correspondía a nosotros juzgar.

—¿Vio usted a alguna niña aquella noche?

—Aquella noche no. Pero dos días después, cuando volví para ver cómo estaba la señora Stanford, había un bebé. Una cosita enfermiza, parecía medio muerta. La doncella de la señora, Mary se llamaba, dijo que la habían encontrado. Que se había estado escondiendo, que no la habían visto en medio de todo el caos. —Agnes resopló—. ¿Escondida dónde? ¿En el vientre de la señora? Los bebés no se esconden, señor Crowley. O nacen o no nacen.

Crowley lo anotó todo cuidadosamente. —¿Juraría usted todo esto? ¿En un tribunal, si fuera necesario?

—No viviré lo suficiente para ir a un tribunal —dijo Agnes con naturalidad—. Pero firmaré lo que necesite. Llevo doce años

cargando con este secreto. Me alegraré de librarme de él antes de encontrarme con san Pedro.

Firmó la declaración con mano temblorosa y Crowley se marchó con una información que destruiría a la familia Stanford. La cuestión era qué hacer con ella.

Thomas lo había contratado para verificar los hechos médicos del nacimiento de su hija. Lo había hecho. Pero la verdad era mucho más explosiva que un simple caso de gemelas confundidas. Aquello era fraude, posiblemente secuestro y, desde luego, conspiración. La niña que Thomas Stanford llamaba hija no era su hija en absoluto.

Crowley decidió regresar a Londres de inmediato. Thomas Stanford merecía saber la verdad, por muy devastadora que fuera.

MIENTRAS LA VERDAD se acercaba sigilosamente desde Brighton, un tipo diferente de peligro llegó a la Casa Stanford en la persona de James Caulfield, el primo menor de Samuel. A sus veinticinco años, James tenía el atractivo de Samuel, pero nada de su evidente amenaza. Era encantador donde Samuel era agresivo, sutil donde Samuel era directo, y mucho más peligroso por ello.

Había venido a Londres aparentemente para estudiar Derecho, pero en realidad para buscar una esposa rica. El dinero de los Caulfield se había esfumado en su mayor parte —la bebida y el juego de Samuel se habían encargado de ello— y James necesitaba casarse bien para mantener su posición en la sociedad.

Vio a Beatrice por primera vez en una fiesta de Navidad e inmediatamente reconoció su oportunidad. Era hermosa, culta y heredaría una fortuna. El hecho de que solo tuviera trece años no le preocupaba; podía esperar unos años, establecerse como amigo de la familia y estar en una posición perfecta cuando ella alcanzara la mayoría de edad.

—Señorita Stanford —dijo, inclinándose sobre su mano con practicada elegancia—. Su padre habla maravillas de su talento musical. Me pregunto si podría honrarnos con una actuación.

Beatrice, todavía pálida por su terrible experiencia en el hielo, pero lo suficientemente recuperada como para asistir a la fiesta, sonrió cortésmente. —¿Es usted el primo del señor Samuel, verdad? ¿De la finca de los Caulfield?

—Culpable, así es. Aunque le prometo que no me parezco en nada a mi infame primo.

—¿Infame?

—Ah, quizás sea una palabra demasiado fuerte. ¿Diremos... notable?

Beatrice se rio y James sintió que el anzuelo se había clavado. Las jovencitas eran tan fáciles de encantar, especialmente las que, como Beatrice, habían estado tan protegidas. Unos cuantos cumplidos, algo de atención, y eran como arcilla en sus manos.

Desde el otro lado de la habitación, Florie observaba la interacción con creciente alarma. Conocía esa mirada en los ojos de un hombre: calculadora, depredadora, que no veía a Beatrice como una persona, sino como un premio. Pero ¿qué podía hacer? Solo era una sirvienta. No podía advertir a Beatrice sin explicar por qué se preocupaba tanto, y eso llevaría a preguntas que no podía responder.

Adam apareció a su lado. La había estado observando mientras ella observaba a Beatrice, y su rostro mostraba preocupación.

—Ese es el primo de Samuel —dijo en voz baja—. James. Tiene cierta reputación.

—¿Qué clase de reputación?

—La que implica deudas de juego y una sarta de compromisos rotos. Está a la caza de dinero.

—Y lo ha encontrado —dijo Florie con gravedad.

—Es solo una niña.

—No por mucho tiempo. Y los hombres así son pacientes cuando el premio es lo bastante grande.

Eliza también se había percatado de la interacción y se movió con suavidad para intervenir. —Beatrice, querida, prometiste tocar para lord y lady Pemberton.

—Por supuesto, mamá. —Beatrice se volvió hacia James—. Quizás podamos continuar nuestra conversación más tarde, señor Caulfield.

—Contaré los segundos —dijo James con una sonrisa que hizo que Florie deseara abofetearlo.

Mientras Beatrice tocaba —maravillosamente, como siempre—, James se colocó donde ella pudiera verlo, observándola con aparente éxtasis. Aplaudió con entusiasmo cuando terminó, fue el primero en llevarle un refresco, el oyente más atento cuando hablaba.

—Es bueno —observó Adam—. Muy bueno.

—Es peligroso —corrigió Florie.

Aquella noche, mientras Florie ayudaba a Beatrice a prepararse para dormir, la niña no paraba de hablar de James Caulfield.

—Es tan diferente de los otros caballeros que nos visitan —dijo—. Él sí que escucha cuando hablo. Y sabe tanto de música y arte.

—Parece muy encantador —dijo Florie con cuidado.

—¡Oh, lo es! Y guapo también, ¿no crees?

Las manos de Florie se detuvieron en el cabello de Beatrice. Su hija —su bebé— estaba sintiendo su primer enamoramiento, y era por un cazafortunas que la destruiría.

—Es usted muy joven, señorita —dijo finalmente.

—¡Tengo casi catorce años! Julieta tenía catorce cuando se casó con Romeo.

—Pero ¿acaso no murió?

Beatrice se rio. —Tienes razón. Pero es agradable que se fijen en una, que la vean como algo más que una niña.

—Es usted una niña —dijo Florie, con más brusquedad de la que pretendía—. Y los hombres que prestan demasiada atención a las niñas rara vez tienen buenas intenciones.

Beatrice se giró para mirarla, sorprendida por la vehemencia. —No te gusta.

—No me fío de él.

—¿Por qué?

¿Cómo podía explicárselo? ¿Cómo podía decir: «Porque soy tu madre y cada instinto que tengo me grita que este hombre es un peligro»?

—A veces, simplemente lo sabes —dijo en su lugar.

Beatrice se quedó en silencio por un momento y luego dijo: —Te preocupas por mí, ¿verdad? ¿Más que como una simple sirvienta?

—Sí —susurró Florie.

—¿Por qué?

—No lo sé. Simplemente lo hago.

—Yo también me preocupo por ti —dijo Beatrice en voz baja—. A veces siento que me entiendes mejor que nadie, incluso que mamá. ¿No es extraño?

Las lágrimas quemaron los ojos de Florie. —En absoluto.

Aquella noche, Florie encontró a Adam en las caballerizas y le habló de las evidentes intenciones de James.

—Tenemos que advertir a alguien —dijo ella.

—¿Advertir a quién? ¿Que un caballero está prestando la debida atención a una joven de su clase? Se reirían de nosotros y nos echarían de la casa.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Observar. Esperar. Y confiar en que Thomas Stanford sea lo bastante inteligente como para ver sus intenciones.

Pero Thomas estaba distraído con sus propias preocupaciones. A la mañana siguiente, el informe de Crowley llegó por un mensajero especial. Thomas lo leyó una vez, luego otra, y una tercera vez, su rostro palideciendo con cada lectura.

No era su hija. Beatrice no era su hija.

Las palabras parecían palpitar en la página. Ninguna gemela. Solo un hijo muerto. La niña era hija de otra persona, introducida de contrabando de alguna manera, hecha pasar por suya.

Pero ¿cómo? ¿Y de quién era hija?

Pensó en la paranoia de Eliza a lo largo de los años, su miedo a los nuevos sirvientes, su obsesiva protección de Beatrice. Su insistencia en que Mary había encontrado a la gemela, que todo había sido caos y confusión...

Ella lo sabía. Su esposa lo sabía. Siempre lo había sabido.

Thomas se levantó lentamente, con el informe arrugado en el puño. Trece años de mentiras. ¿Trece años criando a la hija ilegítima de otro hombre? ¿O era peor? ¿Era Beatrice una expósita que Eliza simplemente había reclamado como suya?

Necesitaba respuestas. Y las obtendría, aunque destruyera todo lo que creía saber sobre su vida.

Subió las escaleras hacia el salón de Eliza, sintiendo cada escalón como una marcha hacia el patíbulo. Ella estaba allí con su costura,

con Mary cerca como siempre.

—Déjanos solos —le dijo a Mary.

—¿Thomas? —La voz de Eliza era vacilante.

—Ahora.

Mary huyó. Eliza dejó su costura, sus manos comenzando a temblar.

Thomas arrojó el informe de Crowley sobre la mesa entre ellos. —Explica esto.

Eliza miró los papeles arrugados sin tocarlos. —¿Qué es?

—La verdad sobre nuestra hija. ¿O debería decir, la hija de otra persona?

El rostro de Eliza se tornó blanco, luego grisáceo. —Thomas, yo...

—No hubo gemela —dijo él, con una voz mortalmente tranquila—. Solo nuestro hijo muerto. Así que, dime, esposa, ¿a la hija de quién he estado criando? ¿A la bastarda de quién hiciste pasar por mía?

—No es una... una bastarda...

—¿Así que admites que no es mía?

Eliza se puso en pie con las piernas temblorosas. —Es nuestra. Ha sido nuestra desde...

—¿Desde cuándo? ¿Desde que me mentiste? ¿Desde que cometiste fraude?

—¡Desde que nos salvé! —La compostura de Eliza se hizo añicos—. ¡Lo habrías perdido todo sin un heredero! ¡Salvé a esta familia!

—¡Con mentiras!

—¡Con amor! La amé desde el momento en que la encontré...

—¿La encontraste? —La voz de Thomas era gélida—. ¿Dónde se «encuentra» un bebé?

Eliza apretó los labios, pero ya era demasiado tarde. La verdad se derramaba como el agua a través de una presa rota.

—¿Quién es? —exigió Thomas—. ¿De quién es hija?

—No lo sé.

—¡No me mientas!

—¡No lo sé! —Eliza estaba llorando ahora—. La dejaron en nuestra puerta la víspera de Navidad. La noche en que nuestro hijo murió. Estaba abandonada. Muriéndose de fiebre.

—¿Y tú, sin más..., te la quedaste?

—¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Dejarla morir? ¿Enviarla al hospicio?

—Dime la verdad.

—¡Esa es la verdad!

Thomas miró fijamente a su esposa —aquella mujer a la que había amado, en la que había confiado, con la que había construido una vida— y vio a una extraña.

—¿Lo sabe ella? ¿Beatrice?

—No. Y no puede saberlo nunca. La destruiría.

—¿Como me está destruyendo a mí?

—Thomas, por favor. Es tu hija en todos los sentidos que importan...

—Excepto en el único que importa legalmente. El testamento de mi padre...

—¡Tu padre está muerto! Y su testamento no dice nada sobre una prueba de paternidad. Ha sido criada como Beatrice Stanford. Eso es todo lo que importa.

—A mí me importa.

Se quedaron uno frente al otro, separados por trece años de engaño, y ninguno de los dos sabía cómo salvar el abismo que se había abierto entre ellos.

En el piso de abajo, Florie oyó las voces alzadas y sintió que la sangre se le helaba en las venas. La verdad estaba saliendo a la luz, pero de ninguna de las maneras que ella podría haber predicho.

CAPÍTULO 14



Las dependencias del servicio se estaban limpiando a fondo por primera vez en años, como resultado de la determinación de la señora Bradley de comenzar el nuevo año como es debido a pesar del caos que reinaba en la casa principal. Vaciaron todas las habitaciones, fregaron cada tabla del suelo y quitaron el polvo y los recuerdos de cada rincón.

Fue la joven Molly, la amiga de Beatrice de las cocinas, quien la encontró. Estaba de rodillas, fregando el suelo de lo que había sido la antigua habitación de Florie en la finca —ahora ocupada por una nueva doncella— cuando se percató de un papel encajado entre el jergón y el armazón de la cama.

—Aquí hay algo —le dijo a la otra doncella que la ayudaba.

Con la ayuda de un cuchillo, logró liberar el papel. Estaba amarillento por el tiempo, la tinta desvaída, pero aún legible. Molly, que había aprendido a leer gracias a la cocinera, leyó lentamente las primeras líneas:

«Para Anna, mi ángel en el cielo...».

—Qué triste —dijo la otra doncella, asomándose por encima de su hombro—. Alguna pobre alma escribiéndole a su hija muerta.

—Anna —murmuró Molly—. La señorita Beatrice siempre me pregunta por niñas que se llamen Anna. Dice que sueña que alguien la llama por ese nombre.

—No digas tonterías. Seguramente hay docenas de Annas en Londres.

Pero Molly se guardó la carta en el bolsillo. La señorita Beatrice había sido tan amable con ella, dándole comida a escondidas, ayudándola a mejorar su lectura… Si de algún modo esta carta estaba relacionada con sus extraños sueños, merecía saberlo.

Aquella tarde, mientras Beatrice practicaba al piano, Molly se deslizó en el salón de música.

—Señorita, he encontrado algo. Algo extraño.

Beatrice levantó la vista del teclado. —¿Qué clase de algo?

Molly le entregó la carta. —La encontré debajo de una cama en las dependencias del servicio. Está dirigida a alguien llamada Anna.

A Beatrice le temblaron las manos al coger el papel. Lo leyó una vez, y luego otra, y su rostro fue palideciendo con cada palabra.

«Mi queridísima Anna: Hoy habría sido tu séptimo cumpleaños. Imagino que ya te encantarían los libros, por cómo intentabas agarrar las páginas cuando trataba de leerte. Tu padre siempre decía que serías tan lista como tu abuela. Me pregunto si también habrías heredado su don para la música...».

La carta continuaba describiendo el amor eterno de una madre por una hija que había muerto siendo un bebé. Pero lo que le heló la sangre a Beatrice fue la fecha; estaba escrita en el que habría sido el séptimo cumpleaños de «Anna». La misma edad que Beatrice tenía en esa fecha.

—¿Dónde has dicho que encontraste esto? —preguntó con voz extraña.

—En las antiguas dependencias del servicio. Solía ser la habitación de la señorita White, según dice la cocinera, cuando llegó por primera vez.

Florie. Florie, que la había salvado del hielo. Florie, que había besado su marca de nacimiento con tanta familiaridad. Florie, que la miraba con tanto anhelo.

Florie, que había dicho que su hija murió hacía doce años, a los seis meses de edad.

—¿Señorita? Se ha puesto usted muy pálida.

—Necesito hablar con la señorita White —dijo Beatrice con voz apenas audible—. Inmediatamente.

Pero antes de que pudiera moverse, la puerta del salón de música se abrió y entró su padre. Tenía el rostro demacrado, como si hubiera envejecido diez años el día anterior desde su enfrentamiento con Eliza.

—Beatrice —dijo con gravedad—. Tenemos que hablar.

—Papá, yo…

—Tu madre y yo… hay cosas que necesitas saber. Cosas que deberíamos haberte contado hace mucho tiempo.

Beatrice apretó la carta con más fuerza. —¿Sobre qué?

Thomas se sentó a su lado en el banco del piano; ese hombre que la había criado, la había querido, había sido su papá en todos los sentidos. —Sobre quién eres.



En las caballerizas, Adam revisaba las cuentas cuando entró Samuel Caulfield, borracho a pesar de lo temprano que era. —¿Qué hace usted aquí? —preguntó Adam.

—Fletcher —arrastró las palabras Samuel, apoyándose en la puerta de un establo—. Aún aquí, veo. Aún suspirando por la intocable Florie.

—Señor Caulfield. ¿Puedo ayudarle en algo? ¿Por qué está aquí?

—Puedes ayudarme a entender por qué te eligió a ti. Un soldado mancillado, de nuevo un simple mozo de cuadra. ¿Cuál es tu secreto, Fletcher?

—No hay ningún secreto. Florie y yo somos amigos.

Samuel soltó una carcajada, un sonido desagradable. —Amigos. Florie está ahora aquí, en la casa de los Stanford. Y tú la perseguiste como un perrillo faldero.

Adam apretó la mandíbula. —Trabaja aquí, sí.

—No por mucho tiempo. —La sonrisa de Samuel era cruel—. Verás, he estado investigando un poco acerca de la misteriosa Florie White. Es increíble lo que se puede averiguar si se sabe dónde buscar.

Adam dejó la pluma con cuidado. —¿De qué está hablando?

—¿Sabías que nunca estuvo legalmente casada? No hay registro de que una tal Florie Miller se casara con un Tom White en ninguno de los distritos mineros. Lo que significa que su hija no era nadie. Lo que significa que es una mujer caída que se esconde tras una falsa respetabilidad.

—No sabe de lo que habla.

—¿Ah, no? Me pregunto qué pensarían los correctos Stanford si supieran que su heroica salvadora no es más que una mujer vulgar que ni siquiera pudo mantener con vida a su propia hija.

Adam se puso en pie antes de darse cuenta, y su puño impactó en la mandíbula de Samuel con un satisfactorio chasquido. Samuel cayó con fuerza, con un hilo de sangre manando de su nariz.

—Te arrepentirás de esto —jadeó Samuel, incorporándose con dificultad—. La arruinaré. Destruiré cualquier oportunidad que tenga de ser feliz. A menos que…

—¿A menos que qué?

—A menos que venga a mí. Voluntariamente. Una noche, es todo lo que pido. Una noche y guardaré sus secretos, la dejaré en paz.

—Jamás. —Adam apenas podía contener su rabia. Pero este gusano de hombre… este hombre no merecía la pena.

—Entonces la destruiré. Me aseguraré de que todo el mundo sepa lo que es en realidad. Los Stanford la echarán. Ninguna casa respetable la contratará. Acabará en las calles o en el hospicio.

Adam lo agarró por el cuello de la camisa. Apenas pudo contenerse. —Si te acercas a ella…

—¿Qué harás? ¿Pegarme otra vez? Soy un caballero, Fletcher. Tú no eres nadie. Una sola palabra mía y estarás en prisión por agresión.

Tenía razón, y ambos lo sabían. Adam lo soltó y retrocedió.

—Dile mis condiciones —dijo Samuel, limpiándose la sangre de la cara—. Una noche o lo arruino todo. Tiene tres días para decidir.

Cuando se marchó, Adam se quedó paralizado, con la mente a toda velocidad. Tenía que advertir a Florie, tenía que protegerla de alguna manera. Pero ¿cómo podría luchar contra alguien como Samuel? ¿Cómo podría proteger a la mujer que amaba de un hombre que ostentaba todo el poder?



La señora Harwick estaba sentada en su pequeña habitación de la finca de los Caulfield, contemplando un viejo daguerrotipo que había guardado durante treinta años. Mostraba a dos niñas, dos hermanas, sonriendo con sus mejores galas de domingo. Una era ella, joven y

llena de esperanza. La otra era Margaret, su hermana mayor, que se había fugado a los dieciséis años.

Había estado pensando en aquella carta que Florie había estado escribiendo, sobre la hija llamada Anna, sobre los rasgos familiares que la habían estado intrigando durante años. Y, de repente, como las piezas de un rompecabezas que encajan, lo comprendió.

Margaret había huido de la casa de su padre para escapar de sus ataques de ira etílica y de la amarga frialdad de su madre. Había dejado una nota diciendo que iba a labrarse su propio camino, a encontrar su propia felicidad. La familia la había desheredado y había prohibido a todo el mundo pronunciar su nombre.

Pero la señora Harwick había oído rumores a lo largo de los años. Que Margaret se había casado con un oficinista apellidado Miller. Que habían tenido una hija. Que Margaret había muerto en el parto de un segundo hijo.

La primera hija tendría más o menos la edad de Florie. Una hija que podría tener los delicados rasgos de su madre, el don musical de su abuela, la obstinada determinación de su tía.

—Dios mío —susurró la señora Harwick—. Es la hija de Margaret. Mi propia sobrina.

Pensó en la historia de Florie: casada con un minero llamado Tom White, había perdido una hija, sin familia de la que hablar. Pero ¿y si eso no era del todo cierto? ¿Y si su padre la había criado después de la muerte de Margaret y luego la había abandonado a su suerte cuando él se volvió a casar o murió? Las jóvenes a menudo se inventaban nuevas historias cuando buscaban empleo.

La señora Harwick se levantó, habiendo tomado una decisión. Tenía que ir a la casa Stanford de inmediato. Su sobrina —si Florie era de verdad su sobrina— estaba allí y, por lo que había observado, se estaba metiendo de lleno en una situación que era imposible que entendiera.

Hizo el equipaje rápidamente y le dijo al ama de llaves que tenía un asunto familiar urgente en Londres. En menos de una hora, ya estaba de camino a la casa Stanford, con el daguerrotipo y treinta años de arrepentimiento a cuestas.

En la casa Stanford, la verdad se extendía como la pólvora. Thomas le había dicho a Beatrice que era adoptada, que la habían encontrado de bebé y la habían criado como si fuera suya. Beatrice, conmocionada, le había mostrado la carta de Florie a Anna. Las fechas, los detalles, la devastadora posibilidad de que la hija «muerta» de Florie fuera en realidad…

—Tenemos que hablar con la señorita White —dijo Thomas con gravedad.

La encontraron en el lavadero, trabajando a pesar de ser su media jornada libre. Levantó la vista cuando entraron, vio sus rostros y supo de inmediato que todo estaba a punto de cambiar.

—Florie White —dijo Thomas formalmente—. ¿O debería decir Florie Miller? Necesitamos hablar de su hija. La que usted afirma que murió hace más de doce años.

A Florie le fallaron las piernas. Se dejó caer en un banco, mirando fijamente a Beatrice, que sostenía la carta —su carta, sus palabras privadas a su hija perdida— con manos temblorosas.

—Lo saben —susurró Florie.

—Sé que dejó a un bebé aquí la víspera de Navidad de 1842 —dijo Thomas—. Lo que quiero saber es por qué ha vuelto.

—No sabía que estaba viva. Pensé que había muerto. No hubo noticias, ni una palabra. Pensé… —La voz de Florie se quebró—. Pensé que la había matado al abandonarla.

—¿Me abandonaste? —La voz de Beatrice era débil, quebrada—. ¿Me abandonaste?

Florie lloró. —Te estabas muriendo. No tenía dinero, ni comida, ni medicinas. Tu padre había muerto, nos moríamos de hambre y de frío. Pensé que si te dejaba aquí, te salvarían. Pensé… —Se detuvo y miró a Beatrice directamente—. Pensé que te estaba salvando la vida.

—¿Abandonándome?

—Dándote a gente que podría quererte como es debido. Y lo hicieron. Mírate… educada, culta, amada. Todo lo que yo nunca podría haberte dado.

—¡Podrías haberme dado la verdad!

—No sabía la verdad. Pensé que estabas muerta hasta que vine aquí y te vi, e incluso entonces, no podía estar segura hasta que…

—¿Hasta qué?

—Hasta que vi tu marca de nacimiento. La pequeña luna creciente detrás de tu oreja. Tu padre la llamó así el día que naciste.

La mano de Beatrice fue instintivamente a ese lugar. —¿Lo sabías? ¿Todo este tiempo trabajando aquí, lo sabías?

—¿Con seguridad? Solo desde que te caíste al hielo. Cuando te salvé y la vi con claridad.

—Salvarme —rio Beatrice con amargura—. Me salvaste después de abandonarme.

—Beatrice —dijo Thomas a modo de advertencia.

—¿Se supone que debo estar agradecida? Me abandonó para que muriera.

—Te abandonó para que vivieras —dijo Eliza desde el umbral. Ninguno la había oído acercarse. Parecía agotada, derrotada, pero decidida—. Yo te encontré esa noche. Te estabas muriendo. Una hora más y te habrías ido. Tu madre, Florie, tomó una decisión imposible. Y te salvó la vida.

—¿Tú lo sabías? —Beatrice se volvió hacia Eliza—. ¿Sabías que era mi madre?

—Lo sospechaba. Desde que llegó. El parecido, la forma en que te miraba…

—¿Todo el mundo lo sabía menos yo?

—No —dijo Thomas en voz baja—. Yo me enteré ayer de que no eras nuestra hija de sangre.

La habitación se sumió en el silencio; cuatro personas unidas por verdades que ninguna de ellas había querido que se revelaran.

—¿Qué… qué pasa ahora? —preguntó Florie finalmente.

—No lo sé —admitió Thomas—. Legalmente, Beatrice es nuestra hija. Lo ha sido durante trece años. Pero moralmente, éticamente…

—No quiero nada —se apresuró a decir Florie—. Nunca quise apartarla de ustedes. Solo quería estar cerca de ella, saber que estaba a salvo y feliz.

—Estoy aquí mismo —dijo Beatrice bruscamente—. Dejad de hablar de mí como si no estuviera aquí.

Todos se volvieron para mirarla, a esa chica extraordinaria que era hija de todos ellos de diferentes maneras.

—Necesito tiempo —dijo Beatrice—. Para pensar. Para entender. ¿Quién soy ahora que sé de dónde vengo?

Unos golpes en la puerta los interrumpieron. La señora Bradley entró, con aspecto nervioso.

—Siento interrumpir, pero hay una señora Harwick aquí. Dice que es un asunto familiar urgente relacionado con la señorita White.

Florie frunció el ceño. —¿La señora Harwick? ¿De la finca de los Caulfield?

La mujer mayor entró, contempló la escena —las lágrimas, la tensión, la carta aún en las manos de Beatrice— y comprendió que había irrumpido en medio de algo trascendental.

—Florie —dijo con dulzura—. Mi querida niña. He venido porque por fin he recordado por qué me resultabas tan familiar. —Sacó el viejo daguerrotipo—. Eres idéntica a mi hermana Margaret. Porque eres su hija, ¿verdad? ¿Mi sobrina?

Florie se quedó mirándola, y luego la fotografía de una joven que podría haber sido su gemela.

La señora Harwick continuó. —Mi hermana trabajaba en el servicio. Pero padre había prohibido todo contacto y, después de que muriera madre, no supe cómo encontrarte.

—Mi madre murió joven… —susurró Florie.

—Nuestra familia no era amable con los que se marchaban. No lo fueron con tu madre, mi hermana. —La señora Harwick miró a su alrededor, percatándose de la evidente crisis—. Pero parece que ya tienes suficientes complicaciones familiares.

—Por desgracia, eso es muy cierto —dijo Thomas con sequedad.

El amargo conocimiento era completo. Todos los secretos revelados, todas las verdades expuestas.

Y ahora todos tenían que encontrar la manera de seguir adelante entre los escombros de trece años de mentiras.

CAPÍTULO 15



Los días previos al baile de Navidad de los Stanford estuvieron cargados de tensión. La casa se movía con mecánicas preparaciones —guirnaldas colgadas, plata pulida, manjares preparados— mientras la familia que constituía su núcleo permanecía fracturada. Beatrice apenas había hablado con nadie desde que supo la verdad, y pasaba los días al piano, tocando piezas cada vez más melancólicas que resonaban por la casa como acusaciones.

La señora Harwick se había alojado en una posada cercana y los visitaba a diario en sus intentos de forjar una relación con su recién descubierta sobrina. Aquellos encuentros en la sala de los sirvientes eran incómodos, con Florie dividida entre la gratitud por haber encontrado familia y el resentimiento por los años de silencio.

—Tu madre escribía sobre ti a menudo —dijo la señora Harwick durante una de esas visitas, sirviendo el té con manos que temblaban ligeramente—. Incluso en su lecho de muerte, me temo que le preocupaba qué sería de ti.

—Sin embargo, nadie vino a buscarme —replicó Florie en voz baja.

—No sabía dónde buscar. Padre destruía todas sus cartas en cuanto las leía y prohibió que se pronunciara su nombre. No fue hasta después de su muerte que supe que aún vivías, y para entonces… —Su voz se apagó, desvalida—. Lo siento, Florie. Debería haberme esforzado más.

—No podemos cambiar el pasado.

—No, pero quizá podamos salvar algo del presente. —La señora Harwick extendió la mano sobre la mesa y cubrió con la suya las manos de Florie, ajadas por el trabajo—. Ya no estás sola. Tienes familia.

—¿La tengo? —La voz de Florie sonó amarga—. Tengo una tía que es una extraña, una hija que nunca podrá reconocerme y un hombre que me ama, pero al que tengo demasiado miedo para aceptar. ¿Qué clase de familia es esa?

—La clase de familia que mucha gente daría todo por tener —dijo la señora Harwick con firmeza—. No le des la espalda al amor solo porque no sea como esperabas.

Pero el amor, estaba aprendiendo Florie, era más complicado de lo que jamás había imaginado.

El baile de Navidad se había planeado durante meses y era demasiado importante para cancelarlo a pesar de la crisis familiar. Asistiría la flor y nata de la sociedad londinense, socios comerciales a los que Thomas no podía permitirse ofender, conexiones sociales que Eliza había cultivado durante años. El espectáculo debía continuar, aunque sus protagonistas apenas lograban mantenerse enteros.

Beatrice se encontraba ante el espejo la noche del baile, ataviada con un vestido de seda azul oscuro que resaltaba el color de sus ojos; los ojos de Florie, como ahora sabía. Sus dos madres habían venido a ayudarla a prepararse, creando un cuadro insoportable.

Eliza le abrochó el collar de perlas —una reliquia de los Stanford— alrededor del cuello. —Estás preciosa, cariño.

—¿Me parezco a ella? —preguntó Beatrice, encontrándose con la mirada de Florie en el espejo—. ¿A mi verdadera madre?

Esas palabras fueron como una puñalada para Eliza, pero retrocedió. —Sí. Tienes sus ojos, su estructura ósea.

—Y el don de tu abuela para la música —añadió Florie suavemente —. Ella también tocaba el pianoforte, aunque nunca tuvo la oportunidad de estudiar como es debido.

—Háblame de ella —dijo Beatrice de repente—. Y háblame de mi padre. Háblame de quién soy en realidad.

Florie miró a Eliza, quien asintió con resignación.

—Tu padre era Tom White. Era minero, pero también el hombre más bueno que he conocido. Podía hacer reír a cualquiera, incluso en los momentos más oscuros. Te quiso desde el momento en que supo que venías en camino. Dijo que si eras una niña, serías su princesita.

—¿Cómo murió?

—En el derrumbe de una mina. Tenías tres meses. Después de eso, todo se vino abajo. Intenté sacarnos adelante, pero no tenía dinero, ni familia, ni forma de ganar lo suficiente. Cuando caíste enferma aquel invierno…

—Me entregaste.

—Te di una oportunidad. —Las lágrimas corrían por las mejillas de Florie—. Fue lo más difícil que he hecho en mi vida, y me he arrepentido cada día desde entonces, incluso sabiendo ahora que te salvó la vida.

Beatrice guardó silencio por un momento y luego dijo: —He tenido dos madres todo este tiempo. Una que me dio la vida y otra que me dio todo lo demás.

—Ambas te queremos —dijo Eliza con la voz quebrada—. A nuestra manera, ambas te queremos más que a nuestra propia vida.

Unos golpes en la puerta las interrumpieron. —¿Señorita Eliza? ¿Señorita Beatrice? Los invitados están llegando.

Beatrice se levantó, alisándose las faldas. —Supongo que debo ir a interpretar el papel de la perfecta hija de los Stanford.

—Eres la perfecta hija de los Stanford —dijo Eliza con firmeza—. Nada de lo que se ha revelado cambia eso.

—¿No? —Beatrice las miró a ambas—. Soy hija de un minero y de una… —Hizo una pausa, mirando a Florie—. ¿Qué eras antes de casarte?

—Doncella —dijo Florie—. Como ahora.

—Así que soy de cuna sirvienta, pero criada como una dama. No me extraña que siempre haya sentido que no encajaba en ningún sitio.

Salió majestuosamente de la habitación antes de que ninguna de las dos mujeres pudiera responder.

El baile estaba en pleno apogeo cuando llegó el grupo de los Caulfield. George, lo bastante recuperado de su apoplejía para caminar con bastón, había venido con su esposa. Samuel y James los acompañaban, y ambos mostraban ya signos de haber bebido en exceso.

Adam, que supervisaba los carruajes como jefe de cuadra, los vio llegar y sintió que se le helaba la sangre. Había intentado advertir a Florie sobre las amenazas de Samuel, pero le había sido imposible localizarla, absorta en el drama familiar. Ahora Samuel estaba allí, en la misma casa, y el alcohol avivaba sus peores instintos.

Dentro, el salón de baile resplandecía a la luz de las velas y las joyas. Beatrice se movía entre la multitud como un fantasma, aceptando cumplidos y bailando cuando se lo pedían, pero lo hacía sin entusiasmo. No dejaba de atisbar a Florie, que ayudaba a servir refrescos, y cada vez que sus miradas se cruzaban, el dolor se reavivaba.

James Caulfield la reclamó para un vals, sujetándola demasiado cerca a pesar de sus intentos por mantener la distancia apropiada.

—Está usted radiante esta noche, señorita Stanford. Aunque he oído que hay dudas sobre si ese sigue siendo su apellido.

Beatrice se puso rígida. —No sé a qué se refiere.

—Oh, vamos. El servicio es un nido de cotillas. Se dice que no es usted la sangre azul que todos creían. —Su sonrisa era depredadora —. Por suerte para usted, no soy quisquilloso con los linajes. El dinero vale lo mismo sin importar la cuna de la que provenga.

—Es usted un impertinente, señor Caulfield.

—Soy práctico. Usted necesita un marido al que no le importen sus orígenes. Yo necesito una esposa con una fortuna. Podríamos ayudarnos mutuamente.

—Apenas soy mayor de edad. Y preferiría morir soltera.

—¿De veras? ¿Incluso sabiendo lo que ahora sabe de sí misma? ¿Quién más la querrá cuando se sepa la verdad?

Beatrice se apartó de él. —Alguien que me quiera por algo más que mi dinero, espero.

Huyó de la pista de baile en busca de aire en la terraza. La noche de diciembre era gélida, pero agradeció el frío tras el calor sofocante del salón.

—¿Beatrice?

Se giró y vio a Thomas —papá, todavía pensaba en él como papá— de pie en el umbral.

—No deberías estar aquí fuera. Vas a coger una pulmonía.

—¿A alguien le importaría? —Las palabras salieron más amargas de lo que pretendía.

—A mí sí. —Se acercó para ponerse a su lado—. Sé que estás enfadada. Tienes todo el derecho a estarlo. Te hemos mentido durante trece años.

—¿Por qué?

—Porque te queríamos. Desde el momento en que te convertiste en nuestra, te quisimos. Y tu madre estaba aterrorizada de perderte.

—Pero no soy vuestra en realidad.

Thomas la giró para que lo mirara de frente. —Eres mi hija en todo lo que importa. Te enseñé a montar a caballo, a leer, a pensar por ti misma. Te abracé cuando tenías pesadillas, celebré tus logros, me preocupé durante tus enfermedades. La sangre no hace a un padre, Beatrice. El amor sí.

—¿Incluso sabiendo que soy hija de otro hombre?

—No eres hija de otro hombre. Eres mía. Has sido mía desde que eras una cosita diminuta, y serás mía hasta mi último aliento.

Beatrice se derrumbó entonces, sollozando contra su pecho como cuando era una niña. —Ya no sé quién soy.

—Eres Beatrice Stanford. La talentosa, inteligente y querida Beatrice Stanford. Nada más importa.

Dentro del salón de baile, Florie estaba rellenando las poncheras cuando una mano la agarró del brazo y la metió de un tirón en el estudio contiguo. Samuel, borracho y desesperado, la empujó contra la puerta cerrada.

—Tres días, dije. Nunca respondió.

—Déjeme marchar. —Florie intentó zafarse, pero él era más fuerte.

—¿Cree que está a salvo aquí? ¿Cree que esta gente la protegerá cuando sepan la verdad?

—Ya lo saben.

Eso lo detuvo en seco. —¿Qué?

—Lo saben todo. Lo de Anna, que la abandoné, las mentiras. Así que ya no tiene ningún poder sobre mí.

Su rostro se contrajo de rabia. —Entonces cogeré lo que quiero de todos modos.

La agarró, rasgándole el vestido, y Florie gritó. La puerta se abrió de golpe al instante; Adam había estado observando, esperando. Apartó a Samuel de ella de un tirón y lo arrojó al otro lado de la habitación, donde se estrelló contra una mesa, haciendo volar por los aires las licoreras de cristal.

El ruido hizo que otros acudieran corriendo. George Caulfield fue el primero en aparecer, cojeando al entrar y asimilando la escena: el vestido rasgado de Florie, Samuel despatarrado entre cristales rotos, Adam de pie, protegiéndola.

—Samuel —la voz de George era mortalmente tranquila a pesar de su habla ligeramente arrastrada por la apoplejía—. ¿Qué has hecho?

—No es nadie —escupió Samuel, poniéndose en pie a duras penas —. No es más que una mentirosa que…

El bastón de George restalló contra el hombro de Samuel y lo hizo caer de rodillas. —Basta. Estás acabado. Terminado.

Thomas Stanford apareció en el umbral, junto con varios otros invitados. —¿Qué está pasando aquí?

—Mi hermano ha intentado agredir a la señorita White —dijo George con claridad—. Lo he presenciado yo mismo. Ya no es bienvenido ni aquí ni en ningún lugar donde se reúna la sociedad respetable.

—¡No es nada! —chilló Samuel—. ¡No es nadie!

—Está bajo mi protección —dijo Thomas con frialdad—. Y me salvó la vida. Eso la convierte en alguien para mí.

—Y es mi sobrina —añadió la señora Harwick, abriéndose paso entre la multitud—. La hija de mi hermana. Lo que la convierte en mi

familia.

Samuel miró a su alrededor como un loco, comprendiendo que había perdido. Todas las personas de importancia habían visto su verdadera naturaleza.

—Sáquenlo de aquí —le dijo George a Adam—. A él y a James. Ya no son bienvenidos en ningún sitio donde se reúna gente decente.

—Estoy de acuerdo —dijo Thomas con la mandíbula prieta.

Mientras Adam y dos lacayos se llevaban a rastras a los primos Caulfield, Florie permanecía temblando, sujetándose el vestido con las manos. Beatrice apareció, abriéndose paso entre la multitud, y sin dudarlo le envolvió los hombros con su chal de seda.

—¿Estás herida? —preguntó.

—No. Solo asustada.

Beatrice miró a aquella mujer —su madre biológica, su salvadora, su sirvienta— y tomó una decisión que definiría el resto de sus vidas.

—Tú no eres nadie —dijo lo bastante alto para que todos la oyeran —. Eres la mujer que me dio la vida, salvó la vida de mi padre y luego salvó la mía. Eso te convierte en la persona más valiente que conozco.

Tomó la mano de Florie y la sacó de la habitación, pasando junto a los invitados que las miraban fijamente, y subieron las escaleras hasta un lugar seguro. Eliza las siguió, y por primera vez, las tres estaban unidas no por secretos o mentiras, sino por el amor y la feroz determinación de protegerse mutuamente.

La tormenta de Navidad se había desatado. Samuel y James estaban acabados, expulsados de la sociedad. La verdad sobre los orígenes de Beatrice se extendería —el cotilleo siempre lo hacía—, pero con el apellido Stanford respaldándola y sus dos madres a su lado, lo superaría.

Más tarde esa noche, en la sala de los sirvientes, Adam encontró a Florie sentada con la señora Harwick, envuelta en mantas y bebiendo té caliente.

—¿De verdad estás bien? —le preguntó.

—Lo estoy. Gracias a ti.

—Siempre te protegeré. Lo sabes.

—Lo sé. —Le miró, a ese buen hombre que había esperado con tanta paciencia y amado con tanta fidelidad—. Adam, yo…

—No tienes que decir nada. No esta noche.

—Sí, tengo que hacerlo. —Se levantó y le cogió las manos—. He tenido tanto miedo de perder a la gente que he rechazado el amor. Pero esta noche me he dado cuenta de algo. Ya he perdido todo lo que temía perder. Mi hija sabe la verdad, pero nunca podrá ser verdaderamente mía. Mi pasado ha quedado al descubierto. Y sin embargo, sigo aquí. Sigo respirando. Sigo rodeada de gente que se preocupa por mí a pesar de todo.

—¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que estoy cansada de tener miedo. Cansada de estar sola. Cansada de alejar lo mejor que tengo en mi vida por si acaso lo pierdo.

—Florie…

—Te quiero, Adam Fletcher. Te he querido durante años, pero tenía demasiado miedo para admitirlo. Si la oferta sigue en pie…

—La oferta siempre seguirá en pie.

—Entonces sí. Sí, me casaré contigo.

Él la besó entonces, allí en la sala de los sirvientes, con la señora Harwick sonriendo entre lágrimas. No era la proposición romántica

que había planeado, pero era perfecta porque era real, nacida de la verdad y probada en el fuego.

Más tarde, Beatrice se sentó entre sus dos madres, las tres procesando las complejas emociones del día.

—¿Y ahora qué? —preguntó Beatrice.

—Ahora seguimos adelante —dijo Eliza—. Todas juntas.

—¿Podemos? ¿Después de todas las mentiras?

—No eran solo mentiras —dijo Florie en voz baja—. Eran amor. Un amor complicado, imperfecto, a veces equivocado, pero amor al fin y al cabo.

Beatrice lo consideró. —Quiero saber más. Sobre mi padre, mi abuela, de dónde vengo.

—Te lo contaré todo —prometió Florie.

—Y sigo queriendo ser Beatrice Stanford —añadió, mirando a Eliza—. Tú sigues siendo mi madre. Siempre lo serás.

—Al igual que Florie siempre será tu madre también —dijo Eliza, aceptando finalmente lo que Mary había dicho semanas atrás—. Tienes suerte, cariño. Tienes dos madres que te aman sin medida.

CAPÍTULO 16



PRIMAVERA DE 1855

LA IGLESIA ERA pequeña y humilde, nada que ver con la grandiosa catedral en la que se suponía que Beatrice Stanford se casaría algún día. Pero para Florie White y Adam Fletcher, la modesta capilla cerca de Hampstead Heath era perfecta. La luz del sol se colaba por los sencillos ventanales de vidrio e iluminaba las motas de polvo que danzaban en el aire como si fuesen bendiciones.

Beatrice estaba sentada en el primer banco, con un vestido de un suave tono rosa que la hacía parecer más joven de sus catorce años. A su lado se sentaba Eliza, que había insistido en asistir a pesar de lo impropio que resultaba que una dama de su posición presenciara la boda de una sirvienta. Al otro lado de Beatrice se encontraba la señora Harwick, con las lágrimas ya corriéndole por su curtido rostro.

—Florence White, ¿acepta a este hombre como su legítimo esposo? —preguntó el vicario.

Florie miró a Adam, aquel hombre paciente y fiel que había esperado siete años a que ella dejara de huir del amor. Sus ojos brillaban con lágrimas no derramadas y sus manos se mantenían firmes mientras sostenían las de ella.

—Sí, acepto —dijo, y las palabras le salieron con más facilidad de lo que jamás había imaginado.

Cuando Adam besó a su novia, Beatrice aplaudió, haciendo caso omiso de toda norma de decoro. Era su madre —una de sus madres — que por fin se permitía ser feliz. La tragedia que las había separado, por una extraña providencia, las había llevado a todas a este momento.

Tras la ceremonia, el reducido grupo de invitados a la boda se reunió en el jardín de la casa de campo que Thomas le había regalado a Adam como presente de bodas; en parte como gratitud por haber salvado a Florie, en parte como reconocimiento de la complicada nueva dinámica familiar por la que todos estaban transitando.

—Sé feliz —le dijo Beatrice a Florie, abrazándola—. Te lo mereces.

—Tú también, mi niña —susurró Florie—. Tú también.

1860

El Hogar Eliza Stanford para Mujeres y Niños Desamparados abrió sus puertas una lluviosa mañana de octubre, cinco años después de que la verdad sobre Beatrice transformara la vida de su fundadora. El edificio, comprado con la herencia que Eliza había recibido de su padre, se erigía en un barrio respetable pero modesto, accesible para quienes más lo necesitaban.

Eliza permanecía de pie en el vestíbulo, observando cómo llegaban las primeras residentes. Mujeres con ojos atormentados que llevaban bebés en brazos, muchachas apenas mayores que Beatrice cuando supo la verdad, todas buscando refugio de circunstancias que escapaban a su control.

—Aquí no juzgamos —le decía Eliza a cada recién llegada—. Simplemente ayudamos.

Al principio, Thomas se había resistido a la idea, preocupado por su posición social. Pero la verdad sobre Beatrice ya había alterado su estatus y, en última instancia, no pudo negarle a su esposa aquel propósito que había encontrado.

—Pasé trece años con miedo —le había dicho Eliza—. Miedo a que me descubrieran, miedo a que me juzgaran, miedo a perderlo todo. Pero cuando todo salió a la luz, ¿sabes lo que aprendí? Que el mundo no se acabó. Sobrevivimos. Seguimos siendo una familia. Y si pudimos sobrevivir a eso, podemos sobrevivir ayudando a mujeres que se encuentran en la misma situación en la que estuvo Florie.

El hogar ofrecía refugio, comida, educación básica y, lo más importante, no hacía preguntas sobre el pasado. Las mujeres podían dejar a sus hijos mientras trabajaban, sabiendo que estaban seguros y bien cuidados. Aquellas que decidían dar a sus bebés en adopción podían hacerlo con dignidad, sabiendo que serían entregados a familias cuidadosamente entrevistadas.

Mary, que había guardado el secreto de Eliza todos aquellos años, se convirtió en la matrona del hogar. Su sabiduría práctica y su bondad genuina la hacían perfecta para el puesto.

—Estás haciendo la obra de Dios —le dijo a Eliza una noche mientras revisaban las solicitudes de ayuda.

—Hago lo que me hubiese gustado que alguien hiciera por Florie —replicó Eliza—. Dar a las madres desesperadas opciones más allá del abandono o el hospicio.

Beatrice se ofrecía a menudo como voluntaria en el hogar, enseñando música a los niños. A sus dieciocho años, se había convertido en una joven extraordinaria: hermosa, instruida, pero, sobre todo, compasiva de una forma que nacía de la comprensión del sufrimiento.

Fue en el hogar donde conoció al doctor William Harper.



1863

William Harper no se parecía en nada a los hombres que solían cortejar a Beatrice Stanford. No poseía título, no era rico, ni siquiera era especialmente apuesto. Simplemente era un joven médico que ofrecía sus servicios como voluntario en el hogar, tratando a las mujeres y a los niños sin juzgarlos ni tratarlos con condescendencia.

Beatrice se fijó en él por primera vez cuando estaba examinando a un niño con fiebre, sus modales gentiles calmando tanto al pequeño enfermo como a su aterrorizada madre.

—¿Vivirá? —preguntó la madre, aferrándose a la mano de Beatrice.

—Con el cuidado adecuado y reposo, sí —le aseguró William—. Los niños son extraordinariamente fuertes.

—¿Incluso los niños pobres? —preguntó la mujer con amargura.

—A la enfermedad no le importa la riqueza —replicó William—. Tampoco a la curación, cuando se hace correctamente.

Más tarde, mientras Beatrice le ayudaba a guardar su maletín médico, le dijo:

—Eres diferente a otros médicos.

—¿Ah, sí? ¿En qué sentido?

—Los ves como personas, no como problemas.

—¿No debería todo el mundo hacerlo?

Su cortejo fue lento, basado en el trabajo compartido en el hogar en lugar de en bailes y visitas sociales. William sabía de los orígenes de Beatrice —todo el mundo en su círculo lo sabía— y no le importaba.

—Te preocupa que piense menos de ti —dijo él un día mientras paseaban por Hyde Park, acompañados a una distancia discreta por la señora Harwick.

—¿No es así? ¿Sabiendo que no soy una Stanford de sangre?

—Sí eres una Stanford. También eres la hija de una mujer valiente que tomó una decisión imposible. Ambas cosas son ciertas.

—A la mayoría de los hombres de su clase les importaría el linaje.

—Soy hijo de un médico rural que se pagó los estudios de medicina. No tengo clase de la que presumir. —Dejó de caminar y se volvió para mirarla—. Beatrice, no me importa si tu padre era un minero o un duque. Me importa que toques el piano como los ángeles, que enseñes a niños hambrientos con una paciencia infinita, que veas el sufrimiento e intentes aliviarlo en lugar de mirar hacia otro lado.

—Mi herencia es complicada —advirtió ella—. El testamento de padre...

—No voy tras tu herencia. Te quiero a ti.

Thomas se opuso inicialmente al enlace, pero Florie, de visita desde la casa que compartía con Adam y sus dos hijos pequeños, le hizo cambiar de opinión.

—Él la quiere por quien es —le dijo a Thomas en privado—. No por su nombre, ni por su dinero, ni por su posición. ¿De cuántos hombres puede usted decir eso?

—No tiene porvenir...

—Es un médico con una consulta creciente y un buen corazón. Ella podría encontrar algo mucho peor.

Thomas estudió a aquella mujer que había dado a luz a su hija, le había salvado la vida y había encontrado su propia felicidad a pesar de todo.

—¿Lo aprueba?

—Quiero que ella sea feliz. Él la hace feliz. El resto son solo detalles.



31 DE DICIEMBRE de 1866

EL SALÓN DE STANFORD HOUSE estaba caldeado por la luz de la chimenea y lleno de una insólita reunión. Era la víspera de Año Nuevo, y el grupo reunido habría escandalizado a la alta sociedad si se la hubiera invitado a presenciarlo.

Beatrice Harper, ahora con veinticuatro años y radiante en su primer embarazo, estaba sentada al piano tocando una suave melodía. Su marido, William, le pasaba las páginas, y la cómoda intimidad entre ellos era evidente en cada gesto.

Florie y Adam Fletcher estaban sentados en el sofá con sus tres hijos: Thomas, de diez años, Margaret, de ocho, y la pequeña Anna, de cinco. Los niños se comportaban excepcionalmente bien, quizás intimidados por la grandeza de la casa que su madre había limpiado en otro tiempo.

La señora Harwick, que ya había cumplido los setenta pero seguía lúcida, dormitaba en un sillón junto al fuego, agotada de jugar con sus sobrinos nietos.

Thomas Stanford estaba de pie junto a la ventana con George Caulfield, que había recuperado gran parte del habla con el paso de los años. Los dos hombres se habían convertido en amigos

improbables a través de las complejas conexiones de su familia extensa.

Y Eliza estaba sentada en su sillón favorito, observándolo todo con una satisfacción que nunca había creído posible.

—Toca la canción, Beatrice —pidió la pequeña Anna Fletcher—. La especial.

Beatrice sonrió y empezó a tocar la melodía que había tarareado desde la infancia, la que la había conectado con Florie antes de que ninguna de las dos supiera la verdad. Pero ahora le había añadido una nueva letra, escrita para aquella extraña y maravillosa familia suya:

«No siempre el amor es lo que planeamos,

a veces llega de inesperadas manos.

La elección de una madre, el corazón de una hija,

pueden unir lo que el tiempo deslija.

En el frío invierno y el estío brillante,

en secretos oscuros y verdad fulgurante,

hallamos el rumbo a nuestro lugar,

juntos completos, fuertes al estar».

Mientras cantaba, Florie se acercó para situarse junto al piano, con la mano apoyada suavemente en el hombro de Beatrice. Eliza se levantó y se unió a ellas, poniéndose al otro lado de Beatrice. Tres mujeres —madre biológica, madre de crianza, hij—, unidas no por la sangre ni por la ley, sino por algo más fuerte.

—Tengo algo que deciros a todos —dijo Beatrice cuando terminó la canción—. William y yo hemos decidido los nombres para el bebé. Si es niño, Thomas Adam, por los dos mejores hombres que conocemos. —Tanto Thomas como Adam se ruborizaron de placer—. Y si es niña... —Levantó la vista hacia sus dos madres—. Florence Eliza. Por las dos mujeres más valientes.

Los ojos de Florie se llenaron de lágrimas. —No tienes que...

—Quiero hacerlo. Quiero que mi hija lleve vuestros dos nombres, que sepa que procede de una estirpe de mujeres que eligieron el amor por encima del miedo, la verdad por encima de la comodidad, el perdón por encima de la amargura.

A medida que se acercaba la medianoche, todos se reunieron junto a los ventanales para ver los fuegos artificiales sobre el Támesis. Los niños pegaron la nariz al cristal maravillados, mientras los adultos permanecían juntos, aquella improbable familia unida por elección más que por azar.

—Ha sido todo un viaje —dijo Thomas en voz baja, sin dirigirse a nadie en particular.

—Aún no ha terminado —replicó Eliza, cogiéndole la mano.

—No —convino Florie, con el brazo de Adam rodeándole la cintura—. Pero ahora sabemos que podemos capear lo que venga.

El reloj empezó a dar las campanadas de medianoche. 1867 comenzaba, lleno de promesas y posibilidades. Los secretos que una vez habían amenazado con destruirlos, en cambio, los habían transformado en algo más fuerte: una familia construida sobre la verdad, puesta a prueba por las dificultades y sostenida por el amor.

Beatrice empezó a tocar «Auld Lang Syne» al piano y todos se unieron al canto, sus voces mezclándose en una armonía que resultaba aún más dulce por haber sido ganada a pulso.

¿Debemos pues olvidar

a los viejos amigos?

¿Debemos pues olvidar

por los viejos tiempos?

Pero no olvidarían. Ni el dolor, ni las mentiras, ni las decisiones que los habían traído hasta aquí. Lo recordarían todo, porque los había convertido en quienes eran: personas imperfectas que habían encontrado un amor perfecto, no a pesar de sus cicatrices, sino gracias a ellas.

La primera nevada del año nuevo empezó a caer, suave y limpia, cubriendo la ciudad de blanco. A Florie le recordó otra noche de nieve, veinticuatro años atrás, cuando había tomado la decisión desesperada que había conducido a todo aquello. Entonces, la nieve había significado muerte y desesperación. Ahora, verla caer rodeada de su familia, significaba renovación, perdón, esperanza.

—Cuéntanos la historia, tía Florie —pidió la pequeña Margaret Fletcher—. La historia del bebé de invierno.

Florie miró a Beatrice, que asintió para animarla.

—Érase una vez —comenzó Florie— una joven madre que quería a su bebé más que a su propia vida. Y como la quería tanto, tuvo que tomar la decisión más difícil que una madre puede tomar...

Mientras contaba la historia —su histori—, los demás escuchaban, añadiendo detalles, corrigiendo recuerdos, riendo de partes que antes solo habían provocado lágrimas. Era su historia, pero también era más grande que ellos. Era la historia de toda madre desesperada, de todo niño abandonado, de toda familia que elegía el amor por encima de las convenciones.

Afuera, Londres celebraba el año nuevo con ruido y luces. Dentro de Stanford House, una familia que no debería existir según ninguna medida convencional celebraba algo más preciado: el triunfo del amor sobre la pérdida, del perdón sobre la amargura, de la verdad sobre la mentira.

La niña del invierno los había unido a todos. Anna, que se convirtió en Beatrice, que tenía dos madres y dos padres y una familia que desafiaba todas las convenciones sociales de su tiempo. Había sido abandonada en la desesperación, pero encontrada en la alegría.

Y ahora, mientras la nieve seguía cayendo y el nuevo año se extendía ante ellos lleno de promesas, sabían que los mayores dones a menudo vienen disfrazados de las mayores pérdidas. Que las familias se hacen no solo por la sangre, sino por elección. Que el amor, el amor de verdad, puede sobrevivirlo todo... incluso a la verdad.

CONTINUAR LEYENDO

¡Gracias por leer ***La Niña del Invierno***! ¿Te preguntas qué leer a continuación? ¿Por qué no lees ***Las Huérfanas de Navidad del Abuelo***? Aquí tienes un adelanto:

La casita olía a mar, a pesar de que todas las ventanas estaban cerradas y las cortinas corridas para protegerse del viento cortante que gemía lastimeramente por los aleros. El sonido disimulaba el suave andar de los zapatos de Alice sobre la cálida alfombra mientras cruzaba de puntillas el comedor, con una mano sobre la boca para evitar que se le escaparan las risitas.

La cuestión a la hora de encontrar a su hermana pequeña, Hester, era que siempre se escondía en los mismos tres sitios de aquella habitación: detrás de las cortinas, debajo del aparador o apretujada en el hueco entre el viejo y polvoriento clarinete bajo su funda y la pared. El abuelo siempre gritaba si veía huellas en la funda, pero Alice tenía que admitir que *era* un escondite excelente. O, al menos, lo había sido las primeras sesenta o setenta veces.

Ahora ya ni se molestaba en mirar en ningún otro sitio. Los ojos de Alice se dirigieron rápidamente al clarinete, al aparador y a las cortinas, y supo que, si se quedaba quieta unos segundos más, en completo silencio, el suspense sería superior a las fuerzas de la pequeña Hester, de cinco años.

Alice se mordió el labio para contener la risa. Un segundo después, su silencio dio sus frutos. Las cortinas se movieron. Aún en completo silencio, Alice se deslizó por el suelo como un zorro al acecho. Extendió una mano, con el corazón palpitante, y se acercó a las cortinas muy, muy despacio.

A Hester le fallaron los nervios cuando Alice estaba a apenas dos metros de distancia. Salió disparada de detrás de las cortinas con un prolongado chillido de risa, y Alice corrió tras ella, riendo.

—¡Ven aquí, pilla! —gritó.

Hester chilló de alegría y se puso a gatas para meterse bajo la mesa del comedor; su cuerpecito pasaba con facilidad entre las patas de las sillas.

—¡Eh! —rio Alice—. ¡Eso no vale!

Hester salió de entre las patas de la silla y corrió hacia la puerta abierta. Alice corrió tras ella; la pequeña era rápida, pero Alice le sacaba cinco años y varios centímetros de pierna. Se abalanzó y las yemas de sus dedos rozaron la espalda del descolorido vestido de Hester.

—¡Te pillé! —rio Alice.

Hester redujo la velocidad lo suficiente para que Alice pudiera cogerla en brazos y hacerle cosquillas. Las carcajadas de Hester resonaron por toda la casa, ahogando el lastimero gemido del viento. Alice se sintió agradecida por ellas. El viento siempre sonaba tan solitario y triste cuando soplaba así.

Haga Clic aquí para continuar leyendo!
https://www.amazon.com/stores/Faye-Godwin/author/B07NP3CPT6

SOBRE LA AUTORA



Faye Godwin ha estado fascinada con la novela romántica victoriana desde su adolescencia. Tras leer todas las novelas románticas victorianas de su biblioteca pública, decidió empezar a escribirlas ella misma, algo que ha hecho desde entonces. Faye vive con su marido y su hijo pequeño en Inglaterra. Le encanta viajar por todo el país, ideando nuevas tramas para sus novelas románticas. Está encantada de unirse a la familia editorial Tica House y tiene muchas ganas de conocer a sus lectores.

contact@ticahousepublishing.com

https://www.amazon.com/stores/Faye-Godwin/author/B07NP3CPT6